

EL PANORAMA MENTAL DE LA PROTOHISTORIA

EN JOSE IMBELLONI

Por

RICARDO ORTA NADAL

I. INTRODUCCION HISTORICA Y METODICA

Uno de los puntos mayormente débiles de la armazón de la historia es el período de separación, y naturalmente de enlace, entre la humanidad sin historia definida y las culturas que encabezan el desarrollo de nuestra civilización con formas que nos son concretamente conocidas, en particular Sumer y Akad, Egipto y Grecia. La tendencia a subestimar la energía creadora de hombres que todavía muchos se complacen en llamar “primitivos” y “salvajes” ha llevado a atribuir a las primeras culturas históricas, en su totalidad, el acervo inconmensurable de las invenciones de la vida material y social, y aún más agudamente, de la mental, por el prejuicio y con el deleite de asignar a una o a otra el privilegio de haber sido la “cuna” y la “aurora” de la civilización. Surgió así el enfoque pan-babilonista, desarrollado especialmente por Winckler, Jeremías y Stucken en Alemania; la tesis pan-egipcia, que veía en el valle del Nilo el origen de toda doctrina o artefacto, mantenida especialmente por la escuela heliolítica de Manchester (Elliot Smith y Perry) y la embriaguez pseudo erudita del pan-helenismo en la filosofía y en la ciencia. De otros terrenos científicos, esto es, del amplísimo campo de la etnología, han salido en los últi-

mos tiempos enérgicas protestas. Hombres que con duro y ansioso trabajo habían logrado el dominio del panorama cultural de la humanidad en la época que precedió a la historia, nos han ido mostrando la falsedad de ese cuadro presumido y algo infantil.

Quedaba la tarea de reconstruir con la mayor aproximación posible la forma, la índole y los impulsos de la cultura inmediatamente anterior, que las naciones privilegiadas de la primera época absorbieron con avidez y tuvieron como base de su propio encumbramiento. Esta reconstrucción representaba una empresa gigantesca —como pronto lo verá el lector— porque reclamaba una energía clasificadora y revivificante que podría parecer no sólo audacia sino temeridad, si no fuese en todo momento sustentada por una cultura poderosa y un juicio siempre seguro.

Y bien, esta reconstrucción es hoy un hecho. Su autor, el Dr. José Imbelloni, la dio a conocer en varios libros y monografías, de 1939 a 1945. El material publicado estaba destinado a integrar una obra, planificada en cuatro volúmenes, que llevaría por título: *Historia del Pensamiento Templario. El patrimonio mental de la Protohistoria*.

Mi propósito es el de ilustrar las bases y conclusiones de esta reconstrucción. Ya conocida en los círculos científicos del extranjero, me ha parecido oportuno divulgarla en nuestros medios universitarios¹.

Cuando la atención del mundo moderno, en el siglo XVIII, se inclinó hacia el estudio de las religiones elaboradas por los

¹ La primera edición de este trabajo se publicó en dos partes, bajo el título: *El Panorama mental de la Protohistoria. Una gigantesca empresa de reconstrucción*, en la "Revista de la Universidad de Buenos Aires", 4ª época, año I, N° 2-3-4, abril-diciembre 1947; y, año II, N° 5, enero-marzo 1948. La presente edición conserva el texto de la anterior, corregido y puesto al día, y lleva anexo el texto de las recensiones de once monografías de Imbelloni que publiqué bajo el título *Religiones de América. Formas americanas del Pensamiento Templario*, en el "Boletín Bibliográfico de Antropología Americana", vol. X, México, 1948, págs. 103-116, y la recensión del estudio sobre Vico, aparecida en "Nueva Atlántida", revista del Instituto Libre de Humanidades, año I, N° 1, Rosario, 1946.

pueblos antiguos, encontró que todos ellos se habían formulado interrogantes acerca del origen del Universo, de la Tierra y del Hombre y habían creado cosmogonías para satisfacer su apremiante sed de conocer los misterios mayores. A poco andar, los modernos historiadores de las religiones notaron analogías curiosas no sólo entre pueblos que habían establecido determinado contacto cultural, sino entre aquellos que por su recíproco aislamiento o distanciamiento geográfico o temporal volvían inexplicables las semejanzas encontradas, como las que hallaron los misioneros y cronistas de Indias en el siglo XVI y les indujeron a postular el origen hebreo de los indígenas americanos.

El siglo XIX trajo una insuficiente y pobre solución al problema planteado por tales analogías. Debido al empleo superficial del método comparativo y al excesivo apresuramiento por lograr una claridad que a la postre resultó engañosa, se estableció, sobre el presupuesto de la unidad del cosmos y la unidad del espíritu humano, que los hombres de los diversos pueblos al meditar sobre estos problemas, que se les presentaban en idénticas perspectivas, habían llegado, con plena independencia, a las mismas soluciones. Era la teoría de las "invenciones constantes" o de las "ideas elementales", formulada acabadamente y en forma erudita por Adolf Bastian (1894). Con esta formulación, acariciada por la etnología de fines del siglo pasado, fue paulatinamente decayendo el interés por este problema, hasta considerárselo definitivamente superado.

Pero, en tanto, una nueva tendencia etnológica se gestaba, sobre la base de la acumulación asombrosa de documentos nuevos y, esto es lo más importante, de la crítica y reinterpretación de los ya conocidos. Los nuevos historiadores de la religión y de la cultura, con los afinados métodos y nuevas concepciones que les brindan hoy las ciencias del hombre, han sido llamados a reexaminar las narraciones cosmogónicas de los pueblos de la protohistoria.

Entre los elementos de esas narraciones encontramos la constante del mito del diluvio, que llamó la atención en diversas épocas, la de las cuatro Edades del mundo, y, más modernamente, la del número 4 como clasificador y categorizador de un complejo de nociones míticas, mágicas y protocientíficas que constituye, como veremos, el núcleo fundamental del conocimiento humano.

Los precursores.

Diversas personalidades, en distintas épocas, habían reparado en algunos aislados elementos y sospechado cierta conexión sistemática.

El anónimo indígena redactor del poema guatemalteco conocido por el título de *Popol Vuh* confiesa que gracias al cristianismo ha logrado entender las expresiones que su propia tradición le ofrecía *ocultas como en las tinieblas*, de tal manera que *ahora las vemos explicadas con claridad en nuestra existencia*. El que escribió estas palabras —dice Imbelloni— intuía que la ola confesional llegada poco antes a sus tierras estaba cargada de las mismas savias contenidas por la tradición nativa, y una con otra se integraban ².

El cronista de México Fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía, sospechó cierta relación entre las 5 Edades de la tradición mexicana, las 6 de la concepción cristiana y las 4 de la división poética clásica, aunque no se atrevió a cohesionarlas ³. El P. de los Ríos, compilador y comentarista del Códice Vaticano A, N° 3738, ha dado un paso más. No sólo interpreta las edades mexicanas a la luz de las de Hesíodo, sino descubre la conexión de sus respectivos colores al afirmar que

² N° 3, pág. 600. (Con la simple numeración de los trabajos de Imbelloni se indican los pertenecientes a la serie de publicaciones titulada *Religiones de América*. La referencia completa se detalla en nuestro capítulo bibliográfico).

³ N° 4, pág. 282-3 (nota).

la Edad "Cabeza Amarilla" es como decir la "Edad de Oro"⁴, y así continuando.

La tradición mexicana de las Edades o Soles, conservada en antiguos códices, relatada por los diversos cronistas y grabada en la vetusta Piedra de los Soles o "Calendario Azteca", ha llamado la atención a muchos estudiosos⁵. En la época de la dominación hispánica la investigaron Gemelli-Carreri, Boturini, Veytia y Clavigero. Luego Humboldt, en la primera mitad del siglo pasado, y más modernamente Chavero, Paso y Troncoso, Zelia Nuttall, Seler, Walter Lehmann, Krickeberg, Danzel y Thompson. Todos lo hicieron con propósitos de reconstrucción calendárica y astrológica en primer término, y aunque a menudo lograsen evidenciar la conexión de las Edades con los puntos cardinales, los colores, las estaciones del año, etc., nunca, sin embargo, llegaron a brindarnos una reconstrucción equilibrada y total de la doctrina que se nos describe hoy integralmente bajo el nombre de Pensamiento Templario.

¿Pero qué es, a todo esto, el Pensamiento Templario? Imbelloni se refiere con esta expresión, basada en la etimología de la palabra templo (del verbo *τέμνω*, partir, seccionar, cuyo participio "lo partido" es justamente *τέμενος* y corresponde al vocablo latino *templum*), a "la formulación sumamente elaborada y de carácter cíclico, de todos los conocimientos adquiridos por el hombre en el estado de cultura que precedió inmediatamente a la historia, organizada sistemáticamente en una construcción de admirable unidad y solidez"⁶. Concretamente, este pensamiento se basa en la clasificación de nociones sistematizadas por el número 4 como doble criterio de unidad y divisibilidad, y consiste, justamente, en concebir ambos criterios *in abstracto*, objetivados en los 4 miembros o secciones del cuerpo de los animales cuadrúpedos y del hombre, y aplicarlos al espacio horizontal (4 puntos cardinales), al tiempo (4

⁴ N° 10, pág. 162.

⁵ N° 10, pág. 200.

⁶ N° 3, pág. 545.

Edades), al año (4 estaciones), a los colores, a los elementos, a las actividades humanas y a los destinos ⁷.

El primero que, con un impresionante arsenal de datos, con el vigor que le animaba en su simpatía por lo antiquísimo y con la ayuda, poco crítica, de su inagotable fantasía creadora, quiso reconstruir las grandes líneas de este Pensamiento Antiguo, fue Giambattista Vico en su *Scienza Nuova* (1ª ed. 1725; 3ª ed. 1744). ¿En qué manantiales halló Vico los hilos que le permitieron orientarse en la comprensión del "Antiguo Discurso"? Restos del naufragio habían sido preservados, inco nexos, en las obras de los autores antiguos, de modo que en la atenta lectura de Aristóteles, Varrón, Diodoro de Sicilia, Heródoto, Platón, Cicerón, Veleyo Patérculo, Horacio, Virgilio y Polibio, luego de los cristianos: San Agustín, Clemente Alejandrino, Lactancio, Eusebio, sin omitir a los judíos Flavio Josefo y Filón Alejandrino y a los escritores orientales transmitidos por Eusebio y Clemente, como el fenicio Sanjoniatón, autor de una historia de la creación singularmente curiosa, encontró Vico los elementos que le permitieron levantar su grandiosa restauración ⁸.

Inmediatamente después (1746), el milanés Lorenzo Borturini Benaduci, profundo lector de Vico y fundador de la arqueología mexicana, pudo interpretar los Soles aztecas a la luz del pensamiento del maestro napolitano ⁹.

A fines del siglo XVIII y principios del siguiente el ilustre filósofo alemán Schelling trató nuestro tema en una obra poco conocida, *Las Edades del Mundo*, pero lo hizo con un método del todo personal, es decir, intentando "iluminar el camino con chispazos, que dan indudablemente la medida de su poder mental, pero que, en definitiva, nos muestran la

⁷ N° 8, pág. 58.

⁸ J. IMBELLONI, *La linfa de la "Scienza Nuova" y sus manantiales. En el segundo centenario de la muerte de Giambattista Vico.* (Véase cap. bibliogr.; en adelante se abreviará *Linfa*).

⁹ *Linfa*, pág. 26-7; N° 4, pág. 301.

limitación del método introspectivo”¹⁰. Conoce los 4 elementos cardinales y la excelencia del número 4 “la más alta estabilidad de Dios y de la Naturaleza entera”, pero fuera de esto y otros aciertos esporádicos su fracaso es un aleccionador antecedente negativo.

Otro gran alemán contemporáneo suyo, Alejandro de Humboldt, abordó estas cuestiones, esta vez nuevamente con método científico. Conectó las edades aztecas con las de Hesíodo y las yugas hindúes, con clarividencia asombrosa en algunos detalles; es el gran iniciador de la moderna literatura sobre estas cuestiones¹¹.

El planteo de los problemas va cobrando luego más vuelo al par que mayor rigor metodológico. Leoncio Angrand (1866), Alfredo Chavero (1877) y el conde de Charencey (1881) averiguan si las Edades del Mundo fueron siempre iguales en número para todos los pueblos de la América culta. Angrand fue un intuitivo de aciertos geniales. Autor del primer trabajo monográfico sobre la portada de Tihuanaco y clasificador (a su modo) de los pueblos americanos deformadores del cráneo, intuyó la íntima conexión espiritual de las culturas peruanas con las centroamericanas y mexicanas y llegó a estudiar los colores considerados como símbolos de los puntos cardinales. El conde de Charencey, su directo continuador, estudió preferentemente las tradiciones de los Soles mexicanos¹². Por su parte, Chavero, sin contacto con los dos anteriores, analizando igualmente las Edades del Mundo de los aztecas, llegó a un resultado negativo, insostenible hoy, en su comparación con

¹⁰ Linfa, pág. 62. Véase: Horts Fuhrmans, *Schellings Philosophie der Weltalter. Schellings Philosophie in den Jahren 1806 bis 1821*, L. Schwarm, Dusseldorf, 1954. (Agradezco esta referencia a mi distinguido colega Prof. Dr. Gerhard Moldenhauer).

¹¹ N° 8, pág. 55; N° 10, pág. 259; Alejandro de Humboldt, *Sitios de las cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América*, trad. B. Giner, ed. Gaspar, Madrid, 1878, cap. XIV.

¹² N° 10, pág. 208-14.

las hesiódicas, y negó que fueran siempre cuatro afirmando en cambio que varían de dos a seis en los diversos pueblos¹³.

A pesar del limitado enfoque de Chavero, la sospecha de la grandiosidad del "Antiguo Discurso" se abría paso gracias a los nuevos datos que los etnólogos de todo el mundo daban a conocer. Brinton estudia comparativamente las mitologías quiché y maya, y especialmente la frecuencia del número 4 en la mentalidad de los pueblos cultos prehispánicos, y llega a declarar que el 4 es el número sagrado de los americanos¹⁴; Cushing descubre un sistema templario típico, herméticamente conservado hasta nuestros días por una ínfima fracción del pueblo Zuñi en el desierto de Arizona¹⁵. Recientemente C. Lévi-Strauss ha hecho justicia a Cushing:

"Comenzamos apenas a sospechar que antiguas observaciones debidas a investigadores tan raros como perspicaces —como Cushing— no constituyen casos excepcionales, sino que denotan formas de saber y de reflexión extremadamente difundidas entre las sociedades llamadas primitivas. En virtud de este hecho, la imagen tradicional que nos formamos de esta primitividad debe cambiar"¹⁶.

La señora Zelia Nuttall encuentra la disposición mental cuaternaria en el Perú y concibe la genial idea de agrupar en un solo haz a la gran faja de pueblos de América, Europa y Asia en los que igualmente predomina el número cuatro¹⁷, y Eduard Seler y sus discípulos: W. Lehmann, F. Roeck, W. Krickeberg y Th. W. Danzel¹⁸ acércanse siempre más intensamente a uno u otro centro de atención de la doctrina.

Fue así que la escuela sociológica francesa de Durkheim, Mauss, Hubert y Lévy-Bruhl, al aceptar esta realidad del

¹³ N° 10, pág. 214 y 259.

¹⁴ N° 10, pág. 54; N° 3, pág. 625.

¹⁵ *Linha*, pág. 107; N° 8, pág. 54.

¹⁶ CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *El pensamiento salvaje*, ed. F. de C. E., México, 1964, pág. 69.

¹⁷ N° 1, pág. 8; N° 8, pág. 54.

¹⁸ N° 11, pág. 17; Th. W. DANZEL, *Magie et Science Secrète*, ed. Payot, París, 1939.

pensamiento cuaternario, intentó explicarla al modo "sociomor-
fista", afin al materialismo económico, como un reflejo de la
sociedad dividida en clases. Imbelloni ha demostrado que la
división en castas o clases sociales no puede tener de por sí
una energía causativa que ordene todos los elementos cultu-
rales a su imagen y semejanza y que, en cambio, se impone a
la convivencia "una necesidad orgánica que orienta la men-
talidad de cada ciclo cultural en un sentido numérico fijo e
imprime un sello cuantitativo a todas las creaciones que inte-
gran su patrimonio, contemporánea y armoniosamente, ya sean
los clanes de la comunidad, ya los colores de dirección o los
animales-símbolos, o los sectores de la ciudad, o los registros
ornamentales de la alfarería pintada"¹⁹.

Lévi-Strauss, que recientemente ha reivindicado a Dur-
kheim y Mauss como introductores en Francia de las formas
clasificadoras descubiertas en América por Cushing y otros
etnólogos, coincide en la interpretación con Imbelloni:

"Cuando se les trajo de Africa por primera vez, hechos
de esta clase causaron sorpresa. Sin embargo, formas de cla-
sificación muy análogas han sido descritas desde hace mucho
tiempo en América, y son ellas las que inspiraron a Durkheim
y Mauss un célebre ensayo.

Pero no por ello aceptamos la tesis de Durkheim del origen
social del pensamiento lógico. Aunque existe indudablemente
una relación dialéctica entre la estructura social y el sistema
de categorías, el segundo no es un efecto, o un resultado de
la primera. Una y otra traducen, gracias a laboriosos ajustes
recíprocos, algunas modalidades históricas y locales de las
relaciones entre el hombre y el mundo, que forman su sustrato
común"²⁰.

Ya A. Van Gennep (1920), estudiando las relaciones entre
el totemismo y la clasificación cósmica de los seres, había
señalado que

¹⁹ N° 8, pág. 56-7.

²⁰ C. LÉVI-STRAUSS, *El pensamiento salvaje*, pág. 66 y 213.

“Los pueblos que no tienen totemismo poseen también un sistema de clasificación que es, también, uno de los elementos primordiales de su sistema de organización social general, y en calidad de esto, reacciona sobre las instituciones mágico-religiosas y laicas, como el sistema de los puntos cardinales, el dualismo chino y persa, el cosmografismo asirio-babilónico, el sistema llamado mágico de las correspondencias simpáticas, etc.”.

Lo que no vio Van Gennep es que estos sistemas particulares se integran armónicamente en el complejo del pensamiento templario ²¹.

¿Cuál ha sido el resultado de la labor de los precursores que hemos revistado rápidamente y cuál el estado de las investigaciones al tomarlas en mano el etnólogo cuya labor entendemos referir?

Respecto a los precursores afirma nuestro autor que muchos han intentado este viaje largo y arduo desde hace más de un siglo.

“Nos dejaron un acervo de reflexiones y datos útiles, pero la mejor lección se desprende de la experiencia de sus fracasos. Analogías insuficientemente analizadas, correlaciones no ahondadas hasta la comprobación objetiva, teorías unilaterales y a menudo apresuradas, y sobre todo la falta de un dominio congruente de todas las facetas del tremendo problema: he aquí lo que a costa de sus afanes nos legaron como inapreciable advertencia. Fueron grandes hombres, generales ilustres, pero perdieron sus batallas: el que se dispone a seguirlos en el mismo terreno no puede ya obrar con ligereza; está advertido sobre las emboscadas e insidias que en él lo esperan” ... Hablaron “con clarividencia asombrosa, si no con propiedad irrefragable. Pero no convencieron a nadie; esto es, no lograron colocar sus razonamientos y corolarios en aquel único plano, el de la aceptación imperativa, que constituye la demostración científica” ²².

²¹ LÉVI-STRAUSS, *op. cit.*, pág. 236.

²² N° 10, pág. 258-9.

Y referente al estado de las investigaciones, al retomarlas, expresa que se ha visto en el centro de un campo vastísimo, aún imperfectamente desbrozado de las malezas y con enormes espacios todavía inexplorados; además, los varios sectores de la indagación manteníanse desligados uno del otro y sin un concepto unitario ni en lo que concierne a los materiales ni en lo que es propio del método²³.

Inmediatamente antes del comienzo de las investigaciones de Imbelloni debemos colocar las grandes figuras de dos de los creadores de la ciencia histórica de la cultura, o culturología: Leo Frobenius y Fritz Graebner.

Leo Frobenius, el gran africanista, descubridor de la cultura atlántico-africana del Benin (costa de Guinea), poseedora de un sistema templario análogo al etrusco, ya había vislumbrado nuestro asunto en su obra de 1904, *Im Zeitalter des Sonnengottes* ("La era de Helios"). A ello se refirió en 1925 cuando, hablando de su método y de su Instituto para la Morfología de la Cultura, al explicar que la exploración hay que efectuarla desde una capa conocida hacia la inmediata subyacente, como en la arqueología, dice:

"Resultó para el Instituto la obligación de perforar la capa del territorio de la cultura más antigua que conocemos, o sea: Mesopotamia, y de ganar su precultura. Así llegamos a la Dársena Casítica, al Océano Indico y Pacífico; encontramos el período de la cultura solar (...) De ella "se derivó temporal como espacialmente, todo lo que hoy se cuenta como perteneciente al grupo de las altas culturas: Asia Occidental y Egipto, India y China, Méjico y Perú" (...) "Se despliega abundante simbolismo. Lo que vive su existencia mítica en el cielo, bajo el horizonte es configurado plásticamente, fijado en formas. La imagen del mundo, con sus cuatros puntos cardinales, es proyectada horizontalmente sobre la tierra. La ascen-

²² N° 8, pág. 55.

²³ LEO FROBENIUS, *La cultura como ser viviente*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1934, págs. 23, 179, 196 y 217-221; VIVANTE-IMBELLONI, *Libro de las Atlántidas*, págs. 375-386; JUAN EDUARDO CIRLOT, *Diccionario de símbolos tradicionales*, ed. Miracle, Barcelona, 1958, pág. 243.

sión del gran astro del día se hace una obra artística que se alza verticalmente" (...) "Un camino va de Oriente a Occidente en la dirección de la órbita solar; otro, verticalmente a él, de Norte a Sur. Puertas corresponden a la entrada y salida de los astros eternos. A esta ciudad corresponde la organización de la tierra circundante, la división en cuatro provincias"²⁴.

Por su parte Fritz Graebner, codificador del método etnológico (1911), presentó en 1924, en las postrimerías de su actividad científica, un panorama sintético de la concepción cósmica de la cultura superior antigua, donde ya bosqueja su doble imagen, espacial y temporal, del universo²⁵.

Resta, por último, anotar tres aportes recientes. 1º) El profesor alemán Alfred Bertholet menciona algunos de los aspectos de la antigua doctrina desde el punto de vista de la historia de las religiones y el teológico, con especial atención a la formación de las ideas sobre el fin del Mundo, o Escatología (y justamente lo hace en la división *Eschatologie I, Religionsgeschichtlich* de la vasta enciclopedia religiosa publicada en Tübingen²⁶.

2º) Por su parte, el académico belga René Berthelot ha reunido gran cantidad de materiales diversos, especialmente de los pueblos clásicos del Asia, y ensaya una representación sinóptica de la doctrina en su libro *La pensée de l'Asie et l'Astrobiologie*²⁷. Como el mismo título lo indica, este autor ha empleado las religiones superiores, los calendarios, los cálculos astronómicos y demás formas relativamente recientes no ya como medio para indagar a posteriori la concepción originaria, sino como fuentes directas de la misma, que por tal modo se ve convertida en una creencia esencialmente astral y decadente. Muestra el autor un innegable poder de síntesis, pero el efecto

²⁴ F. GRAEBNER, *El mundo del hombre primitivo*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1925.

²⁵ ALFRED BERTHOLET, *Eschatologie I. Religionsgeschichtlich*, en: "Religion in Geschichte und Gegenwart", 2º ed., Tübingen, 1928.

²⁷ RENÉ BERTHELOT, *La pensée de l'Asie et l'Astrobiologie*, ed. Payot, Paris, 1º ed. 1938; 2º ed. 1949.

clarificador de su trabajo resulta desvirtuado por la fijación de un origen relativamente moderno, en la Mesopotamia (con ello el autor recalca el módulo de los Pan-babilonistas), y en cuanto a las culturas templarias de América su tratamiento es del todo fragmentario y además inseguro por la falta del *habitus* etnológico.

3º) Ultimamente, como lo reconoce Lévi-Strauss, el pensamiento templario ha vuelto a causar sorpresa, esta vez gracias a las notables investigaciones practicadas entre los sudaneses por Marcel Griaule, Germaine Diéterlen y D. Zahan. Estos sistemas de correspondencias cosmo-biológicas de los Dogon, Bambara, etc., son semejantes a los que en América descubrieran Z. Nuttall, Cushing, Dorsey, La Flesche, etc., que Durkheim y Mauss primero, y Paul Coze después, dieran a conocer en Francia. Semejantes, también, a los sistemas templarios africanos descubiertos por Frobenius, como hemos visto. Por su parte, M. Loeffler-Delachaux, en sus estudios sobre el simbolismo del círculo, basándose en las investigaciones de Claude-Sosthène Grasset d'Orcet (1828-1900) y de Goblet d'Alviella, llegó a la comprensión del sistema cuaternario, por tetrapartición del círculo, y tomó contacto con los datos americanos a través de Paul Radin y con los datos africanos a través de Leo Frobenius²⁸.

El desarrollo de las investigaciones de Imbelloni.

Nuestro autor nos ha informado de qué modo, día tras día y casi sin darse cuenta en el principio de las perspectivas que le esperaban, ha ido "penetrando en esta sucesión mara-

²⁸ PAUL COZE, *L'Oiseau-Tonnerre. Paysages et magie Peaux-Rouges*, ed. "Je Sers", Paris, 1938; MARGUERITE LOEFFLER-DELACHAUX, *Le Cercle. Un symbole*, Collection Action et Pensée, ed. du Mont-Blanc, Genève, 1947; DARYLL FORDE, (y colaboradores), *Mundos africanos*, ed. F. de C. E., México, 1959; C. LÉVI-STRAUSS, *El pensamiento salvaje*, págs. 65-66 y 237.

villosa de lujuriantes paisajes del pensamiento humano, mayormente caros a nuestro entendimiento por la pátina de venerandas antigüedades que los envuelve, como un nimbo”²⁹.

El punto de partida de estas investigaciones se puede fechar en 1926 con la publicación de su gran obra *La Esfinge Indiana*³⁰ en la que analizó diversos aspectos del vasto problema de los orígenes americanos, y que el profesor Preuss utilizó al año siguiente en las ejereitaciones de seminario de la Universidad de Berlín. En esta obra el problema del Diluvio fue tratado pero no satisfactoriamente resuelto, de modo que nuestro autor se dedicó posteriormente a reinvestigar el proteico y enigmático tema. Pronto llegó a la conclusión de que el mito de la Atlántida, desde Platón hasta los atlantófilos modernos, no era más que una colosal variación sobre el tema del Diluvio. Abordó, pues, críticamente la vasta literatura de Atlántida³¹, reinterpretando el pensamiento que informa el *Timeo* y estudiando los problemas geológicos, oceanográficos, biológicos, antropológicos, etc., que se le han adherido en el curso de los siglos y llegó a los siguientes resultados: 1º) el Diluvio no era la imagen magnificada de una calamidad auténtica sufrida por los pueblos de la Tierra³², sino algo muy distinto: una creación del espíritu humano, urgido por la exi-

²⁹ *Linfa*, pág. 19 y sigts.

³⁰ J. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*, ed. Hachette, Buenos Aires, 1956.

³¹ VIVANTE, Armando e IMBELLONI, J., *Libro de las Atlántidas*, Bibliot. Humanior, sección B., tomo III, Buenos Aires, 1939; ed. francesa: *Le livre des Atlantides*, trad. Ph. Gidon, Bibliothèque Historique, Payot, París, 1942.

³² Los descubrimientos arqueológicos en la antigua Sumer plantean el problema de la relación entre la tradición literaria del Diluvio (fragmento de tableta cuneiforme del Museo de la Universidad de Filadelfia, colección de Nippur), retomada por la Epopeya de Gilgamesh, el Génesis y Beroso, por una parte, y el estrato geológico de una inundación en Ur, descubierto por Woolley, por otra. Véase: SAMUEL NOAH KRAMER, *La Historia empírica en Sumer*, ed. Aymá, Barcelona, 1958, cap. XX; LEONARD WOOLLEY, *Ur, la ciudad de los caldeos*, ed. F. de C. E., México, 1953, pág. 15 y sigts.; ANDRE PARROT, *El Diluvio y el Arca de Noé*, ed. Garriga, Barcelona, 1962; HARTMUT SCHMÖKEL, *El país de los súmicos*, Eudeba, Buenos Aires, 1965, pág. 70.

gencia de organizar sus categorías científicas y morales; 2º) el Diluvio no estaba por sí solo, sino formando parte de un sistema, definido numéricamente, de calamidades telúricas, regido por el juego de los 4 Elementos, y su definitiva super-valoración como forma destructora no era otra cosa que el efecto de mutilaciones recientes de aquel antiguo sistema, todavía no tan remotas que fuese imposible reconocer las cicuras³³.

El próximo paso fue descubrir que donde mejor se han conservado las formas arcaicas de la intuición del mundo de los antiguos pueblos cultos es en América, en los restos que nos brindan las antiguas civilizaciones mexicanas, centroamericanas y andinas; de ahí que la actividad de nuestro autor se orientara, desde 1939, hacia las religiones de América, investigación que luego dirigiría hacia los demás pueblos de la Protohistoria a fin de brindarnos una visión completa del Pensamiento Templario.

Todo este trabajo de investigación, reinterpretación y restauración fue realizado con la mayor precisión y finura crítica y sin perder la adherencia más estricta con los textos de Aristóteles, Platón, los Presocráticos, los Itálicos, los Orfícos, los Estoicos, y con las fuentes de Etruria, Mesopotamia, Egipto, China y Corea, India y Asia Insular, Polinesia, México y Centroamérica, y faja occidental Andina. La arquitectura del Pensamiento Templario, venerable y grandiosa, ha ido resquebrajándose, dispersándose y perdiéndose tal como, según el mito egipcio, ocurrió con el cuerpo de Osiris, de manera tal que el restaurador de aquella maravilla desaparecida, debe realizar la tarea de Isis, de recoger los miembros dispersos, con la alegría subsiguiente a cada hallazgo y la íntima pena de saber la imposibilidad de encontrarlos a todos.

¿Cuáles serán las consecuencias de lograr la restauración del Pensamiento Templario? En primer término se tendrá una

³³ *Linfa*, pág. 20-1.

seguridad metódica para estudiar las narraciones sencillas o imperfectas de los pueblos naturales y averiguar cuáles deben considerarse como supervivencias de estados formativos anteriores y cuáles son, por el contrario, deformaciones y absorciones parciales o incorrectas de materiales recibidos de pueblos cultos vecinos. En segundo lugar, establecer el grado de dependencia o independencia de las culturas templarias protohistóricas del Nuevo Mundo respecto a las del Viejo Continente, investigación que coronará de un modo seguro las mil tentativas inconexas de cuatro siglos de americanística. En tercer término, permitirá abordar hondos problemas de historia de la cultura y, particularmente, de historia de la filosofía, como las relaciones entre la Biblia y la cosmogonía de los Jonios y de los Italiotas, la mística del número, el Orfismo, la idea kiliástica en la Edad Media, el contenido originario del pensamiento palingénético, la espera mesiánica en la historia hebrea, la substancia nuclear de la idea de redención, y la circulación de los bienes mentales en el mundo antiguo, entre otros³⁴. Permitirá, en suma, que se establezca el monto y la consistencia de la herencia cultural que recibieron del mundo protohistórico los pueblos que, deformados por nuestra perspectiva historiográfica, pasan comunmente por ser los creadores incondicionados y absolutos de toda la Cultura.

La metódica.

Sabido es que Imbelloni es uno de los representantes más caracterizados de la escuela histórica de la cultura y que perfeccionó y afinó algunos de los métodos modernos de la etnología. Nada tendríamos que agregar aquí a este asunto, que fuera tratado hondamente por Graebner e Imbelloni³⁵,

³⁴ N° 3, pág. 543-4; *Linha*, pág. 114.

³⁵ FRITZ GRAEBNER, *Metodología Etnológica*, ed. Bibliot. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940; J. IMBELLONI, *Epítome de Culturetologie*, Bibliot. Mumanior, sección A., tomo I, 1° ed. Anesi, Buenos Aires, 1936; 2° ed. Nova, Buenos Aires, 1953.

si no fuera que éste último nos brinda nuevos aspectos metódicos, especialmente en cuestiones hierológicas, que es menester tener en cuenta.

Ante todo nos indica cómo la nueva metódica de los criterios de forma, cantidad, adherencia, continuidad, contigüidad y variaciones orgánicas se aplica, en hierología e historia de las religiones, en una doble dirección: 1º) exigiendo mayor fineza en el análisis filológico de los varios documentos que constituyen las fuentes; 2º) ahondando la indagación objetiva y rigurosa de cada uno de los aspectos formales de la narración³⁶. A este fin halla en toda narración del tipo del Génesis un número bien definido de componentes que enumera del siguiente modo:

- a) el Khaos;
- b) la creación ex nihilo y las creaciones mediatas;
- c) la doctrina del espacio y sus sectores;
- d) la doctrina del tiempo y sus segmentos;
- e) el ciclo de las Edades del Mundo;
- f) el ciclo de las destrucciones del Mundo;
- g) dioses de las edades y su muerte;
- h) clasificación de nociones y objetos;
- i) mística de los números;
- j) substancias primordiales o Elementos;
- k) diversificación de gentes y naciones;
- l) jerarquía de razas y castas;
- m) formulación de una ética coherente con la física;
- n) escatología (doctrina del destino final del hombre y del mundo).

La utilización de determinado procedimiento o criterio está supeditada a la índole del material a investigar. Nuevos materiales requieren novedosos perfeccionamientos metodoló-

³⁶ N° 3, pág. 542

gicos, pero a veces se logran magníficos resultados con métodos viejos y teóricamente archiconocidos, como el analítico y el comparativo, cuando a ciertos sectores no han sido aún aplicados. Un ejemplo curioso y un resultado sorprendente nos lo brinda la correlación entre la remota tradición peruana del "pecado nefando" y unas expresiones oscuras de las fuentes mayas (Nikté-Katún) y mexicanas (Xochiketzal, o "essaltatione delle rose"), cuyo significado literal de Edad de las Flores debe entenderse como Edad de los Vicios. Y es que, como anota Imbelloni, hasta ahora se ha trabajado en América con las siguientes falsas premisas: 1º) la presunción del aislamiento recíproco de las civilizaciones americanas; 2º) su nacimiento in situ; 3º) su desarrollo en dependencia absoluta y directa del lugar geográfico³⁷.

En lo que respecta a los problemas hierológicos, nuestro autor nos dice que hay que averiguar, por debajo de un determinado Olimpo o grupo de dioses frondoso y complejo, si existieron otros sistemas más antiguos de naturaleza menos elaborada, anteriores a la compilación sacerdotal y sabia. En otras palabras, para contemplar históricamente el desarrollo de una religión es menester indagar el diferente grado de antigüedad de sus dioses, adoptando una verdadera "paleografía" religiosa, o más exactamente, métodos de la índole del que se emplea en el desciframiento de un palimpsesto.

Se impone clasificar los dioses y compararlos con los de otras culturas. Pero hasta ahora se los ha clasificado y comparado en función de sus aspectos aparentes, exteriores y ficticios. Urge, en cambio, hacerlo en base a los afanes y necesidades de donde surgieron. Únicamente de este modo estas asociaciones tendrán justificación y significado³⁸.

Sostiene nuestro autor que los dioses ya existían desde tiempo inmemorial antes que el impulso mántico templario los

³⁷ N° 11, pág. 47.

³⁸ N° 7, pág. 334-5.

sistematizara en ordenamientos nuevos. Por eso el hierólogo debe tener en cuenta elementos de juicio a los cuales no se le ha prestado hasta hoy suficiente atención: 1º) el aspecto numérico de las agrupaciones de dioses; 2º) la propiedad del espíritu humano de subordinar todos sus conocimientos y creencias a un sistema de categorías que es peculiar y específico de su disposición intuitiva⁴⁰.

Utiliza y recomienda, pues, tres criterios metodológicos para abordar el estudio de los dioses americanos: el funcional, el onomástico y el numérico⁴¹. La clasificación funcional no es nueva. El filósofo Flavio Salustio y Proclo habían elaborado una en la que agrupaban a los doce dioses mayores en las cuatro ternas siguientes: Demiúrgicos, Animadores, Armonizadores y Purificadores. Esta clasificación es aplicada por Imbelloni a los dioses de la América Media, pues reconoce que nada ha perdido de su provecho y puede brindar aún hoy útiles criterios de discriminación.

El criterio onomástico o filológico se basa en que la idea de una divinidad asume su forma más concreta y substancial después que se ha revestido de nombres y epítetos, y éstos encierran gran parte de su contenido y función.

El carácter numérico es elevado a la dignidad de un criterio discriminativo esencial para el historiador del desarrollo religioso y presta a la investigación de nuestro autor un aporte metódico realmente fecundo y original, con el cual estudia el pretendido *monoteísmo* de los americanos y las asociaciones binarias, ternarias y cuaternas de dioses, pues la mística del número domina las ontologías y cosmologías protohistóricas tanto como las históricas.

En suma, "todo método es bueno, a condición de que se lo emplee no más allá de los límites de su radio vector, y hay en este asunto una verdadera urgencia de que se forme una

³⁹ N° 7, pág. 335.

⁴⁰ N° 7, pág. 334.

⁴¹ N° 7, págs. 336-7 y 439.

conciencia organizada por el "sentido vectorial". Si el método del arqueólogo es útil y hasta necesario para el examen de un estilo, hay que convenir en que no es un medio eficaz para formar la sensibilidad etnológica, y siempre sugerirá una idea incompleta de lo que es contenido de una cultura, como forma integral de pensamiento". Y añade más adelante: "Todo lo que atañe al acervo inmenso de los materiales míticos, ya sea de los pueblos de América como de los del Mundo Antiguo, difícilmente podría prestarse con éxito a las manipulaciones necesariamente elementales e ingenuas del método directo, porque reclaman un previo y delicado período de elaboración con los métodos especializados de la mitografía"⁴².

El conocimiento intimista.

A menudo se refiere Imbelloni al *conocimiento intimista* o al *intimismo* propio del filósofo de las culturas⁴³. Creemos necesario contemplar en conjunto esas referencias a fin de comprender en su real sentido su pensamiento y prevenir interpretaciones antojadizas.

Los antiguos pueblos del ciclo protohistórico crearon, con su interés por el pasado y por los orígenes, relatos cosmogónicos que son además historiografía y filosofía de la historia, pues trajeron la narración desde los orígenes del universo y de los seres hasta el propio génesis de su pueblo, para luego relatar sus genealogías y listas de reyes. Estas cosmogonías se han estudiado hasta ahora con criterio estrictamente historiográfico conformado a nuestra mentalidad moderna, y esta sola reflexión nos está ya indicando la impropiedad del procedimiento. Sostiene nuestro autor que es infinitamente más

⁴² N° 1, págs. 4 y 29.

⁴³ N° 3, págs. 582 y 587; N° 5, págs. 662-3 y 704; N° 7, pág. 394; N° 8, págs. 6 y 93; N° 9, págs. 73, 99, 261-2, 273; N° 10, págs. 170 y 261; N° 11, págs. 16-7; *Línea*, pág. 97.

fecundo educar nuestra mentalidad de manera que pueda desenvolverse libremente en medio del ideario de los pueblos antiguos. A este fin es necesario comprender el "íntimo clima mental que en todo pueblo es a una vez agente y efecto de su posición intuitiva frente al mundo". Debemos captar íntimamente, pues, la peculiar intuición del cosmos o Weltanschauung, que en este caso de las culturas de la Protohistoria es concretamente el Pensamiento Templario. Y se podrá captar sólo a condición de que nos despojemos de nuestros prejuicios, de nuestra mentalidad, y de que nos "adentremos" en ese "mundo perdido" con la simpatía necesaria para comprenderlo íntimamente, por dentro y no por fuera como se ha hecho hasta ahora.

"Es menester una preparación espiritual muy intensa antes que intentemos abordar el análisis de aquellas remotas narraciones: en primer lugar despojarnos de las teorías, sistemas y conceptos propios del momento en que vivimos, y luego, con infinita paciencia, sentido de orden y elasticidad de la mente, penetrar en el contorno espiritual del pueblo que las produjo, en el momento respectivo, hasta que nuestro ser interior quede impregnado de esa específica forma mental y afectiva".

Esta disposición "intimista" preconizada por nuestro autor multiplica, antes que abreviar, el trabajo del investigador. Las dificultades superan a las meramente eruditas contempladas anteriormente, pues ahora es indispensable lograr el dominio de los antiguos modos de expresión, de las ciencias, religión, arte y creencias, y en el caso particular de las genealogías míticas y listas de reyes, de su sistema de repartir el tiempo pasado, de concebir las grandes épocas de la naturaleza, los períodos políticos, su génesis, número y sucesión, y de la forma de temer a la divinidad.

En síntesis, a fin de lograr el ideal de la integración organizada de la religión-ciencia indígena, se debe seguir no

ya el camino de la adherencia "historiográfico-cronológica" sino el de la adherencia "temática", menos externa y más íntima.

La vieja metódica con que se abordaba el tratamiento de las antiguas narraciones consistía en extraer lo positivo de lo legendario, lo creíble de lo inverosímil. Se despreciaba el elemento fantástico. En cambio, el moderno tratamiento se sirve de su análisis para el entendimiento cabal del todo.

"Se ha descubierto, en efecto, que los elementos increíbles de esas narraciones forman parte esencial de las mismas, por constituir no ya algo superpuesto y parasitario, sino la expresión normal del pueblo que las forjara"⁴⁴.

Imbelloni, en sus estudios sobre las fuentes religiosas de Guatemala (Popol Vuh), México (códices y manuscritos) y Yucatán (libros de Chilán Balam y textos proféticos) nos brinda claros ejemplos de cómo ciertas palabras, oraciones y párrafos quedan ininteligibles después de una fatigosa y erudita interpretación gramatical y cómo es súbitamente iluminado su sentido recóndito cuando se los enfoca en su adherencia íntima con la substancia mítica y el sistema conceptual que los informa⁴⁵.

Advierte asimismo nuestro autor que "estos sistemas mentales tan hondamente elaborados no pueden asimilarse por trozos, ni de manera incompleta, y que allí donde existen vestigios debe inquirirse la presencia de la doctrina en su forma íntegra".

Reconoce Imbelloni que ésta su actitud intimista no es personal, sino que es una particular manifestación del diverso "genio" de las épocas historiográficas. El período cientificista y positivista (la segunda mitad del siglo XIX) en que floreció

⁴⁴ N° 9, pág. 261-2.

⁴⁵ Ejemplos en: N° 3, pág. 581-2; N° 5, págs. 660-1 y 704; igualmente en el N° 10, pág. 169-70 (nota) donde interpreta el fragmento 6 de Empédocles.

Seler, fue esencialmente exteriorizado, "arqueológico", pues se conformó con descripciones, figuras y dimensiones de monumentos. En una palabra: "extraflexo". El nuestro, en cambio, no se conforma con esto y quiere captar las intimidades más recónditas de la intuición humana. Cultiva el lenguaje y el hábito de la "introflexión". Y aquí nuestro autor advierte enérgicamente no confundir esta palabra con la tan llevada y traída "introspección", pues mientras esta última rechaza, "la primera en cambio atrae en torno a sí todos los objetos exteriores, con un afán tan humanista, que termina por interpretarlos, sentirlos y clasificarlos según una ley humana y sobre todo con una valoración dominada por la Simpatía".

Esta actitud coincide con la sustentada por el ilustre humanista Werner Jaeger, el cual nos dice que

"La función del historiador consiste en emplear su imaginación para sumergirse profundamente en la vida, en las emociones, en el color de otro mundo más vívido, olvidándose enteramente de sí mismo y de su propia cultura y sociedad y pensando de este modo en función de vidas ajenas y de sentimientos que no le son familiares, a la manera como el poeta infunde a sus personajes el hálito de la vida. Y esto no se refiere solamente a los hombres y a las mujeres, sino también a los ideales del pasado"⁴⁶.

II. *El desenvolvimiento de los ciclos de cultura*

Cuando Giambattista Vico trató de ilustrar el Antiguo Discurso, lo atribuyó a las formas más sencillas y a los tiempos más remotos de la vida humana. Hoy sabemos, en cambio, que los orígenes reconstruidos en la *Scienza Nuova* se sitúan en la capa cultural que precedió inmediatamente a los tiempos históricos, y que entre esta protohistoria y los remotos orígenes

⁴⁶ WERNER JAEGER, *Paidia*, ed. F. de C. E., tomo II, México, 1944, pág. XIII (prólogo).

de la cultura humana media una enorme distancia, llenada por las variadas formas de vida clasificadas por la moderna etnología.

Los representantes de la escuela morfo-histórica han determinado un número bien definido de ciclos culturales ⁴⁷, que partiendo de las "protoculturas", a través de las "culturas primarias" y luego de las "compuestas", llegan a las Grandes Monarquías protohistóricas, objeto estas últimas de nuestra exposición por ser el terreno en el cual se desarrolla el Pensamiento Templario. Pero nuestra exposición quedaría trunca si no contemplásemos las capas previas, pues en ellas se encuentran no sólo las bases que condicionan el florecimiento de la cultura superior de los Grandes Estados, sino también los antecedentes y los gérmenes del Pensamiento Templario mismo.

Las Protoculturas

Las protoculturas son las formas de vida más embrionarias y al mismo tiempo más antiguas. En ellas el hombre no se ha independizado económicamente de la naturaleza. Son recolectores. El varón procura el alimento animal mediante la caza y la pesca con técnicas rudimentarias; la mujer recoge plantas, raíces y frutos silvestres. La economía es parasitaria, pues el aprovechamiento directo y elemental de las riquezas naturales agota las posibilidades económicas de un territorio.

Los pueblos portadores de esta forma de cultura se clasifican en: a) los pertenecientes al Ciclo Pigmoide (Ia), del ordenamiento de Imbelloni, entre los que se encuentran no sólo los pigmeos o Negrillos del Africa Ecuatorial sino los diversos pigmeos y semi-pigmeos de algunos rincones del Asia peninsu-

⁴⁷ F. GRAEBNER, *El mundo del hombre primitivo*; J. IMBELLONI, *Epítome de Culturología*; P. GUILLERMO SCHMIDT, *Manual de Historia Comparada de las Religiones*, 2ª ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1941.

lar e insular; b) los correspondientes al Ciclo Tasmanoide (I b) al que pertenecen la extinguida población de Tasmania, los Yámana de Tierra del Fuego y los Botocudos del Brasil; y, en último término, c) los del Ciclo del Bumerang (II) cuyos representantes típicos son los australianos menos recientes, cuya área se extiende a las islas de Oceanía, Africa Central, California, Chaco y Sur argentino.

A medida que consideramos sucesivamente estos tres ciclos vemos cómo se desarrolla la inventiva humana. Los pigmoides y tasmanoides tienen por habitación simples mamparas de ramas colocadas contra el viento y a veces alguna choza cónica o en forma de colmena, muy primitiva. El ciclo del Bumerang ya tiene una choza más perfeccionada. Asimismo se comienza careciendo en absoluto de vestido para llegar al manto de pieles echado sobre el hombro. En lo que se refiere al instrumental, los pigmoides desconocen la piedra y utilizan únicamente madera, conchas y hueso; los tasmanoides emplean la piedra rudamente tallada en su forma más primitiva, y los del Bumerang usan ya el hacha de piedra enmangada. La música y la plástica aparecen sólo en el tercer ciclo, con placas zumbadoras y bastones de ritmo la primera, y pinturas y modelado la segunda. En cambio, la religión está presente desde el primer momento, en una forma sencilla y elevada: creen en la existencia de un Ser Superior que vive en la altura, en la bóveda celeste. En el tercer ciclo se le fusiona la creencia en el Señor-Luna.

Las culturas primarias o constitutivas

La primordial actividad económica recolectora es aquí superada. El hombre, dedicado a la caza, perfecciona su técnica. La mujer, encargada de recoger los vegetales, al observar que de las semillas brotan nuevas plantas descubre el secreto de la agricultura. Según que la convivencia se componga de sem-

bradores o, en cambio, de cazadores, la posición social de la mujer o del varón, al sobrellevar respectivamente la principal tarea, dará el tono general a la sociedad, y ésta será agricultora y por consiguiente matriareal, o cazadora y, por ende, patriareal. Una tercera forma, por antonomasia patriareal, es la que se basará en la domesticación de los animales y cuidado de los rebaños.

Los ciclos que pertenecen a estas culturas primarias son: el de la Gran Caza (III a), el de los Pastores (III b), el Artico (III c) y el de los Agricultores de Azada (IV).

El de la Gran Caza (o Cazadores Superiores) no practica la agricultura, aunque su área, diseminada por Australia, Oceanía, India, Norte y Sudamérica, alterna y hasta se mezcla con la del ciclo femenino de la Azada. La caza ha sufrido un perfeccionamiento técnico y sociológico intenso, con el empleo de trampas más complicadas y poderosas (de contrapeso, de lazo, etc.) y de la caza colectiva.

El ciclo de los Pastores presenta, como ningún otro, el aspecto de una inmensa área territorial continua que abarca el norte europeo y el norte y centro asiático. El alimento, más que la misma carne de los animales domésticos, es la leche que de ellos se obtiene, ya sean vacunos, ovinos, caprinos, como equinos o camélidos.

El ciclo Artico está formado por el inmenso anillo de pueblos hiperbóreos cuyas dos bases económicas son la pesca y la caza superior. Esta última se ha transformado en ganadería en la extremidad europea y occidente asiático (domesticación del reno como animal de carne, de leche y de tiro); en la extremidad americana permanece la caza del ciervo. Se desarrolla la caza marina de la foca y la terrestre de lobos, osos, etc. Se ha domesticado el perro como guardián de rebaños en el sector occidental y como animal de tiro en el oriental.

El ciclo de los Agricultores de Azada se encuentra en estado de pureza solamente en sectores del Océano Pacífico, India e Indonesia; en Africa se mezcla íntimamente con el

más moderno Cielo del Arco (V) también matriarcal y en Oceanía y Australia se combina con el ciclo patriarcal de los Cazadores Superiores (III a). Mientras los antiguos recolectores, los cazadores y pastores son nómades, en éste la práctica de la cultura del suelo reduce la movilidad del grupo social y condiciona el desarrollo de hábitos sedentarios. La agricultura es inferior, pues se trabaja únicamente con la azada y a veces con el más primitivo método del simple palo de sembrar. El predominio social de la mujer, derivado de su posición económica, es contrarrestado por las sociedades secretas de varones enmascarados, que practican la danza y la declamación, primer esbozo del arte dramático. El culto del cráneo es un aspecto del culto de los antepasados.

Contrastan las armas ofensivas de punta (flecha, lanzas con o sin propulsor, puñales, etc.), característicos de los tres ciclos patriarcales, con las ofensivas del ciclo matriarcal, cuyo fin es contundir o hender (clavas y mazas de guerra). Significativo es también el contraste entre la choza de sección redonda con techo cónico de los cazadores, con la choza o casa de planta rectangular, con techo a dos aguas, de los agricultores. Igualmente opuesto es el tipo de creencia religiosa en mitos solares (el Sol masculino de los patriarcales) y en mitos lunares (la Luna femenina de los matriarcales).

Las culturas compuestas

Estas culturas denotan un grado superior de realización de las posibilidades humanas pues, como su nombre lo indica, son resultado de diversas formas de integración de las culturas masculinas con las femeninas.

La primera integración es el Cielo del Arco (V). Este representa una mezcla orgánica del patrimonio de los ganaderos nómades con el de los agricultores inferiores, en cuyos territorios penetran. Abarca el área de los pueblos me-

lanesios, especialmente Nueva Guinea; regiones de Indonesia, India, Africa (Congo), cuenca del Orinoco y Amazonia, Antillas y Sudeste norteamericano. El elemento ganadero-patriarcal aporta el buey, que asociado a la azada de los agricultores inferiores configura la importantísima invención del arado que revoluciona la agricultura y condiciona el desenvolvimiento general de la sociedad. La agricultura se intensifica, cultivándose los túberos y la banana. Este ciclo se caracteriza, además, por la cría de animales domésticos alimenticios (gallina, puerco, etc.) y por el cultivo del tabaco y plantas similares, de las que se fuman o mastican las hojas. La habitación, rectangular como la del ciclo de la Azada, es comunal y está construída sobre palafitos. El arma principal, que da nombre al ciclo, es el arco perfeccionado cuyo palo es de sección chata. La industria de la piedra, muy avanzada, es de tipo neolítico. Una importante invención es la alfarería. El principal instrumento musical es el tambor. El culto del cráneo (cráncos-trofeos) se vincula con la creencia de adueñarse de los poderes mágicos del enemigo o del pariente muerto (caza de cabezas). Se desarrolla con idéntica finalidad el canibalismo.

Fue ésta la cultura surgida a raíz del primer contacto de elementos patriarcales con matriarcales. Aquéllos fueron absorbidos por éstos, de modo que el tono de vida matriarcal siguió predominando. En este sentido, es una directa continuación del ciclo IV, lo que se evidencia en la continuidad de costumbres como la trepanación del cráneo.

Posteriormente se desarrollan otros fecundos contactos. Nuevos pueblos ganaderos, penetrando en la India, se asientan sobre territorios de agricultores, creándose una forma superior que es el Ciclo Señorial Drávida (VI a), el cual genera una corriente migratoria que lleva las nuevas pautas culturales hacia el Sudeste, donde constituye el Ciclo Señorial Indonesio-Polinesio (VI b) que posteriormente llegó a la costa occidental de América, y otra corriente, en parte india y en parte indonesia que, con rumbo oeste, deposita en Madagascar

y el Sudán los gérmenes que caracterizan al Ciclo Señorial Sudanés (VI c).

Con este trimorfe ciclo llegamos al umbral de la protohistoria. Y lo llamamos precisamente umbral porque los nuevos elementos y complejos culturales que tienen en la protohistoria su característico y completo desarrollo se encuentran en el ciclo Señorial iniciados o más bien prefigurados. Es así que este ciclo, de predominio patriarcal, crea las castas sociales, constituidas principalmente por la capa de los ciudadanos libres comunes, por encima y debajo de la cual se instituyen la nobleza (guerrera y sacerdotal) y la esclavitud, respectivamente. Esta diferenciación rigurosa se liga íntimamente con la organización total lograda con la creación de un poder central absoluto, casi siempre teocrático. El gran impulso de progreso social lo da la metalurgia del bronce, que luego los polinesios abandonaron para consagrarse a resolver los problemas de un pueblo de navegantes, pero que los sudaneses perfeccionaron y transformaron en metalurgia del hierro. Una de las formas curiosas del vestido es el poncho, común a Sudamérica, Polinesia y Asia Meridional. Las aglomeraciones de casas ya tienen carácter urbano. En la esfera mítico-religiosa se han fusionado las creencias patriarcales y las femeninas dando como resultado la creencia en un dios solar del Cielo cuya esposa es la Tierra.

Las culturas complejas de la Protohistoria

Entramos ya en el Ciclo de los Grandes Estados (VII) cuya base sabemos constituida por la cultura del ciclo Señorial, pero que recibe nuevos y fecundos impulsos gracias a más recientes contactos provocados por las grandes migraciones e invasiones que ocurren en su ámbito⁴⁸.

⁴⁸ IMBELLONI, *Culturología*, cap. VIII; *Atlántidas*, cap. XIX; F. GRAEBNER, *El mundo del hombre primitivo*, cap. VI.

Según las vastas zonas donde esta cultura ha florecido, pueden, por su relativa independencia —más aparente que real— ser distinguidos los siguientes subcielos: 1º Sinoide (China, Corea, Japón, etc.); 2º Indoide (India, Indochina); 3º Mediterráneo y Cercano Oriente (Irán, Mesopotamia, Armenia, Asia Menor, Siria y Palestina, territorios Egeos y del Imperio Romano) 4º México-Andino; 5º Islámide.

El tercero, cielo Mediterráneo, puede subdividirse en dos: el Paleomediterráneo o cultura de Poseidón (culturas mesopotámica, egipcia, hitita, etromicénica, etrusca, tartesia, y atlántico-africana de la costa de Guinea), y el Neomediterráneo o cultura de Apolo (mundo greco-romano), dentro ya de la órbita histórica.

El cuarto, o México-Andino, constituye una unidad cuyo centro vivificador y enérgico se encuentra en la América Istmica y revela influencias extra-americanas (de las antiguas culturas indonesias).

El quinto o Islámide, abarca los territorios dominados culturalmente por el Islam a partir de su expansión en el siglo VII de nuestra era. Es ya plenamente histórico.

Estas culturas se han elevado tanto por encima de las anteriores, que Graebner habla de una “cordillera cultural”.

En la vida material todas las técnicas son llevadas a un alto grado de perfeccionamiento, pero es en la vida social y mental donde estos ciclos revelan la grandiosidad de sus creaciones.

La división de la sociedad en cinco capas superpuestas y cerradas, la preponderancia de la ciudad, el desarrollo de la idea monárquica de naturaleza mágica y divina, la reglamentación del derecho, la disciplina adivinatoria basada en la inspección de las vísceras y el horóscopo astrológico, las diversas escrituras desde las hieroglíficas a la alfabética, la invención del calendario y la cronología, la creencia en héroes

civilizadores o tsmóforos, la religión solar, las cosmogonías y genealogías divinas y heroicas, son algunos de los elementos culturales más característicos.

“Pero sobre todo se agranda el concepto del Estado, esto es, de una unidad política constituida a raíz de la reducción y fusión de unidades menores realizadas mediante la preponderancia militar, religiosa y jurídica de una de ellas, lo que asegura, con la fundación de un poder monárquico central, una larga temporada de existencia pacífica; su efecto inmediato es la adopción de líneas de conducta estables por enormes masas de pueblos, la unificación de las costumbres, el fomento de las industrias y de la producción y el afianzamiento de la circulación comercial ⁴⁹.

Este es el ciclo de cultura cuya intuición del Cosmos, el Pensamiento Templario, esbozaremos en sus fundamentos, en su concepción de la estructura espacial del Universo —con todas las complicadas asociaciones y clasificaciones de categorías que la peculiarizan— y en su Doctrina de las Edades del Mundo.

III. FUNDAMENTOS PSICOLOGICOS DEL PENSAMIENTO TEMPLARIO

La mentalidad mántica y la noción de suerte

En la base de la grandiosa arquitectura del Pensamiento Templario encontramos la mentalidad mántica ⁵⁰, como lo ha esclarecido Imbelloni en contra de la tesis de la escuela sociológica de Durkheim, que afirmaba su dependencia directa del tipo de sociedad organizada en base a la división en clases y fratrías. El impulso mántico consiste en el deseo de anticipar el conocimiento de lo fausto o infausto y, en especial modo, en

⁴⁹ *Culturología*, pág. 192.

⁵⁰ N° 1, pág. 12; N° 3, pág. 581; N° 7, pág. 422; *Línfa*, pág. 34.

la convicción que fuese necesario averiguar el lugar y el tiempo conveniente para la realización de todo acto humano. No se trata de que este impulso mántico aparezca por primera vez en las culturas de los Grandes Estados. Antes bien debe remontarse a lejanos orígenes, pero sí que por primera vez se presenta ahora con la energía necesaria para la creación y la estabilización de un sistema coordinador, acompañado por investigaciones que por su delicadeza, complejidad y regulación legal son los auténticos primeros pasos de nuestras propias ciencias.

Gracias al poder categorizador conferido al número 4, se concibió el espacio horizontal, tanto el celeste como el terrestre, tetrapartido en cuadrantes determinados por los puntos cardinales, como más adelante veremos en detalle.

El espacio "partido" constituye el *templum*. El cielo abierto es, por excelencia, el templo. Luego la tetrapartición es trasladada primero a un cuadrilátero trazado en el suelo, luego al recinto cerrado, consagrado al culto. Cada uno de los cuadrantes está individualmente "orientado", dotado de particulares cualidades y es el indicador infalible de un destino favorable (si pertenece a la mitad "diestra") o adverso (si a la mitad "siniestra"). A estos conceptos de favor y desfavor, fausto e infausto, se asocian íntimamente otros, como bien y mal, justo e injusto.

La imprescindible necesidad de adivinar la suerte futura, y en especial la de averiguar el momento propicio para la realización de un determinado acto se realizó de diversos modos, todos en el fondo coincidentes. Era menester ubicar determinada señal en que la suerte se manifestase, en un preciso sector del *templum*. De ahí la observación del cielo por medio de la posición de los astros, tanto diurna (*contemplatio*) como nocturna (*consideratio*). De ahí la observación de los fenómenos meteorológicos (*disciplina fulguratoria*) y del vuelo de las aves (*avispicium*). De ahí el estudio de los cuadrantes en el hígado y demás templos-vísceras realizado por los harúspices

(de *har*, hígado). De ahí, igualmente, el método centroamericano de lanzar al aire granos de maíz y habichuelas de *tzité*⁵¹ y observar la figura formada al caer en un cuadrilátero marcado en el suelo o en un pañuelo extendido. Los peruanos realizaban esta misma averiguación empleando granos de maíz de colores amarillo, rojo, negro y blanco, exactamente los mismos colores que asignaban a los puntos cardinales.

La categoría numérica

La particularidad que tienen los pueblos y culturas de ordenar sus conceptos de acuerdo a un determinado canon numérico, de asignar poder categorizador y clasificador al número, que puede ser el 2, el 3, luego el 4 y el 5 en el Pensamiento Templario, y posteriormente sus diversas combinaciones, ha hecho meditar hondamente a nuestro autor y le ha permitido formular una conclusión de gran importancia filosófica⁵². La de que el número es una categoría o elemento constitutivo del juicio, tal como lo son el tiempo y el espacio, que subyacen en nuestra conciencia como juicios sintéticos *a priori* (Kant) o como "vacíos" (Max Scheller). Poseemos, pues, una representación *a priori* del número o un "vacío numérico" indispensable para la estructura del juicio. En los procesos iniciales de la objetivación, desarrollados en los primeros pasos de la cultura humana con marcada influencia de lo subjetivo, juega una función de altísima importancia para concebir los objetos y los sucesos en su pluralidad y diversidad. Y en la época madura de la conciencia cognoscitiva, correspondientes a los momentos cumbres de la cultura, cuando ya la actividad numérica categorizadora ha dejado de desempeñar una función activa, no por ello se desvanece, y nosotros mismos continuamos sirviéndonos de esos simbólicos casilleros, aunque

⁵¹ Palo de pito (*Erythrina corallodendron*).

⁵² *Linfa*, págs. 97-9.

sin ser conscientes ya de su naturaleza, origen y necesidad psicológica e histórica.

En la formación del saber humano, la doctrina de los números ha tenido, —sintetiza Imbelloni— los siguientes aspectos o momentos funcionales: 1º) repartición mántica de los destinos; 2º) objetivación progresiva de lo exterior, y particularmente de los planos y sectores del mundo físico; 3º) proyección de la sensibilidad humana hacia todas las entidades del universo, o universalización de las facultades del hombre; y principalmente, 4º) erección de cánones que hicieren posible la sedimentación ordenada de las nociones, entendiéndose por “orden” —aclara— un gradual efecto de atracción en las relaciones del hombre con los animales y las cosas, no excluidas las abstractas, logrado mediante la composición de grupos consanguíneos o simpáticos, localizados idealmente en determinados Orientes.

El desarrollo de las religiones en conexión con el desarrollo de las culturas.

Es precisamente el reconocimiento de la importancia de la cualidad categorizante del número el que ha permitido que Imbelloni elevara a criterio metódico la interpretación numérica, como acabamos de ver. Nuestro autor se ha dedicado a interpretar hierológicamente la naturaleza de los dioses indígenas americanos y a reconstruir el proceso mitopoyético de su creación⁵³. Sabido es que en las mitologías, especialmente en la babilónica y las centroamericanas, cada uno de los astros y constelaciones figuradas están íntimamente vinculados al concepto de las entidades divinas, de modo que los dioses son personificaciones de los astros y, por su parte, los nombres divinos constituyen un catálogo mítico del cielo astronómico.

⁵³ N° 7, pág. 330 y sigts.

De este hecho innegable surgió en los mitógrafos alemanes la teoría astral de las religiones, que predominó en los últimos cincuenta años. Con esta doctrina que consideraba la creación de los dioses posterior, o al menos simultánea, a la observación de los astros, el trabajo del historiador de las religiones se reducía a un juego erudito de habilidad y paciencia, consistente en determinar qué dios correspondía a qué astro y viceversa. Imbelloni, contra este modo de ver, ha logrado demostrar: que los dioses existían desde tiempo inmemorial, antes que se realizase su identificación con los astros; que ésta, por el contrario, es relativamente reciente, y que constituye la postrer etapa, en cierto sentido decadente, del Pensamiento Templario.

Asimismo ha llegado a precisar las raíces profundas del pensamiento religioso, que consisten en la tendencia de los grupos humanos a proyectar en los dioses el concepto del poder, e intuir las vinculaciones de su propia comunidad con las entidades divinas regidas por su peculiar ritmo clasificatorio. Respecto al sentido del poder y de la vinculación reconoce que tienen sus raíces en la naturaleza exquisitamente teológica —íntima y profunda— del hombre, en tanto que el sentido del ritmo, expresado por el factor numérico, pertenece a la vida de adaptación y brota de sucesivos esquemas mentales.

Con el criterio numérico, acompañado del onomástico y del funcional, nuestro autor llega a reconstruir el siguiente proceso:

a) *Concepciones basadas en el número uno.*

Imbelloni considera el proceso mitopoyético de creación y desarrollo de los dioses como condicionado por las variaciones del esquema mental o categoría numérica (Ritmo), variaciones que a su vez se explican por el desarrollo de la comprensión objetiva del mundo exterior. Es así que en el estado rudimen-

tario de las Protoculturas⁵⁴ la conciencia humana logra determinar un solo plano cósmico, la bóveda celeste; todo lo demás, tierra, animales y pueblos, forman una segunda entidad amorfa e indivisa a la que el propio autor de la representación intuitiva (el hombre de los cielos protomorfos) pertenece sin posibilidad de individualizarse. La atmósfera con sus meteoros corresponde al cielo.

Ese único piso objetivado del universo, el cielo, es personificado en un Dios único, "Señor del Cielo", dotado incluso de propiedades como las de eternidad, omnisciencia, bondad, moralidad, omnipotencia y poder creador. Sus diversos nombres aluden directamente a su naturaleza: "Cielo", "Lo Alto", "Arriba", "El de Arriba", son varios de sus significados etimológicos. Es éste el primitivo monoteísmo descubierto e investigado por el P. Schmidt y el Prof. Pettazzoni.

b) *Cosmogonías binarias.*

Al dejar atrás las formas de vida de las protoculturas, el hombre crea, diversificando las direcciones, las culturas patriarcales y matriarcales que se agrupan bajo el rubro de Primarias o Constitutivas. Las dos grandes direcciones de desarrollo, la masculina o patrilinear y la femenina o matrilinear, cobran conciencia de la dualidad que impera en el universo⁵⁵. Basado posiblemente en la impresionante unanimidad con que se presenta en la naturaleza la oposición macho-hembra, pero con la participación de todas las demás antinomias observadas: vida y muerte, día y noche, luz y oscuridad, blanco y negro, sol y luna, derecha e izquierda, arriba y abajo, montaña y llanura, se objetiva en la conciencia el segundo

⁵⁴ N° 7, pág. 432 y sigts.; P. G. SCHMIDT, *Manual de Historia Comparada de las Religiones.*

⁵⁵ N° 5, págs. 685-6, 693, 695; N° 7, págs. 348-61, 436; N° 8, pág. 56; N° 10, págs. 134, 222; *Línfa*, pág. 100.

piso del universo: la Tierra. Determinase así la oposición Cielo-Tierra y la concepción religiosa de la pareja Dios Cielo y Diosa Tierra, como asimismo la del Señor Sol y Señora Luna. Pero mientras la cultura femenina de los Agricultores inferiores asigna preponderancia a las entidades divinas correspondientes: Señora Luna y Diosa Tierra, las culturas masculinas (Cazadores y Pastores) elevan las propias: Señor Sol, Señor Luz, Señor Cielo. No son éstas las únicas parejas divinas. En las religiones adelantadas del período templario, como las centroamericanas, la egipcia y la babilónica, Imbelloni descubre que los dioses de la creación son dobles y forman una pareja sexuada, reconocibles por el mismo nombre, que lleva la variante indicadora del género. El complejo mexicano Ometekutli - Omesíwatl (el Señor del Dúo - la Señora del Dúo), llamado también Tonakatekutli - Tonakasíwatl (el Señor y la Señora de nuestro mantenimiento) y Sitlalatónak - Sitlalmína (Estrella masculina y femenina), es la pareja Cielo - Tierra de los dioses Constructores y Formadores, o Demiúrgicos. Una segunda pareja, la de los creadores de la humanidad, dioses Animadores o Progenitores, es Sipaktónal - Oshomoko. La primera pareja se encuentra en el Popol Vuh, el celebrado libro del pueblo quiché de Guatemala, bajo los nombres de Tzakol-Bitol y la segunda como Ishpiyakok e Ishmukané, llamados también Nuestro Abuelo y Nuestra Abuela. Con otros nombres se encuentran las mismas parejas en la mitología de los mayas de Yucatán. En la primera tableta del Enuma Elish, el poema babilónico de la creación, se establecen las siguientes parejas de dioses: Lahmu y Lahamu, luego Anshar y Kishar.

Los dioses de la creación datan, pues, de las antiquísimas culturas primarias o constitutivas y se van conservando en las capas superiores de cultura hasta integrar las religiones del período templario o protohistórico, pero pierden su actividad y su fisonomía individual y se arrastran transmutados en larvas y sombras. Concretamente se transforman en: a)

dioses sin culto, sin imágenes y sin templos; b) dioses ociosos; c) dioses descarnados o incorpóreos.

Donde este dualismo ha cristalizado, conservándose en un cuerpo de doctrina superior, es en China; allí las parejas antinómicas tienen por modelo general los principios del Yang (masculino) y del Yin (femenino) e integran los fundamentos del sistema filosófico del Taoísmo⁵⁶; asimismo perdura a modo de vestigios en nuestros propios géneros gramaticales.

En estas culturas los dioses menores se desarrollan y multiplican. El cielo matriarcal de los Agricultores inferiores tiene sus dioses agrarios (dioses-espíritus de los meteoros, de las plantas cultivables, de la floresta, etc.) y desvuelve además el culto de los antepasados. Por su parte, en los cielos patriarcales de Cazadores y de Pastores, en relación directa con el mundo animal, prolifera la simbología teriomorfa, o sea los dioses de aspecto, atributos y prerrogativas animales.

c) *Cosmologías ternarias.*

Llegamos a la ontología peculiar de las Culturas Compuestas (ciclo del Arco, ciclos Señoriales) caracterizadas por la integración de los elementos masculinos y femeninos, con preponderancia ya del uno, ya del otro. Estas culturas reciben de las anteriores todos sus dioses y categorías, originándose de esta abundante mezcla el llamado politeísmo que luego será heredado y ordenado con nuevos criterios clasificatorios por el Pensamiento Templario. Pero ya estas culturas Compuestas tienen su propio criterio de clasificación, el número 3, del cual hacen tan acabado uso que, como dice muy bien Imbelloni, este es la marea de fábrica del Pensamiento Divino. Estamos frente, pues, al auténtico cielo de los Dioses, al lado del cual

⁵⁶ R. ORTA NADAL, *La intuición del espacio y del tiempo en la tradición cultural de China*, en: *Anales de Arqueología y Etnología*, Univ. Nac. de Cuyo, tomo XIX, Mendoza, 1964.

el ciclo binario no es otra cosa que el elemento precursor, frente al cual la revolución operada luego por el Pensamiento Templario tendrá inevitablemente un sentido antídívino, entrevisto ya por Eusebio de Cesárea.

¿Pero cómo se ha dado el paso de la intuición binaria a la ternaria? Después de una vasta época en que el hombre ordena sus concepciones en parejas antitéticas, en especial modo la pareja Cielo-Tierra con su doble significado Masculino-Femenino y Arriba-Abajo, advierte la necesidad de colmar el espacio interpuesto entre esos dos pisos cósmicos, y concibe la Atmósfera como un piso intermedio. Este proceso es posible estudiarlo —y por decir así, presenciarlo— aún hoy gracias a los vestigios que han quedado en los viejos textos y en los documentos plásticos.

En Egipto, por ejemplo, los pisos del cosmos se describieron y representaron plásticamente en forma de tres personajes: 1º) Nut, la Diosa-Cielo, con su cuerpo a manera de bóveda y sus piernas y brazos casi verticales tocando la Tierra; 2º) Geb, el Dios-Tierra, reclinado debajo; y 3º) entre los dos, Shu, la Atmósfera, de pie y sosteniendo con sus manos en alto el cuerpo de Nut. Hay otra representación, la del templo de Denderah, en la que los tres cuerpos están colocados en capas concéntricas. En los textos babilónicos Imbelloni establece, tras una magnífica exposición erudita, la terna Anu, Enlil (o Belu) y Enki (o Ea) con el doble significado de Cielo-Atmósfera-Tierra y de Arriba-Medio-Abajo. También establece una segunda terna: Sin, Adad y Shamash, de idéntico significado respectivo. Igualmente nuestro autor, después de una erudita investigación, comprobando lo aseverado por Selzer⁵⁷, establece que en México es Ketzalkówatl, la Atmósfera, que se interpone entre Tonakatekútlí, el Cielo, y Tonakasiwatl, la Tierra, y que en Yucatán es Itzamná quien ocupa idéntico lugar

⁵⁷ EDUARD SELER, *Comentarios al Códice Borgia*, ed. F. de C. E., México, 1963, tomo I, pág. 69.

entre Xunaxpu (Cielo) e Ishkanleosh (Tierra) respectivamente⁵⁸.

Vemos surgir de este modo la fórmula divina universal de las grandes religiones, el ternario, trinidad o tríada, que se basa en la distribución de seres y nociones en tres casilleros: 1º) causa masculina o fecundante; 2º) causa femenina o fecundada, y 3º) efecto consiguiente o producto o hijo.

Esta cuestión de las trinitades nunca ha sido bien encarada, porque los estudios de historia de las religiones estuvieron durante el siglo pasado teñidos por prejuicios antirreligiosos. Se puso de moda encontrar trinitades por todas partes con el objeto de combatir la Trinidad cristiana. Hoy aquellas luchas de los "librepensadores" están a inconmensurable distancia de la actual ciencia hierológica e Imbelloni, al someter a análisis este problema, descubre cómo se han inventado falsas trinitades y nos brinda su notable clasificación de los grupos ternarios divinos que resumimos a continuación⁵⁹:

Trinidad. Es la terna constituida por tres "personas" cuya distinción funcional se comprueba en particular modo en la narración cosmogónica y cuya unidad es afirmada por la posición relativa que asume en la imagen del universo partido en tres pisos cósmicos, sea cual fuere la derivación jurídico-espiritual alcanzada posteriormente. Ejemplo: las ternas egipcia y babilónica anteriormente enumeradas y la Trinidad cristiana.

Tríada. Es aquella terna en que domina la fórmula genealógica, construida sobre el modelo de la familia patriarcal, y consiste en la reunión del Padre, la Madre y el Hijo. Ejemplo: Osiris, Isis, Horus.

⁵⁸ N° 3, pág. 579; N° 7, pág. 357 y sigts.; 404 y 434; N° 8, pág. 56; *Línea*, pág. 107.

⁵⁹ N° 7, pág. 374.

Trimurti. Es la terna cuyos componentes son la personificación de los aspectos o manifestaciones de una entidad única, ya en progresión de tiempo por analogía con los conceptos niñez-madurez-vejez, o mañana-tarde-noche, ya en sus variadas derivaciones morales. Ejemplo: Brahma, Vishnú y Siva (nacimiento-actividad-catástrofe).

Trikaya. Tres cuerpos de la divinidad. Las manifestaciones se proyectan en tres diversas actitudes de una misma "persona". Ejemplo: la Trikaya budista.

Triarquía. Es la terna formada por un sincretismo religioso-político que induce en ciertos momentos del desarrollo histórico de un pueblo con civilizaciones locales a reunir el culto de los patronos de tres ciudades. Ejemplo: Amón-Ra-Ptah (reunión de Tebas, Heliópolis y Memfis).

Trisómatas. Son las representaciones plásticas de entidades con tres caras o tres torsos. Ejemplo: el Siva tricéfalo de la isla de Elefanta.

Triteísmos. Se reúnen en este grupo las fórmulas ternarias anómalas o imperfectas que no participan de las condiciones requeridas en los rubros anteriores.

El pensamiento Divino o Ternario concibió también al Universo como hecho a imagen del microcosmos humano, en posición vertical, según lo expresa el Rig-Veda: "Del ombligo se formó la Atmósfera, de la cabeza el Cielo, de los pies la Tierra", y desarrolló con su propia fórmula numérica la vinculación de las estaciones, elementos, colores, vísceras, etc., que ya había esbozado el Pensamiento Binario y que había de llevar a su máximo florecimiento el Pensamiento Cuaternario o Templario. En efecto, el libro segrado hebreo Séfer Yetziráh sólo conoce tres elementos: Aire, Agua y Fuego, y tres partes del cuerpo: Pecho, Vientre y Cabeza⁶⁰.

⁶⁰ *Il Sepher Jetsirah (Libro della Formazione)*, trad. Savino Savini, ed. R. Carabba, Lanciano, 1938, págs. 61-3.

IV. CONCEPCION TEMPLARIA DEL ESPACIO

La estructura geométrica del espacio: El paralelepípedo del Universo.

Una más precisa investigación del Universo caracteriza la vida mental de las culturas Complejas de los Grandes Estados protohistóricos. El espacio horizontal es intuitivo como el cuerpo de un ser viviente (hombre, tigre, aligátor, tortuga, etc.), con sus extremidades extendidas hacia las 4 direcciones⁶¹. Resulta así el plano del horizonte un cuadrilátero determinado por los puntos cardinales, (o solsticiales), con sus diagonales o sus mediatrices cruzándose en el Centro y originando los cuadrantes. Esta estructura es trasladada al plano celeste. Se concibe además un mundo inferior, subterráneo, con idéntica geometría. Se llega así a una concepción estereométrica o volumétrica del Cosmos. He aquí como la describe el Popol Vuh⁶²:

“Es este el primer libro escrito en antiguos tiempos, que expone los hechos grandiosos que se dieron al acabarse de formar los sectores del cielo y de la tierra, de fijarse los ángulos del firmamento, de mensurarse sus octantes y los cuatro puntos cardinales y establecerse los vértices de los sectores del cielo y de la tierra, lo que se hizo por voluntad de los Constructores y los Plasmadores, las Gestantes y los Feundadores de la vida, dueños de la existencia de los que trabajan, respiran y conciben, de sus descendientes que hablan la misma lengua, cuyo corazón es puro, y de todos los hijos e hijas dignos que proceden de aquellos seres que anteriormente meditaban y moraban en el cielo, la tierra, los lagos y el mar”.

⁶¹ N° 1, págs. 6-12; N° 3, págs. 602, 611-2, 623 y sigts.; N° 7, pág. 400 y sigts.

⁶² N° 3, pág. 602. Imbelloni sigue de preferencia la versión de Villacorta. Posteriormente apareció la edición de Adrián Recinos: *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, ed. F. de C. E., México, 1947. Véase la versión del párrafo citado en pág. 88.

El Universo resulta arquitecturado, en este pensamiento exquisitamente geométrico, como un inmenso paralelepípedo que a su vez contiene ocho paralelepípedos (octantes), 4 superiores y 4 inferiores, todos uniéndose en el punto central.

El ombligo del mundo y los cuarteles de la ciudad.

El centro de la superficie terrestre es prácticamente el lugar donde se sitúa el observador, y socialmente el centro urbano o metrópolis cuyo nombre generalmente significa “ombligo del mundo”, como se encuentra en los toponímicos peruanos *Taypikala* (aymara) y *Chavín* (quechua), y sus derivados, siendo oficialmente situado en tiempos incaicos en la capital, el Cuzco. La ciudad está siempre dividida en cuatro barrios (ejemplos: Cuzco, Guatemala, Teotihuacán, Mérida, etc.) por dos calles que se cruzan en el centro, las cuales, extendidas en caminos divergentes, dividen el territorio nacional en cuatro sectores y prolongadas idealmente hacia el horizonte determinan los cuadrantes cardinales o cuatro partes del mundo que tal es el significado de Tahuantinsuyu (Perú) y Kiibratim arbaim (Babilonia).

La estructura del plano terrestre se traspone al celeste y al subterráneo. Estos se llaman en el Perú: Urinpacha, Hananpacha, Ukupacha, respectivamente. El cielo tiene su centro, el Cénit, llamado Corazón-del-cielo, Kabawil o Huracán, en la tradición guatemalteca, el cual fue concebido como dueño de los relámpagos, truenos y tempestades y personalizado, en la época de la transformación astral, en la constelación de Orión, “el de una sola pierna”.

Arboles cardinales y atlantes.

El eje vertical del Universo, que une los centros de los planos cósmicos, es concebido vitalmente como el Arbol Central

del Mundo, el Arbol de la Vida, que hunde sus raíces en el Subtierra y extiende sus ramas en el Cielo. Los mayas actuales lo conciben en la doble forma de un puente celeste (Vía Láctea) y de una gran cuerda o canal de naturaleza viviente que unía el Cielo con la Tierra y que cuando fue cortado manó sangre. Por este canal les llegaba el alimento a los antiguos habitantes de las ciudades de piedra. Esta tradición se relaciona directamente con el Yascé, el árbol de vida del paraíso terrenal indio, del Códice Telleriano-Remensis⁶³.

Igualmente como árboles son concebidos por los mayas los pilares o atlantes que sostienen el Cielo en las cuatro esquinas cardinales. Después del hundimiento del Cielo, cuenta el libro *Chilán Balam* de Chumayel, los 4 Bacab (dioses-atlantes) emplazaron en el Este, a guisa de horcón del Cielo, al árbol rojo, al Norte el árbol blanco, al Oeste el árbol negro y al Sur el amarillo, y colocaron sobre ellos un ave del respectivo color; luego plantaron en el Centro al árbol verde del Mundo⁶⁴.


En Egipto los atlantes son diosas: Nekheb (Sur), Wadg (Norte), Bast (Oeste) y Neith (Este). El único atlante que

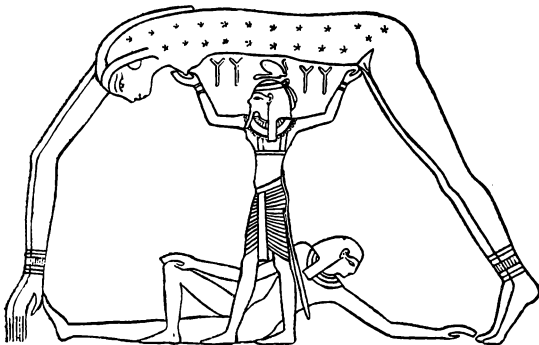


Arboles-insignias del Este, del Norte y del Oeste, según el Codex Vaticanus B. N° 3773.

⁶³ N° 5, págs. 15, 730 y 765-6.

⁶⁴ N° 5, págs. 672-3.

sostenía el firmamento en la concepción ternaria preegipcia se ha cuadruplicado y el momento de transición puede observarse en el ejemplo publicado por Breasted en el que a las tres capas cósmicas ya conocidas se agregan elementos de la intuición tetráctica⁶⁵. La atmósfera-atlante continúa sosteniendo el Cielo, pero la acompañan cuatro signos en forma de Y que son los horcones cardinales, integrantes además del hieroglífico YYYY que es en la escritura egipcia la imagen estilizada del firmamento, cuyo signo  representa la figura abovedada de la diosa Nut.



Representación egipcia de las tres capas cósmicas del sistema ternario: Nut (Diosa Cielo), Shu (Dios Aire) y Geb (Dios Tierra), con la inclusión de elementos pertenecientes a la intuición tetráctica (cuatro horcones).

Estos atlantes, seres extrahumanos, gigantescos, de formas humanas, animales o mixtas, además de sostener el respectivo cuadrante celeste, tienen la especial función de presidir el viento correspondiente y como guardianes de las lluvias admi-

⁶⁵ N° 7, págs. 402, 409-10.

nistrar las precipitaciones propias del cuadrante situado a su izquierda. De la proyección de este esquema en un plano se obtiene la svástica, cuyas aberturas son las puertas de los vientos. En el Popol Vuh⁶⁶ estos atlantes son los 4 Balamob (tigres), y sus figuras hipostáticas terrestres son los jefes-sacerdotes fundadores del pueblo quiché: Balam-Quitzé, Balam-Acab, Mahucantah, e Iqui-Balam, cuya identidad con los cuatro Bacab de los mayas afirmó Brinton y demuestra Imbelloni.

Clasificación de nociones y mística del número.

El Pensamiento Templario es nada menos que una grandiosa Religión-Ciencia. Con su mirada abarca la comprensión del mundo físico, el vital y el humano y sus creaciones espirituales. La ciencia natural, la geometría, la cronología, el derecho, la raciología, la mántica, la personificación religiosa de los poderes cósmicos y de la energía humana y animal, son territorios donde se establece legítimamente su señorío. Saturado de una ardorosa mística del número —que hoy entendemos sólo con mucha dificultad, aunque subsiste en nuestra nomenclatura y en los conceptos heredados, cuya íntima raíz yace en el fondo de nuestra subconciencia—, cada uno de los Orientes fue para esos pueblos el lugar propio de una viscera, de una parte del cuerpo, la sede de un Regente divino, de un animal de dirección, de un color, de un elemento, de una estación del año, de un genio, de una virtud, de una suerte o destino.

Un sistema típico de clasificación de nociones es el de los Zuñi de Arizona

He aquí, ahora, algunos elementos del pensamiento tetráctico egipcio: (Véase Cuadros N° 1 y 2).

⁶⁶ N° 3, pág. 625.

CUADRO N° 1

	I		II		III		IV
	Norte	Oeste	Oeste	Sur	Sur	Este	
puntos cardinales							
estaciones	invierno	primavera	primavera	verano	verano	otoño	
colores	amarillo	azul	azul	rojo	rojo	blanco	
elementos	Aire	Aguá	Aguá	Fuego	Fuego	Tierra	
animales	grulla	coyote	coyote	teñón	teñón	venado	
actividades	Guerra	Caza	Caza	Medicina	Medicina	Magia	

CUADRO N° 2

	I		II		III		IV
	Norte	Oeste	Oeste	Sur	Sur	Este	
puntos cardinales							
diosas-atlantes	Wag	Ilast	Ilast	Nekkeb	Nekkeb	Neith	
seres animados	cinocéfaló	gavilán	gavilán	hombre	hombre	chaacal	
guardianes de la momia	Huapi	Quebsennuf	Quebsennuf	Amsot	Amsot	Tuamotef	
visceras	pulmones	intestinos	intestinos	hígado	hígado	estómago	

El 4 es, pues, por excelencia, el número categorizador y clasificador de nociones. Pero al pensamiento tetráctico no le son extraños otros números superiores, originados por combinaciones plenas de sentido. De este modo llegan a cobrar igual importancia y significación el 5, el 7, el 9, el 12, el 13 y el 52. Veamos cómo:

El 5 es el resultado de agregar a los 4 puntos cardinales el Medio, Centro u ombligo del mundo.

El 7 se ha obtenido agregando a los 5 anteriores el Arriba (Cénit, centro o corazón del Cielo) y el Abajo (Nadir o centro del Subtierra). Es, pues, efecto del tránsito de la concepción del mundo como plano horizontal a la del mundo como volumen. Es también la suma del 3 y del 4.

El 9 es la suma de los puntos cardinales terrestres y celestes más el Medio o Centro del Mundo.

El 12 es la suma de los puntos cardinales terrestres, celestes y subterráneos. Es también el producto del 3 y del 4.

El 13 es esta suma más el Medio o centro terrestre que ahora es también el ombligo del Cosmos.

El 52 es la cuadruplicación del 13.

Un sistema de gran desarrollo es el de los mayas, en el cual algunas categorías son ordenadas por el número 5, por la consabida agregación del Centro terrestre: (Cuadro N° 3).

En el Popol Vuh se encuentran los nombres de los 5 lugares de suplicio del mundo subterráneo (Shibalbá): Cueva Negra, Cueva Fría, Cueva de los Tigres, Cueva de los Murciélagos y Cueva de los Pedernales. Evidentemente se trata de los 4 ángulos y el Nadir⁶⁷.

La concepción tetráctica se encuentra perfectamente asimilada en la Biblia, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, como por ejemplo las referencias a los 4 carros de

⁶⁷ N° 3, pág. 662.

CUDARO N° 3

	Mayab	Norte	Oeste	Sur	Este	Centro
colores de aves de abejas		blanco	negro	amarillo	rojo	verde
Atlantes (Bacab)		Saksini (Zacal-bacab)	Hoxnek (Ekel-bacab)	Hobnil (Kanal-bacab)	Kanzial (Chacal-bacab)	—
letras dominicales		Ix	Kahnac	Kan	Muluk	—
Pawahtunob (dioses de los vientos y sectores del cielo)		Zac-pawahtun	EK-pawahtun	Kan-pawahtun (Ish-kan-locsh)	Chac-pawahtun	—
adaptación católica		(San Gabriel)	(San Diego)	(María Magdalena)	(Santo Domingo)	—
Chacob (gigantes distribuidores de las lluvias)		Zac-chibchac	Ex-chibchac	Kan-chibchac	Chac-chibchac	—
4 ídolos con mitras y joyas (Landa)		Chi-chab-chob.	Ek-balam-caak	Ah-kan-wol-kab	Ah-muluk-balam	—
Acaantunob (piedras que simbolizan montañas)		Zac-acantun	Ekel-acantun	Kanal-acantun	Chac-acantun	—
Templos-pirámides en Itzmal (Lizana)		Kinic-ka - kmo	Kab-ul	Hunpictok	Chac-Pfa-pfhol	Itzamalvl

los vientos con caballos de 4 colores (Zacarías, 6, 1-8) conexos con los 4 jinetes y caballos (Apocalipsis, 6, 1-8) y este notable versículo:

“Y después de estas cosas ví cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol” (Apocalipsis, 7, 1).

Pero al mismo tiempo los hebreos no olvidan la simbología ternaria en tanto que reciben nuevos elementos como la mística del 7, procedente de Babilonia (7 días de la creación, 7 planetas, etc.) originada como hemos visto por la consideración de 7 puntos cardinales (N, S, E, O, el Medio, el Arriba, el Abajo) y también por el mes lunar dividido en 4 semanas (28 % 4 = 7). Saturada está la Biblia, igualmente, por el valor místico del 12.

Encontramos la mística heptamérica también entre los mayas, cuyos libros dicen que Ah Uuc Chekmal, el regente verde del Centro, el que 7 veces fertiliza el maíz, surgió de los 7 senos del Universo (los vértices del cielo y de la tierra) ⁶⁸.

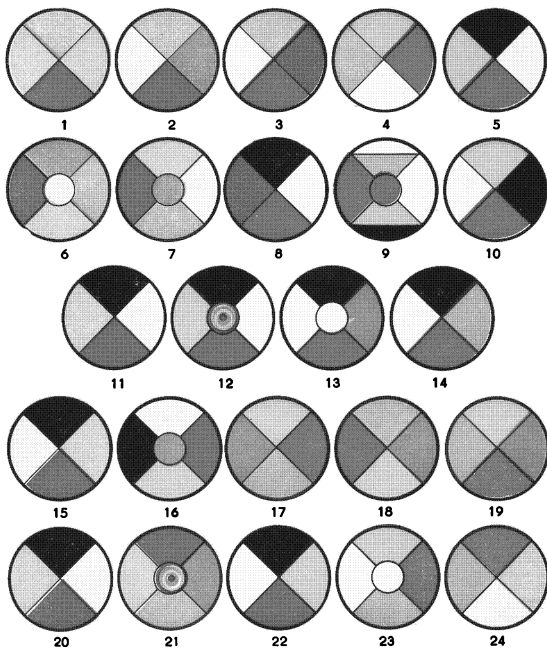
La mística del 9 y del 13 fue también desarrollada por los mayas en el gran conflicto entre los Oxlahun-ti-ku, los Trece dioses (oxlahun = 13), exterminados por los Bolon-ti-ku, los Nueve dioses (bolon = 9), los cuales les abofetearon la cara y les tomaron a cuestas, luego les quitaron el cetro, les borraron de la cara las pinturas de guerra y les partieron la cabeza. Los Oxlahun-ti-ku son los dioses de los trece vértices del Cosmos; los Bolon-ti-ku son los regentes de los sectores del espacio representados por los ocho vértices de dos planos horizontales más el centro de la comarea, y estos 4 octantes pueden ser los superiores o bien los inferiores, pero siempre aisladamente. En este caso los Bolon-ti-ku parecen ser entidades etónicas, regentes del espacio terrestre y subterráneo ⁶⁹. Más

⁶⁸ N° 5, págs. 646-7, 674; N° 7, págs. 404-6.

⁶⁹ N°5, págs. 668-9.

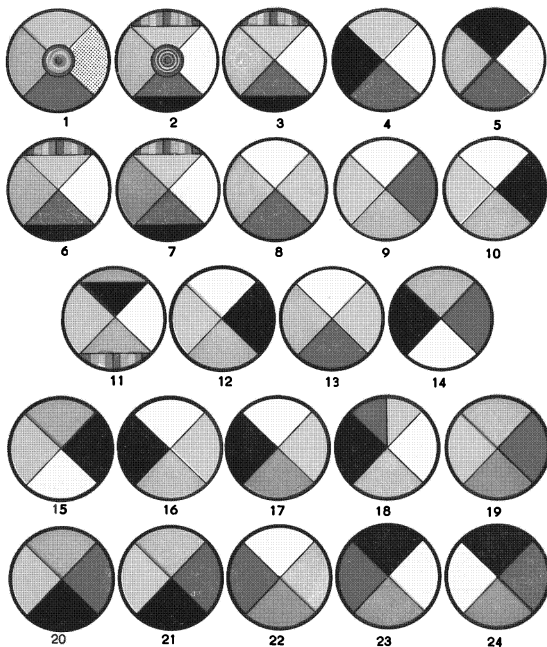
COLORES CARDINALES DE PUEBLOS
DE ORIENTE Y AMERICA

(Véase referencias en el Cuadro N° 4)



COLORES CARDINALES DE TRIBUS
DE LOS ESTADOS UNIDOS

(Véase referencias en el Cuadro N° 5)



adelante fueron concebidos los 9 y 13 vértices del Universo a guisa de 9 y respectivamente 13 cielos colocados como capas superpuestas.

En cuanto al uso del 52 (13 x 4) lo encontramos desarrollado en el calendario azteca, en el Shiumolpilli o "gavilla" de 52 años. Cada 52 años se celebraba la patética e impresionante ceremonia del "fuego nuevo" y se agradecía a los dioses por haber prorrogado el término del mundo. Cada Edad del Mundo duraba 676 años (52 x 13) y las 4 Edades o Soles dan el total de 2704 años (676 x 4) el cual es el optimun absoluto por ser igual a 52 x 52. Como dice Imbelloni, "en la visión simétrica nativa la suma del tiempo había de reproducir, a guisa de cuadrado, la composición del Shiumolpilli, unidad básica del sistema"⁷⁰.

Orientación cromática.

La expresión cuantitativa de la orientación no era suficiente para aquellos viejos pueblos. No bastaba enumerar los puntos cardinales. Era menester distinguirlos por todos los medios, y el principal, por su llamativo efecto visual, es el cromático. Cuatro colores fueron elevados a la categoría de orientación cardinal, y bastaba su sola representación en un tapiz o en un retablo de adoratorio para asociarlo instantáneamente con el punto cardinal y con las categorías conexas⁷¹. (Véanse Cuadros N° 4 y 5).

Los Elementos.

Conocida es la doctrina clásica de Empédocles sobre los 4 Elementos, de tanta importancia en la historia de la ciencia

⁷⁰ N° 10, págs. 251-2.

⁷¹ N° 3, pág. 623; N° 1, pág. 8; N° 5, pág. 672; *Linfá*, pág. 24. Véase: PAUL COZE, *L'Oiseau-Tonnerre*, appendice III: "Symbolisme des couleurs", págs. 400-8.

CUADRO N° 4
 PUEBLOS ORIENTALES Y AMERICANOS (según Imbelloni y Coze)

<i>Pueblo</i>	<i>Informante</i>	<i>Norte</i>	<i>Oeste</i>	<i>Sur</i>	<i>Este</i>	<i>Centro</i>	<i>Cemit Nadir</i>
1. Caldea	Röck	azul o negro	blanco o amarillo	rojo	marrón	—	—
2. Egipto	Lehmann	azul oscuro	blanco o azul	rojo	verde	—	—
3. Hebreos	Röck	azul	blanco	rojo	escarlata	—	—
4. Ceilan	Mackenzie	amarillo	azul	blanco	rojo	—	—
5. India	Lehmann	negro	amarillo	rojo	blanco	—	—
6. budismo	Rivière; Bluchsteiner	verde	rojo	amarillo	azul	blanco	—
7. lamaísmo	Bluchsteiner	amarillo	rojo	azul	blanco	verde	—
8. Mongolia pre-búdica	Bluchsteiner	negro	rojo oscuro	rojo	blanco	—	—

Pueblo	Informante	Norte	Oeste	Sur	Este	Centro	Cenit Nadir
9. Tibet pre-búdico	Bluchsteiner	azul	rojo	amarillo	blanco	rojo	blanco; negro
10. Tibet	Lehmann	amarillo	blanco	rojo	negro o verde oscuro	—	—
11. Java	Böck	negro	amarillo	rojo	blanco	—	—
12. Java	Crawford	negro	amarillo	rojo	blanco	todos los colores	—
13. China	Böck	negro	blanco	rojo	verde	amarillo	—
14. Quiché	Popol Vuh, Imbelloni	negro	blanco	rojo	azul	—	—
15. Maya	Cortesiano, Solur	negro	blanco	rojo	amarillo	—	—
16. Maya	Chilam Balam, Imbelloni	blanco	negro	amarillo	rojo	verde	—

Pueblo	Informante	Norte	Oeste	Sur	Este	Centro	Cenit Nadir
17. Maya	Gemelli	amarillo	verde	azul	rojo	—	—
18. Maya	Boturini	azul	rojo	amarillo	verde	—	—
19. México	Cód. Borgia	amarillo	azul	rojo	verde o turquesa	—	—
20. México	Mackenzie	negro	oro	rojo	blanco	—	—
21. México	Zelia Nuttall	rojo	amarillo	azul	verde	varios colores	—
22. México	Charencey	negro	blanco	rojo	amarillo	—	—
23. México	Charencey	amarillo	blanco	azul	rojo	negro	—
24. México	Kingsborough	rojo	azul	blanco	amarillo	—	—

CUADRO N° 5
 TRIBUS DE LOS ESTADOS UNIDOS (según Paul Coze)

<i>Tribu</i>	<i>Informante</i>	<i>Norte</i>	<i>Oeste</i>	<i>Sur</i>	<i>Este</i>	<i>Centro</i>	<i>Cenit Nadir</i>
1. Zuñi	Cushing (Imbelloni)	amarillo	azul	rojo	blanco	todos los colo- res	
2. Zuñi	Cushing	amarillo	azul	rojo	blanco	todos los colores	mezcla negro
3. Zuñi	Mrs. Stevenson	amarillo	azul	rojo	blanco	—	mezcla negro
4. Zuñi	Mrs. Stevenson	amarillo	negro	rojo	blanco	—	—
5. Isleta	Gatschet	negro	azul	azul	rojo	blanco	—
6. Hopi	Fewkes	amarillo	azul	rojo	blanco	—	mezcla negro
7. Hopi	Fewkes	amarillo	verde	rojo	blanco	—	mezcla negro
8. Hopi	Keam	blanco	azul	rojo	amarillo	—	—
9. Pueblo	Mindleff	blanco	amarillo	azul	rojo	—	—

<i>Tribu</i>	<i>Informante</i>	<i>Norte</i>	<i>Cenit</i>	<i>Sur</i>	<i>Este</i>	<i>Centro</i>	<i>Cenit Nadir</i>
10. Navajo	Matthews (Imbelloni)	blanco	amarillo	azul	negro	—	—
11. Navajo (telestes)	Matthews	negro	ama- rillo	azul	blanco	—	azul; blanco y negro
12. Navajo (subterrá- neos)	Matthews	blanco	ama- rillo	azul	negro	—	—
13. Navajo	Mallery	blanco	azul	rojo	ama- rillo	—	—
14. Cherokee	Mooney	azul	negro	blanco	rojo	—	—
15. Apache	Gatschet	azul	ama- rillo	blanco	negro	—	—
16. Apache	Capt. Bourke	blanco	negro	azul	ama- rillo	—	—
17. Apache	Capt. Bourke	blanco	negro	verde	ama- rillo	—	—

<i>Tribu</i>	<i>Informante</i>	<i>Norte</i>	<i>Centit</i>	<i>Sur</i>	<i>Este</i>	<i>Centro</i>	<i>Centit Nadir</i>
18. Creek	Gatschet	amarillo y rojo	negro	azul	blanco	---	---
19. Dakota	Miss Fletcher	azul	amarillo	verde	rojo	---	---
20. Dakota	Wissler	azul	amarillo	negro	rojo	---	---
21. Omaha	Dorsey	azul	Amarillo	negro	rojo	---	---
22. Winnebago	Dorsey	blanco	azul	verde	rojo	---	---
23. Ojibway	Hoffman	negro	azul	verde	blanco	---	---
24. Ojibway	Hoffman	negro	blanco	verde	rojo	---	---

y de la filosofía. En su versión más auténtica está expresada como sigue:

“Cuatro son las raíces de todas las cosas: el rutilante Zeus, la gestante Hera, Aidoneo y Nestis, que de sus gotas brinda a los mortales la fuente”

en la que Zeus indica el Eter, Hera la Tierra, Aidoneo-Plutón el Fuego y Nestis el Agua.

Imbelloni nos ha demostrado⁷² que esta formulación no ha sido creada por Empédocles, sino que es una sistematización, como los otros enunciados de los demás filósofos jónicos e itálicos, de antiguos pensamientos órficos, los cuales a su vez surgen legítimamente del Pensamiento Templario. El himno órfico a Pan habla de los 4 ríos del mundo subterráneo y a cada uno de ellos lo relaciona con uno de los elementos.

Las sustancias elementales fueron concebidas ya en el período de la mentalidad ternaria como hemos visto en el Rig Veda y en el libro hebreo Séfer Yetziráh. En los himnos védicos los elementos son tres: Cielo (cabeza), Atmósfera (omblijo), Tierra (pies), en estricta correspondencia, en sentido vertical, del Microcosmos (cuerpo humano) con el Macrocosmos (Purusha). En el libro hebreo, el sentido de esta correspondencia se ha perdido ya. Posteriormente el número de elementos se eleva a 4, polarizándose en los puntos cardinales, y con el cundir de las categorías quaternarias y heptaméricas se eleva primero a 5 y luego a 7, con los nuevos elementos Eter (diferenciado del Aire), Madera y Metal.

Otra doctrina clásica de Dioses-Elementos, la del filósofo Flavio Salustio, es la siguiente: Hestia = Tierra, Poseidon = Agua, Hera = Aire y Hephaistos = Fuego. Se trata, tanto en una como en otra, sin lugar a dudas, de los mismos 4 Elementos

⁷² N° 10, pág. 169; *Atlántidas*, pág. 361.

del Pensamiento Templario de pueblos como éstos: (Cuadro N° 6).

CUADRO N° 6

<i>puntos cardinales</i>	<i>Norte</i>	<i>Este</i>	<i>Sur</i>	<i>Oeste</i>
Zuñi	aire	tierra	fuego	agua
México	tierra	aire	fuego	agua

El conflicto entre el esquema ternario y el templario.

Hemos visto ya, a través de algunos ejemplos, cómo al cundir el pensamiento tetráctico, el ternario ya está cristalizado y resulta difícil de adaptar. Se producen, pues, discordancias numéricas y un sordo conflicto en el que cada una de las concepciones trata de sobrevivir a costa de la otra o, en última instancia, de coexistir a su lado⁷³. Idéntico conflicto se establece posteriormente cuando la fórmula quinario trata de injertarse en el pensamiento cuaternario. Un ejemplo del primer caso es el Popol Vuh de los quichés de Guatemala, y uno del segundo lo tenemos en los libros mayas de Chilán Balam. En cuanto a la Biblia, gigantesca sedimentación de múltiples corrientes, vemos en ella cómo la mística del tres coexiste con la del 4, del 5, del 7 y del 12.

Sabemos que en Egipto datan de la época ternaria los tres pisos cósmicos representados por Nut (el Cielo), Geb (la Tierra) y Shu (la Atmósfera) a la cual es asimilado posteriormente Osiris. Cuando cunde el pensamiento tetráctico, los dioses Isis, Horus, Thoth y Neftis ocupan los cuatro puntos cardinales, las "4 casas de la vida", quedando Nut siempre arriba, Geb abajo y Osiris en el centro, pero este mismo es representado en imagen tetraprosópica, es decir con cuatro caras dirigidas a cada uno de los orientes.

⁷³ N° 3, pág. 579; N° 7, págs. 388, 390, 400-22.

Un momento algo anterior lo encontramos en el Popol Vuh, saturado ya de la orientación templaria, pero en el cual los dioses no se han establecido aún en los puntos cardinales y se ordenan en la terna de los tres pisos cósmicos: Avilish (Cielo), Hakawitz (Tierra), Toxil (Atmósfera).

Otro momento análogo, de compromiso entre las dos fórmulas, se puede observar en el templo de la isla Elefanta, cerea de Bombay, cuyo recinto tiene la forma de la cruz templaria, y justamente en el cruce se levanta el busto del Siva tricéfalo, en tanto que a pocos pasos se halla la estatua de Brahman tetracéfalo. Son frecuentes los casos en que el templo es genuinamente tal, es decir, crucial, mientras se lo emplea para alojar a una divinidad ternaria.

En tiempos más cercanos, estos dos cielos en lucha requirieron la intervención ordenadora de los sacerdotes, que trataron de superar las contradicciones y llegar a establecer una armonía en el terreno práctico. El pensamiento sacerdotal y teológico llevó en ciertos casos a la victoria al número 3. Este instante se puede captar en el Popol Vuh, en el cual el pueblo quiché, de pensamiento templario, tiene sus cuatro jefes míticos y antecesores (los 4 Balamob, guardianes del cielo) pero al establecerse el nuevo culto con los nuevos ídolos, los guardianes son tres, las ofertas sacrificiales y las clases de incienso tres también. El cuarto Balam (Iqui Balam) ha quedado olvidado y sin incienso ⁷⁴.

Otro caso de coexistencia es el actual rito agrario maya de la misa milpera ⁷⁵ en la que el celebrante, después de sacudir la rama mojada en pitarrilla hacia los cuatro puntos cardinales, invoca a las tres personas de la Trinidad cristiana e inmediatamente a los cuatro Pawantunob de su antigua religión, que superviven bajo la apariencia de cuatro santos católicos Santo Domingo, San Gabriel, San Diego y María

⁷⁴ Véase: RAFAEL GIRARD, *El Popol Vuh, fuente histórica*, ed. Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1952, pág. 144.

⁷⁵ N° 5, pág. 769.

Magdalena, bajo la cual se descubre a la antigua diosa maya Ish-kan-leosh.

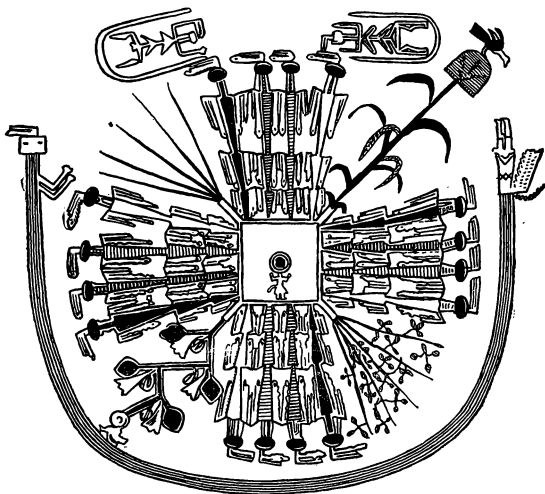
Origen de las ciencias.

En el transcurso del tiempo, las primeras construcciones ontológicas y cosmográficas que hemos visto fueron reemplazadas por otras más elaboradas y complejas⁷⁶. Su resorte psicológico fue el mismo que gobierna todo el ciclo templario: el impulso mántico. En efecto, de la observación del firmamento, tanto diurna como nocturna, surgen la astrología y la astronomía, de intenso desarrollo entre los aztecas, mayas y babilonios y cuya influencia en el desenvolvimiento religioso fue honda, pues condicionó la etapa astral o sea la asimilación de los dioses a los astros y constelaciones. Al mismo tiempo, la necesidad sacerdotal de determinar los días fastos y nefastos, y la larga cuenta que llevaban de las revoluciones de los planetas y otros fenómenos celestes, se combinaron para dar origen a la cronología y el calendario, en cuyas casillas tomaron también ubicación los dioses. La observación de la atmósfera por el vuelo de las aves (avispicium) y por los rayos, relámpagos y truenos (disciplina fulguratoria) dio origen, especialmente entre los etruscos, a la meteorología. De la técnica de la disección de las víctimas destinadas a brindar los templos-visceras (haruspicina) surgió la anatomía, cuya etimología muestra su parentesco con los vocablos *templo* y *anatema*. De la técnica de la partición de la tierra surgen la agrimensura, planimetría, geometría, geografía, etc. y de la cósmica, la estereometría y la cosmografía. Por último, del paso de la primitiva cruz cardinal marcada en el suelo al recinto de piedras consagradas (templo), la arquitectura.

⁷⁶ N° 1, pág. 12; N° 7, págs. 427-8.

La medicina mágica.

Una de las aplicaciones más curiosas del pensamiento templatario es la medicina mágica de los indios Navajo del sudoeste de los Estados Unidos. Los Navajo han asimilado parcialmente la alta cultura de los indios Pueblo o Zuñi, la cual proviene de la meseta mexicana. Estos indios efectúan el encantamiento por el color, mediante dibujos simbólicos, preparados en el suelo de una choza especial, en los que están representados los puntos cardinales, con sus colores convencionales obtenidos con cinco clases de polvos: el negro (carbón vegetal), el azul (piedras azules trituradas), el rojo y el amarillo (areniscas) y el



Cosmograma navajo en pinturas sobre arena. Representa el Canto del Poleu.
(Pijoan, *Summa Artis*, tomo I, pág. 389)

blanco (yeso). El médico-brujo traza la svástica dentro de un círculo de arena de ocho metros de diámetro y marca símbolos y figuras comenzando por el centro y siguiendo por la periferia en sentido E-S-O-N. Concluida al mediodía la complicada tarea iniciada al alba, se entonan los cantos litúrgicos. Entonces el enfermo arroja un puñado de harina de maíz hacia los cuatro puntos cardinales, invoca a los dioses y aleja a los espíritus malignos mediante el ruido de cascabeles y sonajas o quemando hierbas aromáticas, para luego tenderse por un rato sobre el cuadro. Después el enfermo pasa a una choza de purificación, en tanto que el hechicero deshace su obra borrando cada figura en riguroso orden inverso al que fue construida⁷⁷.

Origen de nuestros juegos.

Muchos de nuestros juegos recaban sus principios de una construcción tetráctica mántica, o *templum*⁷⁸. Su función originaria fue más honda y substancial que el puro juego: desempeñaron el papel de armazón propia de la actividad adivinatoria. Recordemos que una de las formas en que ésta se presenta es la americana de arrojar al aire habichuelas o granos de maíz que en su caída se ubicarán en determinadas posiciones en un cuadrilátero marcado en el suelo. Este procedimiento, que es ya casi un juego, proclama su parentesco mántico con los conocidos esquemas tetrácticos de juegos como el ta-te-ti, la rayuela y el ludo, este último con el agregado de los 4 colores, esquemas que Parker ha encontrado en los

⁷⁷ RAMÓN PARDAL, *Medicina aborigen americana*, Bibliot. Humanior, sección C, tomo III, Buenos Aires, 1937, págs. 81-4. Véase: JOSÉ PIJOAN, *Summa Artis*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1948, Vol. I, págs. 382-90 y lám. XXIV; PAUL COZE, *L'Oiseau-Tonnerre*, págs. 186-90.

⁷⁸ IMBELLONI, "Concepto y Praxis del Folklore", en: *Folklore Argentino*, Bibliot. Humanior, sección E, tomo 6, ed. Nova, Buenos Aires, 1959, págs. 20-4; ARMANDO VIVANTE, *Juego, Culto, Religión*, en: Rev. del Instituto de Antropología, Univ. Nac. de Tucumán, Vol. IV, Tucumán, 1949.

templos de Ceilán y en las columnatas de Egipto. El ta-te-ti, especialmente, se llama en Ceilán *narenchi keliya* y se halla además en el templo egipcio de Kurná, del siglo XIX a. C.

Y los colores de los 4 palos de los naipes: amarillo (oros), azul (espadas), rojo (copas) y verde (bastos), que son exactamente los mismos de las 4 aspas del ludo? ¿Y las asillas faustas y nefastas carecterísticas de otros juegos? Estamos, evidentemente, en presencia de la grandiosa cosmología protohistórica que ha dejado claros vestigios hasta en una de las actividades más intrascendentes de nuestra moderna forma de vida.

V. CONCEPCION TEMPLARIA DEL TIEMPO O DOCTRINA DE LAS EDADES

Las Edades de Hesíodo.

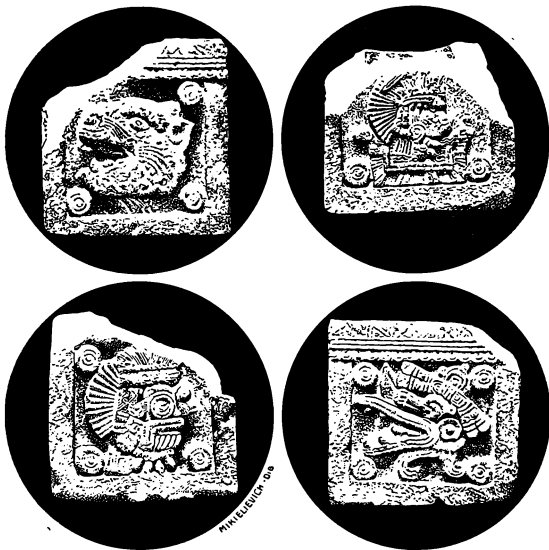
Es conocida la clásica serie de las Edades expuestas por Hesíodo en *Los trabajos y los días*. La primera raza humana, contemporánea del reinado de Cronos, vivió en la Edad de Oro. Aquellos felices seres son ahora los Dioses, que andan invisibles por la tierra ayudando a los mortales. Luego, durante la Edad de Plata, vivieron seres de escasa inteligencia. Cuando terminó su época, Zeus los destinó a morar en el mundo subterráneo. En la Edad de Bronce la Tierra estuvo poblada por gigantes de terrible fuerza. Después llegó la Edad de los Semidioses, los cuales sucumbieron luchando, unos contra Tebas y otros contra Troya. Ahora viven en la isla de los Bienaventurados, más allá del Océano. La Edad actual es la de Hierro, edad triste en la que cunden toda suerte de males y cuyos pobladores serán, a su debido tiempo, castigados por Zeus.

La tradición mexicana.

Grande fue la sorpresa de los misioneros y cronistas de Indias al enterarse que los aztecas y otros pueblos americanos

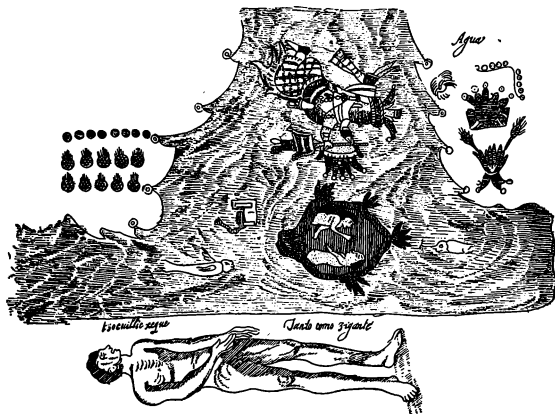
poseían también un Génesis con cuatro o cinco edades (al modo hesiódico) y con Diluvio (al modo bíblico).

El Códice Vaticano A. 3738 nos expone una versión de esas doctrinas⁷⁹. La primera Edad fue la Blanca (Atonatiuh o Sol de Agua), que fue destruida por un diluvio. Una pareja



Piedra de los Soles: arriba, el Sol de Tigre (izquierda) y el Sol de Agua (derecha); abajo, el Sol de Fuego (izquierda) y el Sol de Airc. (Fiel reproducción a pluma realizada por Wladimir Mikielievich, de la lámina I de *El Pueblo del Sol*, de Alfonso Caso)

⁷⁹ N° 4, pág. 251 y sigts.



Pintura del exterminio final de la Primera Edad (Sol de Agua).

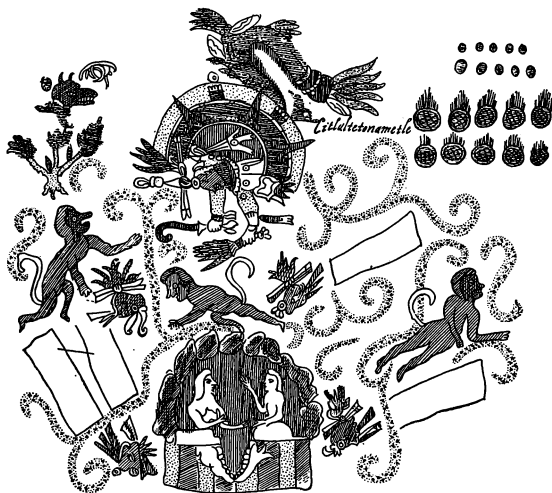
PINTURA DEL EXTERMINIO FINAL DE LA I EDAD

Reproducción de la pintura de la foja 4 verso del *C. Vaticanus A N° 3738*, en que se representa a la Primera Edad del Mundo, y en modo especial al cataclismo que le dio término, con la destrucción de la humanidad respectiva. El original mide 20×28 cms. y está pintado en colores, al igual que todas las figuras del Códice.

Es el *Atonatiuh*, o "Sol de Agua". La palabra "Agua" se lee en el vértice derecho, y una corriente de agua color azul plomizo constituye el fondo de la escena. Nótese las gotas suspendidas en cada arista ondulada: es un carácter convencional de los pintores mexicanos cuando quieren representar al agua.

Domina la escena la imagen de la divinidad que preside a esta Edad del Mundo; es la diosa *Chalchitllicue*, "la de la falda azul", diosa del agua. Más abajo, un hombre y una mujer cobijados en el tronco ahuecado de un ciprés, *awewel*, representan a la pareja "salvada" del diluvio. Completan la pintura un hombre que huye de una casa inundada y algunos peces, un grupo de figuras calendáricas (mes y día) en el lado derecho y el numeral indígena 4008 en el izquierdo; luego la figura yacente de un hombre desmesurado, al que se refiere la inscripción *tzocuitlixoque*, tanto como gigante.

El texto anexo comenta: "Questa é la prima età ch'essi dicono, in la quale regno l'acqua fin tanto che venne á distrugger il mondo... Stette secondo il suo conto, quella età 4008 anni, e venendo questo gran diluvio dicono che gli huomini se transformorno in pesci... Dicono li più deli vecchj che Mexicooch scappo di questo diluvio un solo huomo e una donna, da li quali fu di poi moltiplicatu il genere humano... Furno in questa età giganti in questo paese, di tanta smirurata grandezza..."



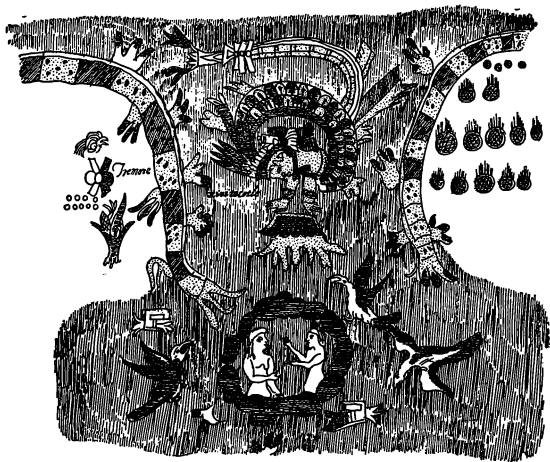
Final de la Segunda Edad del mundo (Sol de Aire)

FINAL DE LA SEGUNDA EDAD DEL MUNDO

Pintura del *C. Vaticanus A N° 3738* en su foja 6, que representa al cataclismo que puso fin a la humanidad de la segunda Edad, o *Ehékatonatiüh*, "Sol de Aire". El original mide 21,5 × 24 cms.

Regente de esta Edad es el dios del aire, de la vida y del viento *Ketzalkówati*, que desciende de lo alto con su cola angüiforme adornada de plumas verdes. La inscripción que lo acompaña se refiere a su identificación astral con la "estrella luminosa", Venus matutina.

El fondo de la pintura sería blanco, según Seler, pero en realidad la escena no tiene otro fondo que el papel mismo; en cambio el color cardinal de esta Edad, el amarillo, aparece en las líneas espirales que indican a los vientos y llenan todos los vacíos del dibujo. A izquierda, en alto, la expresión calendárica del mes y el día, repetida en otras partes de la pintura, y a la derecha el numeral indígena 5010. Abajo, la pareja de "salvados" protegida por una gruta, y en el espacio donde infuria el huracán unas figuras de monos, en que fueron transformados los demás hombres de esta Edad, destruida "*per impeto ñi venti fortissimi, et che li huomini si transformorno in scimie... chiamano questa età conuserqué, idest actas urea*".



Cataclismo de la Tercera Edad (Sol de Fuego)

CATACLISMO DE LA TERCERA EDAD

Pintura del *C. Vaticanus A*) N° 3738, foja 6 verso, que representa la lluvia de fuego que dio término a la humanidad de la III Edad, o *Kiyawilttonatiáh* "Sol de Fuego". El original mide 23 x 29,5 cms.

El fondo es de color rojo-amarillento, para indicar la lluvia de copos de fuego. Regente de la Edad es el dios del fuego, *Shiwitkutli*. Lenguas de fuego aparecen por doquiera en el panel incandescente, y lo limitan dos serpientes flamígeras laterales, articuladas, análogas a los que encierran la escultura conocida con el nombre de "Calendario Azteca".

La pareja "salvada" está cobijada en un reparo circular de rocas; afuera la humanidad se ha convertido en aves. Signos calendáricos a izquierda (mes y día), el numeral 4804 a derecha. "*Fù distrutto il mondo altra terza volta per fuoco... chiamavano questa età Tzonchichiltrqué, che vuol dire l'età colorata o rossa*".



Cuarta pintura del C. Vaticano A., N° 3738

CUARTA PINTURA DEL C. VATICANUS A) N° 3738

El fondo de la escena es de color rojo-amarillento, sin diferencias sensibles respecto al de la anterior; de ningún modo podría hablarse de un "color rosado".

El numeral indígena comprende 13 redondeles grandes con plumaje, que valen 400 unidades cada uno, más 6 menores que valen una unidad; total 5206 años. Regente de esta Edad es la diosa *Xochikéztal*, cuyo nombre figura en la inscripción: *Sochiquetzal o exaltatione delle rose*. Todos los elementos de esta escena se analizan en la Memoria de Imbelloni R. d. A. N° 11, así como las frases del comentario del Padre de los Ríos y las "anomalías" reales y supuestas de la pintura.

El original mide 20×29 cms, y cubre la parte superior de la foja 7 del Códice.

En cuanto a las reproducciones de las cuatro pinturas, se conocen en la literatura mexicanista, sin contar las de Kingsborough (1830): 1° las publicadas en 1877 por A. Chavero en *Anales del Museo Nacional de México*, tomo I, 2° las que insertó C. Robelo en su poema *Los cuatro Soles* publicado en los mismos Anales tomo IV (3ª época) y fueron realizadas por el artista mexicano M. A. V. Saldañas, 3° los calcos lineales que figuran en la *Historia Antigua* de Chavero, I tomo de *México a través de los siglos*, edición de Barcelona, y 4° los dibujos publicados por Seler en *Ges. Abh.* tomo IV. La 1ª y 3ª serie son unos esbozos más o menos groseros, la 4ª adolece de una excesiva simplificación "caligráfica"; la 3ª las supera a todas en eficacia, aunque no se libre de defectos.

El doctor Imbelloni ha estimado conveniente, en lugar de fotografiar las que anteceden, ilustrar su Memoria con dibujos delineados *ex novo* bajo su guía. Los que se insertan son obra del artista Eduardo Ríos Ruckhauf. Es evidente que el grisado a mano nunca puede substituir a los colores del original: lo ideal sería una reproducción fotocromática. Sin embargo, éstas que se publican han sido realizadas con esmero y resultan del todo adecuadas para nuestro fin.

se salvó, cobijada en el tronco ahuecado de un ciprés. Aquella primera humanidad fue transformada en peces. La segunda Edad fue la Amarilla (Ehekatonatiuh o Sol de Aire). Fue destruida por un huracán. Una pareja humana se salvó en una gruta y el resto de los hombres fueron convertidos en monos. La tercera fue la Edad Roja (Kiyawitltonatiuh o Sol de Fuego). Quedó destruida por una lluvia de copos de fuego. También una pareja sobrevivió en una gruta. Afuera la humanidad quedó convertida en aves. La cuarta fue la Edad Negra. La humanidad degeneró por los vicios carnales y fue castigada por una implacable carestía, anunciada por una lluvia de sangre, que destruyó por hambre a toda la humanidad.

La tradición quiché.

El Popol Vuh ⁸⁰ narra la historia de la creación del siguiente modo: 1ª Creación). Los dioses crearon la Tierra y la poblaron de bestias y pájaros, dándoles a cada uno su lenguaje, pero como no fueron capaces de pronunciar los nombres divinos para honrarles y agradecerles, su carne fue destinada a ser sacrificada y comida, como aún hoy se hace. 2ª Creación). Ensayaron los dioses nuevas criaturas de barro. Hablaban, pero carecían de pensamiento y en contacto con el agua se deshacían. Los dioses en vista del fracaso los aniquilaron. 3ª Creación). Los dioses celebraron consultas meditando crear seres mejores, capaces de ver, comprender e invocar. Resolvieron fabricar muñecos de madera de forma humana. Los adivinos lanzaron las semillas de maíz y de tzité, y siendo favorable la suerte se ordenó la nueva creación; los muñecos hablaron y tuvieron descendencia, pero carecían de corazón y pensamiento y su cuerpo terminó por secarse por falta de sangre. Nada supieron de sus creadores y éstos los condenaron,

⁸⁰ N° 3, pág. 603 y sigts.

por consiguiente, a desaparecer. Los utensilios de cocina y los animales domésticos se les rebelaron. Una espesa lluvia de trementina bajó del cielo y los señores Aguilas y Tigres, los Exterminadores, les arrancaron los ojos, les cortaron la cabeza, les devoraron las carnes y les trituraron las entrañas. Los escasos sobrevivientes son los pequeños monos del bosque. 4^a Creación). Nuevo consejo celebraron los dioses. Luego cuatro animales les enseñaron el camino para llegar al paraje de las comidas sabrosas y del maíz. Allí obtuvieron las mazorecas amarillas y blancas. Con ellas fabricaron nueve bebidas. Con la substancia del maíz formaron la carne del hombre, con el zumo la sangre, y con las bebidas le infundieron vida, fuerza y energía. Así nacieron los cuatro primeros padres de la humanidad. Después de recorrer los espacios terrestres, agradecieron a los dioses su creación. Estos seres tenían una inteligencia capaz de comprender lo grande y lo pequeño, todos los secretos del Universo. Por eso los dioses, temiendo que llegaran a sentirse iguales a ellos resolvieron destruirlos parcialmente, reduciéndoles sus facultades. Les nublaron los ojos para que sólo pudieran mirar lo que estaba cerca y mientras dormían les pusieron a su lado cuatro bellas mujeres. Y estas parejas engendraron las grandes y pequeñas tribus actuales.

La tradición de los Maya antiguos.

Según el libro de Chilán Balam de Chumayel⁸¹, la sucesión de las Edades fue como sigue: 1^a Edad: Del firmamento descendieron las substancias que formarían la Tierra: el fuego, la sal, las rocas y los árboles, y la Tierra fue creada. En esta

⁸¹ N^o 5, pág. 667 y sigts. Véase: *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, trad. de Antonio Mediz Bolio, ed. "Repertorio Americano", San José, Costa Rica, 1930, págs. 53-60; *El libro de los Libros de Chilam Balam*, trad. de Alfredo Barrera Vasquez y Silvia Rendón, ed. F. de C. E., México, 1948, págs. 153 y sigts.

⁸² Comparar con el primer signo de los días, Cipactli (caimán), en: Seler, *Comentarios al Códice Borgia*, I, págs. 63 y sigts.

época reinaron los Oxlahun-ti-ku (los 13 Dioses). Los primeros hombres vivían una vida de miseria, y recolectaban ramitas y semillas para alimentarse. Estos hombres carecían de entendimiento. Fueron destruidos por un diluvio de agua y el Cielo se hundió, abatiéndose sobre la Tierra. 2ª Edad: Entonces los 4 Bacab levantaron el Cielo, situándose en los 4 ángulos del espacio para sostenerlo y emplazaron los cinco árboles y aves cardinales, del color respectivo. Entonces el Regente Verde del Centro vino desde los vértices del universo a fecundar a Itzam-cab-ain, la ballena con pies de caimán (la Tierra nuevamente emergida de las aguas) ⁸². Los regentes de esta Edad son los Bolon-ti-ku (los Nueve Dioses). La humanidad de esta era también sufrió carestía de alimentos, pues faltaba lo indispensable. Finalmente fue destruida por un cataclismo de fuego. 3ª Edad: En esta nueva Edad los alimentos siguieron siendo escasos, hasta que concluyó por una terrible carestía. En ese tiempo fue cuando llegaron los dzulob o invasores. 4ª Edad: Esta es la Edad de las Flores. En ella siguen señoreando los Bolon-ti-ku. Reina la envidia. Cunde el pecado carnal. La humanidad es castigada privándosele del don de la vista. 5ª Edad: El regente de esta última Edad es Jesús Cristo. Es un período de beatitud, pureza, abundancia y vigor. Pero cuando esta Edad haya cumplido también su curso, Dios enviará un gran diluvio que ocasionará el fin definitivo del Mundo. Entonces el Señor Jesús Cristo descenderá en el valle de Josafat, cerca de Jerusalén, allí donde nos redimió con su sangre divina.

La tradición de los Maya modernos.

Según los modernos Maya de la región de Valladolid, las Edades se sucedieron del siguiente modo ⁸³: 1ª Edad: Los dioses Constructores o Saiyamwinkoob constituyeron la pri-

⁸² N° 5, págs. 764 y sigts.

mera raza que habitó el Yucatán. Eran enanos, vivían en completa obscuridad y construyeron las ciudades de piedra cuyas ruinas se encuentran hoy. Cuando apareció el Sol fueron petrificados y sus imágenes se hallan a menudo entre los restos de las antiguas ciudades. 2ª *Edad*: Los nuevos pobladores se instalaron en las ciudades de piedra. Eran de naturaleza semi-divina y recibían desde el Cielo el alimento por un canal o puente viviente. Fueron destruidos por el primer Diluvio; el canal fue cortado y manó sangre. 3ª *Edad*: Luego vivió la generación de los Ofensores de los dioses. Por su rebeldía fueron exterminados por el segundo Diluvio. 4ª *Edad*: Llegan después los indios Maya, o Macehualli, que sufrieron el tercer Diluvio. 5ª *Edad*: Se mezclan en Yucatán con los Maya los residuos de todas las razas anteriores. Sobreviene el cuarto y último Diluvio y únicamente se salvan en una canoa Dios-Padre, Dios-Hijo y Dios-Espíritu Santo⁸⁴.

La tradición peruana según Salinas y Guamán Poma.

La antigua tradición peruana de las Edades no se conserva en su forma original por las siguientes razones: 1º) porque al iniciarse el período de la dominación hispánica los informantes indígenas habían perdido en gran medida la conciencia de los valores más profundos contenidos en la tradición; 2º) porque los Cronistas no lograron entender su íntima naturaleza debido a su propia formación cultural cristiana y re-nacentista.

Se explican así las diferencias entre las versiones de Juan de Santa Cruz Pachacuti, Felipe Guaman Poma de Ayala⁸⁵,

⁸⁴ Véase: SYLVANUS G. MORLEY, *La civilización maya*, ed. F. de C. E., México, 1947, pág. 243.

⁸⁵ JULIO C. TELLO, *Las primeras Edades del Perú, por Guamán Poma. Ensayo de interpretación*, Publicaciones del Museo de Antropología, Vol. I, N° 1, Lima, 1939.

P. Anello Oliva, Fernando de Montesinos y P. Buenaventura Salinas.

En general no se limitaron a la narración de las Edades peruanas, sino trataron de correlacionarlas con las bíblicas, que eran cuatro según Poma: las de Adán, Noé, Abraham y David, más la quinta o de Cristo. Llegaron en esto a graves inconsecuencias como la de Poma al hacer a los primeros pobladores del Perú descendientes españoles de Noé, y luego establecer la correlación entre la primera Edad peruana y la primera bíblica, es decir, la de Adán.

El P. Buenaventura Salinas⁸⁶ establece esta sucesión:

- I. Era bíblica de Adán a Noé.
- II. Era peruana del antiguo barbarismo, subdividida en:
 - 1ª Edad — Wari Wiracocha Runa (generación de dioses nativos, gigantes).
 - 2ª Edad — Wari Runa (generación de gigantes indígenas).
 - 3ª Edad — Purun Runa (gentes del desierto).
 - 4ª Edad — Auqa Runa (gentes guerreras).
- III. Era peruana de la Monarquía Inca.

Salinas, por desconocer el pensamiento nativo, interpretó los nombres de las 4 Edades o Runas como los de cuatro capitanes o caudillos que habrían reinado sucesivamente.

Para los Hamautta-Kuna la denominación Wari Wiracocha significó “los dioses o héroes del solar patrio” y se les adjudicó el aspecto de seres de proporciones enormes. Para Salinas, en cambio, son los pobladores descendientes de Cam (símbolo bíblico de los hombres de color), apartándose en esto de la Indología ibérica, que los había hecho descendientes de Yafet, y de la “Americanística de la sinagoga” que los hacía de la raza de Sem. Tanto en Poma como en Salinas, la primera humanidad india vivió una existencia pobre y rudimentaria.

⁸⁶ N° 12.



Las cuatro figuras de la "Nueva Cronica y Buen Gobierno" de Guamán Poma de Ayala que representan las cuatro Edades del mundo, de acuerdo a las tradiciones paleotestamentarias; coinciden con las cuatro sucesivas revelaciones y renovaciones de la Ley (Alianzas o Testamentos).

PRIMER DEGENERACIÓINIS VARIVIRACOCCH



53 SEGUNDA EDAD DE INIS VARIRVMA



57 TERZERA EDAD DE INIS PURVIRVMA



63 EL CUARTO EDAD DE INIS AVCARVMA



Las cuatro Edades del Perú prehistórico, según las ilustraciones de Guamán Poma de Ayala.

Se vestían con las hojas de los árboles. Mientras Salinas no determina su final, Poma explica que por apartarse de Dios "se perdieron", es decir, fueron exterminados.

La segunda raza, Wari Runa, fue engendrada carnalmente y no por un acto divino de creación. Fue raza de gigantes. Indica Salinas que se vestían con alguna mayor decencia; esto quiere decir que vemos en el Perú refirmado el sentido del perfeccionamiento progresivo que fuera característico de la formulación primitiva de las Edades. Finalizó esta Edad por corrupción de las costumbres.

La tercera raza, Purun Runa, son las gentes del desierto. Trajeron las artes del tejido y de la metalurgia y construyeron las primeras casas de paredes de piedra y techos de paja. Perdieron luego la gracia divina y fueron exterminados por una peste.

La cuarta raza preincaica, los Auqa Runa, o generación de guerreros, son los que, según Poma, construyeron los Pucara en los cerros, libraron grandes batallas y se posesionaron de las chacras y haciendas de los nativos, robándoles las mujeres y niños. Durante toda esta Edad no se hizo otra cosa que guerrear, y luego cundió la corrupción de las costumbres que provocó el consiguiente castigo divino o exterminio.

Después de estas cuatro Edades comenzó la quinta, Incap Runa o generación de Incas.

La tradición peruana según Montesinos.

El licenciado Fernando de Montesinos⁸⁷, en sus *Memorias Antiguas Historiales del Perú*, distribuye la historia de su centenar de monarcas peruanos (cuenta larga) en las 4 Edades de mil años cada una, de la manera siguiente:

1ª Edad o Milenio. Gobiernan los seis primeros reyes. Durante el reinado del cuarto, Sinchi Cosque, ocurre la cruel

⁸⁷ N° 8; además: N° 9 (Pachakuti IX. El Inkario crítico).

rebelión de los chancas, y en el del sexto, Manko Kápaq II, se produce la destrucción del mundo, que se anunció primeramente con la aparición de dos cometas en forma de león y sierpe, y luego con guerras, sequías, pestilencias y la rebelión de los instrumentos domésticos. Se despuebla el mundo y llega la inundación. Luego sobreviene una época de obscuridad.

2ª Edad. En esta época gobernaron los diez reyes del 7º al 16º. Fue una época de intemperancias y vicios, los que provocaron la ira divina y la destrucción del mundo por el fuego celeste. Esta sobrevino durante el reinado de Titu Yupanki, el décimo sexto monarca, y luego comenzó un nuevo período de oscuridad.

3ª Edad. Durante esta época gobernaron cuarenta y nueve monarcas. Reinando el último de ellos, llamado también Titu Yupanki (65º rey), aparecieron en el cielo señales prodigiosas y cometas, y en la tierra feroces pueblos invasores y luego la destrucción de los edificios y de los hombres por el terremoto.

4ª Edad. Reinaron en esta Edad 28 monarcas, siendo el último Inti Mayta Kápaq. En su reinado se cumplieron los 4.000 años de la creación del mundo. La corrupción de las costumbres llegó a extremos inconcebibles. Los vicios y pecados acarrearón la ruina del Estado, la anarquía y el despoblamiento.

5ª Edad. Es la Edad de los soberanos incaicos, la cual concluye con la llegada de los españoles.

La tradición babilónica

El dios Marduk, después de haber vencido a Tiamat, dragón de la obscuridad, cortando en dos su cuerpo, con los que se formaron el cielo y la tierra, creó las plantas, los animales y el hombre. 1ª Edad: Los primitivos hombres vivían una vida precaria, como animales, a pesar de los cuidados cotidianos de Oannes, el ser mitad pez, mitad hombre, que les en-

señó los beneficios de la civilización. 2ª *Edad*: Es la época de 432.000 años en que gobernaron en Babilonia los 10 primeros reyes, desde Aloros hasta Xisuthros o Ut-Napishtim. Este último se salvó del Diluvio en el barco que construyó. 3ª *Edad*: En ella vivieron los gigantes que creyéndose, en su soberbia, iguales a los dioses, construyeron la torre de Borsippa. Los dioses la destruyeron por medio de una tempestad de vientos. 4ª *Edad*: Es la Edad en que se desarrollan las dinastías humanas de Beroso⁸⁸.

Las Edades en el Génesis bíblico

También es posible reconocer la desfigurada doctrina de las Edades en el Génesis bíblico. 1ª *Edad*: El Edén o Paraíso Terrenal, en el que viven en completa felicidad Adán y Eva. Esta Edad concluye con el pecado de desobediencia de nuestros primeros padres, los cuales son castigados (y con ellos su futura descendencia) con la expulsión del Paraíso (desedenización) y la obligación de trabajar. 2ª *Edad*: Es la época de los diez primeros patriarcas desde Adán hasta Noé. Este último se salva del Diluvio construyendo el arca. 3ª *Edad*: Es la de los diez segundos patriarcas, desde Sem, hijo de Noé, hasta Thareh, padre de Abraham. En la época de Abraham se produce la destrucción de Sodoma y Gomorra por el fuego celeste a causa de los vicios carnales. 4ª *Edad*: es la época del pueblo hebreo descendiente de Abraham. Es de notar que aunque no coincida con un final de Edad, se encuentra también en el Génesis la narración de la torre de Babel, en la época de Sem, cuyos constructores fueron castigados con la confusión de las lenguas⁸⁹.

⁸⁸ *Atlántidas*, pág. 363.

⁸⁹ *Atlántidas*, pág. 365; N° 1, pág. 15.

Las Edades en Giambattista Vico

Imbelloni ha logrado demostrar⁹⁰ que la serie de las tres Edades de Vico conserva evidentes adherencias formales con las Edades del Mundo, a pesar de haberla éste adoptado para los períodos de la historia “interior” de cada pueblo. Vico la tomó, a través de Heródoto, de la doctrina egipcia de las Edades, según la cual las dinastías humanas habían sido precedidas por dinastías semidivinas y éstas, a su vez, por dinastías de dioses. Imbelloni analiza la *Scienza Nuova* y restablece a la época de los gigantes salvajes y fieros que vivían en estado de naturaleza, como propiamente una Edad de igual categoría que las otras tres. Queda entonces la serie cuaterna restaurada como sigue: 1ª *Edad*: “Stato ferino”, época de los gigantes, concluida por terribles rayos y truenos. 2ª *Edad*: Edad Divina o tiempo obscuro, o época del régimen patriarcal. 3ª *Edad*: Heroica o tiempo *fabuloso*, o época del desarrollo del Estado nobiliario. 4ª *Edad*: Humana o tiempo histórico, o época de las repúblicas populares y de la monarquía.

VI. ANALISIS DE LA DOCTRINA DE LAS EDADES

La Doctrina de las Edades como historiografía

Acabamos de revisar algunas de las más características versiones, limitadas al doble ámbito del Mediterráneo y de América, y preescindiendo de los pueblos escalonados en el amplio espacio intermedio. Todas pertenecen a pueblos que integran el ciclo protohistórico de los Grandes Estados, excepto la moderna versión de Vico que es, como ya sabemos, una restauración y revivificación de ese mismo Antiguo Discurso. Esa misma cultura, que concibiera la disposición tetráctica del Espacio, necesitaba igualmente estructurar una imagen

⁹⁰ *Linfa*.

del Tiempo adecuada a su visión ⁹¹. Esta necesidad surgió junto con la preocupación de conocer los orígenes, tanto los remotos del Universo, de los dioses, de la Tierra y de la vida, como los relativamente cercanos de su propio linaje. Fueron los primeros pueblos en que la necesidad de llenar el vacío del misterioso pasado dio origen a una de las doctrinas más acabadas y armoniosas. Y el armazón para ordenar el pasado fue el mismo de la concepción tetráctica. Cuatro, pues, fueron las Edades, cada una con sus propios dioses; cuatro las sucesivas creaciones de seres vivientes; cuatro las respectivas destrucciones en que finalizó cada una; cuatro los interludios de obscuridad. Fueron relacionadas estas Edades con los puntos cardinales, colores, elementos, etc. Y como en la categorización numérica del espacio se pasa del 4 al 5 por agregación del Medio o Centro del Mundo, así se concibe también la 5ª Edad, la actual, que corresponde a éste último.

Esta estructuración del tiempo sobre la pauta de la organización del espacio está patente en la creación del calendario, especialmente en la Piedra azteca de los Soles. Consta de cuatro signos mayores colocados en los cuadrantes y rodeando al quinto situado en el círculo central. Cada hieroglífico denota una Edad conexas con una fecha, un punto cardinal y un elemento ⁹² (Véase cuadro nº 7).

Pero no sólo el tiempo pretérito fue objeto de esta actividad. También el futuro fue, debido a la disposición adivinatoria y profética, conectado indisolublemente a esta completa visión de los tiempos. A la preocupación por los orígenes, creadora de las cosmogonías, sucedió la preocupación por el fin del mundo, estructurada en escatologías que formalmente no son sino las cosmogonías proyectadas en el remoto porvenir. Este desarrollo es propio de momentos culturales avanzados, como el de los Maya y el de los Hebreos.

⁹¹ N° 1, págs. 12-3.

⁹² IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*, cap. XI.

CUADRO N° 7

<i>Exterminio</i>	<i>Fecha inscripta</i>	<i>Edad o Sol (Tonatiuh)</i>	<i>Punto Cardinal</i>	<i>Elemento</i>	<i>Color</i>
terremoto	Náhuí-Ocíohtl	Ocíohtl-Tonatiuh (Sol de Tierra)	Norte	Tierra	Blanco
huracán	Náhuí-Ehécatl	Ehécatl-Tonatiuh (Sol de Viento)	Este	Aire	Amarillo
lluvia de fuego	Náhuí-Quiyáhuítl	Quiyáhuítl-Tonatiuh (Sol de Lluvia de Fuego)	Sur	Fuego	Rojo
diluvio	Náhuí-Atl	Atl-Tonatiuh (Sol de Agua)	Oeste	Agua	Turquesa
terremoto	Náhuí-Ollin	Ollin-Tonatiuh (Sol de Terremoto)	El Medio o Centro	Tierra o Movimiento	Varios colores

El sentido de progreso y el de decadencia

No sólo es esta doctrina auténtica historiografía, en sentido amplio, sino también filosofía de la historia, pues la serie de las Edades lleva siempre involucrado un sentido, ya sea de progreso, ya de decadencia. Debemos retrotraer, pues, el primer planteo acabado de este eterno problema filosófico al estado cultural protohistórico⁹³. Cuando Heráclito señaló los dos sentidos de la marcha de las cosas y los seres, el *ánodo* (camino hacia arriba), sentido mejorativo o progresivo, y el *catódo* (camino hacia abajo), sentido peyorativo o degenerativo, ya era antigua la doble concepción. ¿Es el hombre un animal que se perfecciona o un dios que degenera? Hesíodo es quien más agudamente planteó la segunda alternativa: de la remota y feliz Edad de Oro a la presente y triste Edad de Hierro la humanidad ha ido descendiendo continuamente.

En cambio un sentido de progresivo perfeccionamiento informa las cosmogonías de la América Media, especialmente la del Popol Vuh, pero patente también en las mexicanas, sobre todo en la graduación de los alimentos, cada vez más adecuados, graduación establecida también por los clásicos greco-latinos: Hesíodo, Platón, Virgilio y Dicearco de Mesina. Este último es quien más explícitamente las configuró, adelantándose a modernas concepciones evolutivas de las formas económicas:

- 1ª Edad: del mantenimiento espontáneo.
- 2ª Edad: del pastoreo.
- 3ª Edad: de la cultivación.

Ovidio recogió dos tradiciones del sentido de las Edades. Ya hemos visto que la más conocida, la catódica, en sus *Metamorfosis*, es la misma de Hesíodo. La segunda, progresiva o anódica, en su poema de los *Fasti*, fue recogida de una antigua versión campesina itálica.

⁹³ N° 10, págs. 175 y sigts.; *Linha*, págs. 29 y sigts.

Pero los dos sentidos no son inconciliables. Antes bien, la concepción mejorativa del canon de sucesión de las Edades, como en el caso de las series americanas, se armoniza con el desarrollo interior de cada Edad regido por la ley peyorativa, equilibrando la doctrina. En efecto, cada Edad consta de un luminoso amanecer y desciende inexorablemente hacia un crepúsculo terrible. Como en la vida del hombre, la tendencia mejorativa propia del desarrollo juvenil cede el paso al estacionamiento de la madurez y ésta a la decadencia senil, así como durante el transcurso del día el Sol asciende del Este para luego descender hacia Occidente, así cada Edad reproduce esta marcha de la naturaleza y concluye en muerte y obscuridad.

Hay, pues, en las series americanas una macro-evolución anódica integrada por cuatro (o cinco) evoluciones ano-catódicas. En cambio, en las series del tipo hesiódico el superdesarrollo es una imagen del perpetuo repetirse del ciclo vital.

Edades-colores y Edades-elementos.

Las dos conexiones más notables que mantiene la serie de las Edades son, como ya sabemos, con las series de los colores y de los elementos⁹⁴. Consideremos las variantes más conocidas. Una de ellas, la mexicana del Códice Vaticano A. 3738, algo anómala, es la siguiente:

CUADRO N° 8

	<i>Edades</i>	<i>Elementos</i>	<i>Colores</i>
I Edad	A-tonatiuh	Agua	Cabeza Blanca
II Edad	Ehécatl-tonatiuh	Aire	Cabeza Amarilla
III Edad	Quiyahuitl-tonatiuh	Fuego	Cabeza Roja
IV Edad	"Xóchitl-tonatiuh"	Carestía	Cabeza Negra
V Edad	—	Tierra	—

⁹⁴ N° 10, págs. 161, 165, 258; N° 11, págs. 8 y 9; *Atlántidas*, pág. 361.

La palabra *cabeza*, sustantivo del color, denota que el P. de los Ríos, compilador del códice, tenía presente, ya de modo directo o bien por intermedio de sus informantes indígenas, cuatro cabezas humanas con el rostro pintado con los respectivos colores, que representaban en el antiguo documento los Regentes de cada Edad, tal como se puede observar aún hoy en el manuscrito del Chilán Balam de Chumayel. El nombre *Xóchitl-tonatiuh* (Edad de las Flores), es un feliz neologismo creado por el P. Fábrega para reemplazar la expresión del texto: "Essaltatione Delle Rose", cuyo significado ha desentrañado Imbelloni asimilándola al Níkté Katún maya (Edad de las Flores) y al "Pecado nefando" de Montesinos, y se refiere a la IV Edad como caracterizada por los vicios de la corrupción y de la lujuria y cuyo exterminio o castigo es la carestía o plaga del hambre y el eneguecimiento causado por perforación de los ojos. El elemento Tierra es transpuesto a la Edad actual cuyo cataclismo final asumirá la forma de un terremoto.

Veamos la otra serie, la de Hesfodo-Ovidio:

CUADRO Nº 9

<i>Hesiodo</i>	<i>Ovidio</i>	<i>Colores</i>
I Edad de Oro	aurea aetas	amarillo
II Edad de Plata	argentea	blanco
III Edad de Bronce	ahenea	rojo
IV Edad de los Semidioses	—	—
V Edad de Hierro	de duro ferro	negro

No puede ser más legítima la conexión del color con el nombre de la Edad. El oro es el metal amarillo, la plata el blanco, el bronce es rojizo, y en cuanto al hierro, el mismo Hesfodo lo llama "el negro hierro". Esta conexión ya fue tenida en cuenta por el P. de los Ríos, el cual, al explicar la 1ª Edad (Cabeza Amarilla) afirma que "es como decir la Edad de Oro". Y el sentido de la decadencia de las Edades como de-

generación del color, como decoloración, es magníficamente expuesto por Virgilio:⁹⁵

“Es fama que en los años que reinó Saturno fue la edad de oro, de tal manera regía sus puertos en plácida paz: hasta que poco a poco llegó una edad de color menos vivo y de metal menos puro y con ella el furor de la guerra y el ansia de poseer”.

En cuanto a los elementos, la doctrina de Empédocles guarda más adherencia a la mexicana, pues son los mismos cuatro principios clásicos: Aire (o Eter), Agua, Tierra y Fuego, los que aparecen en una y otra serie. Pero la similitud llega a más, pues el mismo Empédocles desarrolla la doctrina de las “purificaciones” o expiaciones ineludibles, gobernadas por el decreto de una justicia vengadora que castiga a los infractores de la ley suprema entregándolos al dominio del Eter, y sucesivamente a los del Agua, la Tierra y el Fuego. Es la propia doctrina de los exterminios finales de Edad, cada una de las cuales, en la cronología mítica de Empédocles, tiene una duración fija de 30.000 años.

Relatos con dos Edades

Imbelloni ha demostrado que la serie de Edades consta siempre de cuatro (cinco con la “actual” del pueblo autor del relato), y que donde se ha querido ver un número mayor o menor de Edades, ha sido resultado de interpretaciones erróneas o arbitrarias⁹⁶. Ello es así porque fueron creadas por la mentalidad templaria o cuaterna. Pero aquí surge un interrogante. ¿Tuvieron las culturas pre-templarias, es decir las de canon binario y ternario, también su filosofía de la historia, su doctrina de las Edades, que en estos casos habrían sido so-

⁹⁵ *Encida*, Libro VIII, verso 326.

⁹⁶ N° 5, págs. 685-6, 693, 695; N° 10, pág. 222 y sigts.

CUADRO N° 10

<i>Esquema Templario</i>		<i>Regentes</i>	<i>Esquema Binario</i>
Este	1a. Edad Roja	los Oxlahun-ti-ku	1a. Tierra o Edad Antigua
Diluvio, hundimiento del Cielo y levantamiento por los 4 Bacab			
Norte	2a. Edad Blanca		
Oeste	3a. Edad Negra	los Bolon-ti-ku	2a. Tierra o Edad Reciente
Sur	4a. Edad Amarilla		
Centro	5a. Edad Verde	Ah Wuc Chekmal (posteriormente Jesús Cristo)	
Segundo Diluvio y hundimiento del Cielo, que señalará el término definitivo.			

lamente dos y tres? Es este un punto delicado, aún poco elaborado para recibir interpretaciones. Parece, no obstante, que por bajo la trama de las edades cuaternas, a manera de un palimpsesto, se descubre una más antigua trama binaria. Quizá sea debido a esto el mayor relieve que adquieren los cataclismos por Agua y por Fuego respecto a los demás. Y particularmente se nota la trama binaria, en la cosmogonía maya, en el tránsito de la Primera Tierra a la Segunda, separadas por el diluvio, el hundimiento del Cielo y la correspondiente destrucción del globo. El esquema binario subyacente sería, pues, el que sigue, en combinación con el cuaternario: (Cuadro N° 10).

Donde se descubre la concepción de dos Edades, éstas están siempre separadas por el cataclismo hídrico y el conexo hundimiento del Cielo. En el caso particular de la tradición maya, también por el duelo entre los 13 Dioses y los 9 Dioses. En el prospecto de las destrucciones según los diversos códices manuscritos y Cronistas de la América Media se señala con asterisco la época del hundimiento del Cielo (unida siempre con el exterminio por Agua, excepto en el relato de Motolinía). Imbelloni descubre que éste ha disociado los dos momentos de la catástrofe diluvial a fin de completar una casona (Tierra), cuya destrucción ignoraba: (Cuadro N° 11).

Un caso particular resulta el relato maya del *Chilan Balam de Tizimin*, el cual sólo nombra dos destrucciones, la primera por hundimiento del Cielo y la segunda por incendio del Universo; dos Edades, la pretérita y la presente; dos Regentes: Oxlahun-ti-ku y Bolon-ti-ku; y dos elementos, Agua y Fuego. Será una forma embrionaria, más antigua que la cuaterna o, más bien, una degeneración de ésta? En el relato maya utilizado hasta ahora, el *Chilan Balam de Chumayel*, la trama binaria parece la supervivencia de un antecedente necesario para la posterior elaboración de la trama cuaterna. En los casos de pueblos naturales como los Chaquenses, Fuegoños, etc., que creen en dos destrucciones, por incendio y por diluvio, quizá sean relatos simplificados, recibidos por trans

CUADRO N° 11

<i>Destruc- ciones</i>	<i>Códice Francis- cano</i>	<i>Códice Chamal- popoca</i>	<i>Manus- crito Thévet</i>	<i>Códice Gama</i>	<i>Moto- linda</i>	<i>Gómar, Mendieta y García</i>	<i>Chilan Balam de Chumayel</i>
I	Tierra	Tierra	Agua*	Tierra	Agua	Agua	Agua*
II	Viento	Viento	Fuego	Viento	Tierra*	—*	Fuego
III	Fuego	Fuego	Tierra	Fuego	Fuego	Fuego	Carestía
IV	Agua ^o	Agua*	Viento	Agua*	Viento	Viento	"Desedemización"
V	—	Tierra	—	Tierra	—	—	—

culturación, de pueblos más adelantados. El caso particular del libro de Tizimín deja, por el momento, la cuestión en manos de futuros investigadores.

La serie canónica y sus alteraciones

Hemos visto ya, en la confrontación de las series de los exterminios de la América Media, cómo divergen unas de otras. Este problema fue abordado ya en el siglo XVIII por Boturini, Clavigero, y otros eruditos, y su investigación ha continuado hasta los etnólogos discípulos de Seler. Este sabio había afirmado la existencia de una serie canónica, de la cual las otras, serían alteraciones más o menos avanzadas. Casi todos los investigadores complicaron este asunto al tratar de resolverlo por el enfoque calendárico, lo que produjo un laberinto de puntos cardinales, dioses, estaciones del año, colores, animales, etc. Imbelloni ha dado con el camino del éxito al dejar este enfoque de lado y retrotraer la serie a su primitiva formulación, antes de que la sabiduría refleja sacerdotal la cohonestara con el esquema astral y el calendárico y con las reformas de este último ⁹⁷.

Su método, más directo, ha consistido en confrontar los caracteres funcionales de las Edades en cada una de las series. Estableció primeramente los siguientes resultados:

1º) que en las fuentes mexicana y tolteca y también en la quiché; el elemento Fuego está colocado en la 3ª Edad;

2º) que el elemento Aire ocupa el segundo lugar en la mayoría de las fuentes antiguas;

3º) que las dos anteriores colocaciones deben ser conformes, por lo tanto, a la ordenación original;

4º) que las mayores perturbaciones son las ocasionadas por la inversión recíproca de Agua y Tierra, que ocupan las

⁹⁷ N° 10, pág. y sigts.; N° 11, págs. 44-5.

casillas extremas, por lo que esta cuestión se reduce a averiguar si el Diluvio debe colocarse en la 1ª o en la 4ª Edad.

Se dedicó, pues, a investigar el significado de tal prioridad. Ya Seler y sus discípulos, estudiando los documentos figurados o narrativos del tipo del Códice Borgia y su conformidad con los monumentos pétreos desenterrados en la ciudad de México, llegaron a la conclusión que la serie canónica es aquella en la que el Sol de Agua (Atonatiuh) ocupaba el cuarto y último lugar. Imbelloni llega al mismo resultado, luego de demoler críticamente las teorías de Orozco y Berra, Chavero y otros, fundándose en los siguientes hechos de observación:

1º) Ya en época precortesiana, las series expuestas en los libros pintados de los nativos obedecían a dos modelos diferentes: el anómalo, que colocaba al Sol de Agua, con su destrucción por el Diluvio y el hundimiento del Cielo, en la 1ª Edad, era el resultado de la interferencia de otro esquema, el binario.

2º) Los cronistas cristianos (o cristianizados) al encontrarse ante series dispares, se vieron —en cierto modo— libres de preferir aquella serie que presentaba afinidades mayores con su propio concepto, derivado de la tradición bíblica, que coloca, al menos aparentemente, al Diluvio en el primer peldaño.

3º) Por medio del análisis de los alimentos de Edad, que evidencian carácter progresivo (esto es, el de ser siempre más adecuados al mantenimiento del hombre), observa que al trasponer el Diluvio en la primera Edad, se ha llevado a ella (involuntariamente, por haber perdido conciencia de su progresión) el maíz y otros cereales, que son los últimos y más perfeccionados (C. Vaticano, M. Thévet).

4º) El P. de los Ríos ha dibujado, asimismo, en la 1ª Edad, Sol de Agua, un gigante, cuya conexión con el elemen-

to Tierra es evidente en todas las cosmogonías. Está bien que los gigantes figuren como la humanidad de la 1ª Edad, porque ésta fue en origen la Edad de Tierra, pero, en cambio, el Sol de Agua se ve que ha sido trasladado al primer lugar desde su lugar originario, que era el cuarto.

Por lo tanto, la serie canónica de la América Media queda restaurada del siguiente modo:

- 1ª Edad, Ocelo-tonatiuh, elemento TIERRA.
- 2ª Edad, Ehécatl-tonatiuh, elemento VIENTO.
- 3ª Edad, Quiyáhuil-tonatiuh, elemento FUEGO.
- 4ª Edad, A-tonatiuh, elemento AGUA.

Las destrucciones y su sentido ético-jurídico.

En el Timeo, Platón pone en boca del sacerdote egipcio que explica a Solón la historia de Atlántida, la siguiente doctrina:

“Los hombres han sido destruidos y lo serán aún de muchas maneras. Por el fuego y por agua tuvieron lugar las destrucciones más grandes. Pero hubo otras destrucciones menores provocadas por otras mil causas. Pues, lo que se refiere entre vosotros es que una vez Faetón, hijo de Helios, habiendo uncido el carro de su padre e incapaz de dirigirlo por la ruta paternal, incendió todo lo que había sobre la tierra y pereció él mismo, herido por el rayo, y esto es lo que se cuenta en forma de leyenda. Pero, la verdad, hela aquí: una desviación se produce a veces en los cuerpos que circulan en el cielo, alrededor de la tierra, y a largos intervalos todo lo que está encima de la tierra desaparece en un vasto incendio. Entonces perecen todos aquellos que habitan sobre las montañas, en los lugares elevados y parajes secos, más bien que aquellos que viven próximos a los ríos y al mar.

“Con respecto a nosotros, el Nilo, nuestro salvador también en otras circunstancias, nos preserva de esta calamidad

desbordándose. Al contrario, otras veces, cuando los dioses purifican la tierra por las aguas, sumergiéndola, sólo se salvan los pastores y sus ganados en las montañas, mientras que los habitantes de vuestras ciudades son arrastrados al mar por los caudalosos ríos. A la inversa, en nuestro país, ni entonces ni en ningún otro caso las aguas descienden de las alturas hacia las llanuras, por el contrario, brotan del interior de la tierra. Por estos motivos, se dice que es aquí donde se han conservado las más antiguas tradiciones. Pero la verdad es que en todas las regiones en donde no hay necesidad de huir de un frío excesivo ni de un calor ardiente, subsiste siempre, en mayor o en menor número, la raza de los hombres”⁹⁸

Vemos cómo, a pesar del cariz eminentemente naturalista, geológico, que Platón imprime a su doctrina, habla luego de que “los dioses purifican la tierra”, frase en la que se descubre el sentido ético-jurídico de un castigo por los pecados cometidos. Vimos hace un instante que esta doctrina de las purificaciones es tratada por Empédocles. Este mismo aspecto se encuentra bien desarrollado en todas las doctrinas de las Edades, desde las que destacan el acto creativo, como el Popol Vuh, hasta, en especial modo, las que ponen su acento en el ciclo escatológico, como los libros de Chilán Balam, los paleotestamentarios de los Profetas y el Apocalipsis del Nuevo Testamento⁹⁹.

Al lado del aniquilamiento físico, se presenta innegablemente el sentido de “castigo”, lo que implica la admisión de una culpa y de la respectiva sanción. Y es que el problema filosófico de la anterioridad o posterioridad de la intuición del universo físico respecto a la intuición de lo ético debe resolverse admitiendo la coexistencia de ambas, aunque es cierto que sólo cuando por medio de la primera se encontró un adecuado sistema de ordenación de nociones, la intuición de lo ético pudo integrar equilibradamente la concepción del Mundo.

⁹⁸ *Timeo*: 22 c, d, e.

⁹⁹ N° 1, pág. 25; N° 3, pág. 619; N° 8, pág. 87; N° 10, pág. 189; *Línfa*, págs. 31-3.

A medida que una Edad avanza desde su luminoso amanecer hacia su ocaso, va sufriendo un decaimiento fatal. Sus dioses van perdiendo el poder mágico, las leyes se corrompen, las costumbres degeneran, el vicio cunde y hasta los animales y utensilios domésticos se rebelan contra los hombres, que han perdido su fuerza vital. El cataclismo se presenta como una purificación, y sobreviene para anunciarlo un interludio de obscuridad, pues hasta el sol se extingue. Parecería que se vuelve al Caos originario, si no fuera que en medio de la obscuridad reinante sobreviven al cataclismo algunos dispersos hombres o tribus privilegiadas que, dirigiendo su plegaria al Cielo, lloran y ruegan que vuelva el Sol a presidir la vida.

Luego es creada una nueva Edad, con sus dioses, su propio sol, su humanidad con sus leyes propias, la que emprende la marcha hacia el ineluctable destino, hasta que, cumplido después de la última Edad el curso total del tiempo, llegue el desvanecimiento definitivo del Cosmos.

Vimos ya cómo surgió tempranamente la necesidad de alargar este rígido esquema con una quinta Edad. Posteriormente, el cundir de la categorización heptamérica exigió a ciertos pueblos la división del tiempo en 7 Edades. Pero otras culturas avanzadas, de mentalidad refleja, reduplicaron y multiplicaron los ciclos de 4 Edades, que se renovaban uno tras otro en el mismo orden (palingenesia, eterno retorno)¹⁰⁰. Estos desarrollos, relativamente recientes, del sistema cuaternario simple, se conservan, por ejemplo, en las 8 edades peruanas de la cronología del P. Varela, y en diversos sistemas filosóficos y cosmogónicos hindúes y griegos, como acabamos de ver en Platón, en algunos de cuyos pasajes las destrucciones son innumerables, mientras en otros reaparecen confirmadas las de la serie cuaterna originaria.

¹⁰⁰ MIRCEA ELIADE, *El mito del eterno retorno*, ed. Emecé, Buenos Aires, 1952.

Teoría biológica y racial.

Casi todas las versiones de las Edades insisten en que los seres vivos y la humanidad de cada creación no sucumbieron completamente en el exterminio respectivo, sino que subsistieron parejas o pequeños grupos que luego se incorporaron a la nueva vida de la Edad subsiguiente. Los relatos de tipo arcaico, como el del Popol Vuh y el del Códice Vaticano, desarrollan teorías biológicas que explican la existencia de los animales, ya fueran éstos formados directamente por los dioses (como en la primera creación del Popol Vuh), ya producidos por la transformación de los hombres castigados (como los peces, aves y monos del C. Vaticano y los pequeños monos del bosque del mismo Popol Vuh).

En narraciones relativamente más recientes surgidas en zonas de superposición de diversas razas, éstas son explicadas como supervivencia de las tres o cuatro creaciones humanas anteriores. Así en el relato de los Maya actuales se refiere la existencia de: 1º) los enanos constructores, de naturaleza divina; 2º) los habitantes semidivinos de las ciudades de piedra; 3º) los Dzulob u Ofensores; 4º) los humildes agricultores, Macehualli; y 5º) la actual población, mezcla de las diversas razas. Vimos también que Platón explica en su relato cómo a cada destrucción sobreviven los habitantes de las montañas o los de las llanuras. Estas teorías del origen de las diversas razas se encuentran aún más perfeccionadas en las doctrinas egipcias e hindúes.

La duración de las Edades.

Cada pueblo tuvo acerca de la duración de las Edades una opinión propia, y a veces múltiples criterios divergentes unos de otros.

De la duración de las Edades según los peruanos conservamos diversos testimonios, como los de Salinas y Guaman Poma, que nos brindan la serie cuaterna preincaica:

CUADRO N° 12

<i>Edad</i>	<i>Guaman Poma</i>	<i>Salinas</i>
I Wari Wiracocha Runa	800 años	1.000 años
II Wari Runa	1.300	500
III Purun Runa	1.100	1.000
IV Auqa Runa	2.100	1.100
	5.300 años	3.600 años

Estas duraciones oscilan, como se ve, alrededor del número 1.000, y este último es el que adopta Fernando de Montesinos para su ordenación rítmica:

CUADRO N° 13

<i>Edad o Sol</i>	<i>Pachakuti</i>	<i>Año</i>
	Creación del Mundo	0
1a. Edad	I Pachakuti intermedio	500
	II Pachakuti miliar	1.000
2a. Edad	III Pachakuti intermedio	1.500
	IV Pachakuti miliar	2.000
3a. Edad	V Pachakuti intermedio	2.500
	VI Pachakuti miliar	3.000
4a. Edad	VII Pachakuti intermedio	3.500
	VIII Pachakuti miliar	4.000
Período incaico	IX Pachakuti intermedio	4.500

En México, los resultados de los distintos criterios pueden apreciarse en el esquema siguiente:

CUADRO N° 14

	Código Yuti-cano	Código Franciscano	Código Chimalpopoca	Código Gama	Manuscrito Tléguel	Intitulado	Vegeta
I Edad	4.008	676	676	676	23	1.717	1.717
II "	4.010	676	376	364	23	1.715	884
III "	4.304	364	312	312	23	1.347	832
IV "	5.206	312	676	676	23	215	633
Totales	18.028	2.028	2.040	2.028	92	4.994	4.066

Imbelloni, después de someter a prolijo examen crítico¹⁰¹ cada uno de los datos de este último prospecto, llega a la conclusión que las diferencias entre los varios cómputos dependen en modo directo de alteraciones aritméticas cumplidas por distintas escuelas indígenas sobre la base de coeficientes representados por los números 2, 4, 52, 104 y 416 (los tres últimos son múltiplos del 13), amén de las posteriores adultaciones de los cronólogos cristianos o cristianizados, con fines de establecer sincronismos con la Biblia.

Luego da nuestro autor un paso más, y, señalando que existe un centro de atracción formado por los tres Códices indígenas más venerables y genuinos: el Franciscano, el Chimalpopoca y el Gama, llama la atención sobre el hecho de la impresionante coincidencia de sus números:

CUADRO N° 15

<i>Soles</i>	<i>C. Franciscano</i>	<i>C. Gama</i>	<i>C. Chimalpopoca</i>
Tierra	676	676	676
Viento	676	364	376
Fuego	364	312	312
Agua	312	676	676
	2.028	2.028	2.040

Descartada la pequeña variante del C. Chimalpopoca, en el cual una Edad ha sufrido un aumento de 12 años ($364 + 12 = 376$), queda el hecho de que cada Edad comprende un número entero de "gavillas" o "xiumolpilli" (52 años), que es preferentemente el 13 y en los otros casos el 6 y el 7. Según C. Franciscano, la duración es la siguiente:

CUADRO N° 16

TIERRA	676 años (13 × 52)
VIENTO	676 " (13 × 52)
FUEGO	364 " (7 × 52)
AGUA	312 " (6 × 52)

¹⁰¹ N° 8, pág. 63; N° 10, cap. VI (págs. 232-61); N° 9 (Inkario crítico).

Lo que permite descubrir que una Edad ha sido desdoblada ($676 = 364 + 312$) a fin de permitir que la quinta o actual (que se necesitó agregar en los últimos tiempos aztecas) tuviera la duración originaria, sin perturbar el mantenimiento del total de las primitivas, cuatro Edades ($676 \times 4 = 2.704$).

De esta forma Imbelloni ha podido restaurar la duración canónica de las Edades en México, que está representada por una misma suma, válida no sólo para el tiempo en que se contaban cuatro Edades, sino también cuando, posteriormente, se elevó la cuenta a cinco:

CUADRO N° 17

<i>Soles</i>	<i>P. cardinales</i>	<i>Colores</i>	<i>Cómputo primitivo</i>	<i>Cómputo posterior</i>
I Tierra	Norte	Blanco	(13 x 52) 676	676
II Viento	Este	Amarillo	„ 676	676
III Fuego	Sur	Rojo	„ 676	(7 x 52) 364
IV Agua	Oeste	Negro	„ 676	(6 x 52) 312
V —	Centro	—	—	676
Cuenta total del tiempo			2.704	2.704

En este prospecto puede seguirse el procedimiento que permitió a los sabios de México pasar del canon cuaternario al quinario sin alterar la cuenta total del tiempo; indiscutiblemente es el mismo que utilizó Hesíodo para establecer la quinta Edad, a la cual trasladó el nombre (Edad de Hierro) que en un principio debió corresponder a la cuarta:

CUADRO N° 18

I	Edad de Oro	1°	raza humana
II	Edad de Plata	2°	„ „
III	Edad de Bronce	3°	„ „
IV	Edad de los Héroos o Semidioses	4°	„ „
V	Edad de Hierro	5°	„ „

El año cósmico.

En otras cosmogonías la duración de las Edades asume proporciones enormemente dilatadas¹⁰². Se concibe la suma total del tiempo como un Año Magno o Divino, cuyas cuatro estaciones son las cuatro Edades. Al término de la Primavera, Verano, Otoño e Invierno cósmicos sobreviene, pues, una de las destrucciones, causadas por la ruptura del equilibrio entre los 4 Elementos y el desbordamiento de uno de ellos sobre el Universo. El Año Magno de Heráclito dura 18.000 años, el Gran Cielo Cósmico de Empédocles 30.000 años, pero en Bero-so el Caldeo el año cósmico tiene una duración de 432.000 años y en la India una Edad o Manvantara 1.440.000 años (4.000 años celestes de 360 años terrestres cada uno).

No debemos tomar, sin embargo, en riguroso sentido cronológico estos períodos. Significaron, más bien, en un principio, un número indeterminado o inconmensurable, el "Gran Número" por excelencia. Fueron cómputos de inspiración subjetiva y naturaleza mitográfica. Sólo más tarde, cuando se fue perdiendo su primitivo significado, se desarrolló la tendencia a tomarlos como cifras de valor positivo, de significación cronológica objetiva. Se formó así la cronología kiliástica, o sendos procesos de profecía matemática destinados a fijar el momento de la Creación y la duración del Tiempo, a fin de establecer una fecha del calendario para el momento último, el Fin definitivo del mundo.

El fin del Mundo.

De la doctrina de los orígenes (Cosmogonía) se pasa insensiblemente a la doctrina de los fines últimos (Escatolo-

¹⁰² N° 5, págs. 640-3; *Línfa*, pág. 55.

gía) que no es otra cosa sino la proyección de la cosmogonía en el enigmático futuro con intención de penetrarlo y esclarecerlo ¹⁰³.

Dice al respecto San Ireneo que los 7 días del Génesis “son la relación de los primeros sucesos y de cómo ocurrieron, pero al mismo tiempo son el pronóstico de los hechos que acontecerán en lo futuro”.

El pensamiento escatológico fue fortalecido por una armazón cronológica, la “teoría periodística”, cuyo objeto era calcular la duración de las Edades para fechar el fin del Mundo (milenarismo o kiliasmo). Los variados cómputos hebreos y cristianos dependen de considerar 4, 6 o 7 Edades. La doctrina tetráctica y la heptamérica coexisten en el Antiguo Testamento, en razón, como hemos explicado anteriormente, de las diversas corrientes que afluyeron. La doctrina hexamérica, en cambio, propia de los hebreos modernos, depende de no considerar como una Edad al séptimo día de la Creación o Sabath.

El antiguo cómputo hebreo, adoptado luego por la Vulgata y por Dionisio el Pequeño, establece cuatro Edades de mil años cada una. Por eso se coloca la creación del Mundo 4.000 años antes de Cristo. Los mil años siguientes constituyen la 5ª Edad o Edad Cristiana, y de aquí —nos dice Imbelloni— el angustioso temor con que los hombres de la Temprana Edad Media esperaron el Juicio Final para la primera hora del año 1.000.

La descripción del momento final cobra tonalidades fulgurantes en esa joya que es el Apocalipsis de San Juan. Pero otros pueblos que, como el Maya, han mirado también de frente este angustioso destino, tienen también sus apocalipsis, en este caso el Chilán Balam de Tizimín. De igual modo, la antigüedad grecolatina tuvo en los cálculos y en los Libros

¹⁰³ N° 4, págs. 235-43; N° 5, págs. 645-61, 687 y 689, 636-7; LEONARDO CASTELLANI, *El Apokalypsis de San Juan*. Traducción del griego y comentario literal, ed. Paulinas, Buenos Aires, 1963; P. FLORENTINO ALCAÑIZ y P. LEONARDO CASTELLANI, *La Iglesia Patristica y la Parusia*, ed. Paulinas, Buenos Aires, 1962.

Sibilinos su propia literatura escatológica, que guarda un parecido asombroso con la maya, por un lado, y la hebreo-cristiana, por otro. Esa literatura apocalíptica no sólo se desarrolló en Palestina en la época helenístico-romana, sino que hubo oráculos en Bitinia y Persia (Sibylla Erythraea) a los que San Agustín cita en su *Ciudad de Dios*, y otros netamente etrusco-itálicos (Sibylla Cumana) con los que toman contacto no sólo Virgilio en su *Eneida* sino también el franciscano Tomás de Celano (1197-1255) en su hondo poema escatológico, el *Dies Irae* ¹⁰⁴.

La preocupación escatológica se había extendido en Centroamérica, en la época de la conquista española, hacia el sudeste, hasta los pueblos de Nicaragua. Sabemos de este dilatado ámbito por el testimonio que nos deja Gómara ¹⁰⁵ de una curiosa disputa religiosa que mantuvo el rey Nicaragua con los frailes mercedarios de la expedición de Gil González de Avila, los cuales lo convirtieron a la fe de Cristo con todos los de su casa y corte y nueve mil personas de su reino. Esta catequización de los nicaragüenses fue pacífica desde el principio al fin, y se realizó con procedimientos discursivos y dialécticos. Gómara relata los puntos más salientes de las disputas y pláticas sostenidas por el rey Nicaragua con los frailes, y vemos con sorpresa que éste, que era muy sabio en sus ritos y antigüedades, se comportó como un doctor en ciencias sagradas antes que como catecúmeno y sometió a los asombrados frailes al extraño interrogatorio siguiente:

- 1) "Si tenían noticia los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales;

¹⁰⁴ *Dies Irae*. Traducción de Joaquín V. González, en: diario La Nación, 2 de abril de 1920, y en: *Obras Completas*, Vol. XX, "Ritmo y Línea" (1896-1921), ed. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, 1936, págs. 137-8.

¹⁰⁵ FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia General de las Indias*, colección Obras Maestras, ed. Iberia, Barcelona, 1954, I, pág. 340.

- 2) "si sabían que había de sobrevenir otra destrucción del mundo;
- 3) "si habíase de 'trastornar la tierra' o 'caer el cielo';
- 4) "cuándo y cómo perderían su claridad y curso el Sol, la Luna y las Estrellas; y
- 5) "si conocían la causa de la obscuridad, y porqué había períodos sin luz".

Es lástima que Gómara no relate las contestaciones, limitándose a decir que "respondióle Gil González como cristiano, y lo más filosóficamente que pudo y satisfizo a cuanto preguntó harto bien".

Vemos, pues, cómo este rey Nicaragua dominaba en su total congruencia la doctrina de las Edades y cómo quiso averiguar hasta qué punto tenían noticia de ella los cristianos.

Destino ulterior de la concepción templaria.

El Pensamiento Templario o cuaternario había surgido, como hemos visto, con un ferviente espíritu de investigación, y pronto chocó contra la concepción predominante, el Pensamiento Divino o ternario¹⁰⁶. Sin ser, pues, la concepción tetráctica atea o antirreligiosa, se cargó por efecto polémico, de un acre impulso de disconformidad respecto a las categorías establecidas. Se engendró, en consecuencia, una lucha larga y violenta cuyos rastros encontramos aún hoy en las contradicciones de las categorías trina y cuaterna. La superación de este conflicto fue realizada en una época posterior por el Pensamiento Sacerdotal o Teológico, o del culto activo, que codificó las religiones, instauró el monoteísmo y estableció los sistemas sincréticos del 7 (3 + 4) y del 12 (3 x 4) entre otros. Esta

¹⁰⁶ C. G. JUNG, "Ensayo para una interpretación psicológica del Dogma de la Trinidad", en: *Simbología del Espíritu*, ed. F. de C. E., México. 1962.

mística del 7 y del 12 es característica, como sabemos, de la literatura religiosa y profana hebrea.

En el largo conflicto entre el 3 y el 4, este último sucumbió a menudo y la categorización trina fue restaurada. Esta lucha y este triunfo postrero del 3 se puede seguir en la evolución de la filosofía griega de la Tétrada (Pitágoras) a la Tríada (Platón); en las enconadas discusiones entre las escuelas rabínicas de Jerusalén, defensoras del Pensamiento Templario y realizadoras de la enérgica tentativa de la Kábala, y los judíos helenizantes de Alejandría. Asimismo, dentro del desarrollo cristiano, en la interminable lucha de nueve siglos desde el concilio de Nicea (325) hasta el IV Laterano (1215). El último gran partidario, sincero y apasionado, de la dominación tetráctica fue San Ireneo, quien sostuvo que "4 debían ser los Evangelios, ni uno más ni uno menos, porque 4 son los sectores del espacio y los puntos cardinales, 4 los vientos cardinales, 4 los Querubines, 4 los símbolos animales de los diversos guardianes, 4 las Revelaciones o Testamentos (de Adán, Noé, Moisés y Cristo), 4 las disposiciones del Señor, etc". Al triunfo definitivo del tres se deben las innumerables ternas y *triplettes* que figuran en las obras medievales y se prolongan incluso hasta ciertas clasificaciones filosófico-científicas del pensamiento moderno.

El pensamiento Templario había sido construido por el espíritu de medida y equilibrio y un acendrado sentido del número. Concebía un universo armónico, geométrico, finito. El pensamiento apolíneo griego fue una de sus manifestaciones más dignas. Pero fue en Grecia precisamente, y en la esfera de la naciente filosofía, donde se afirmó otra concepción, la del infinito o *ápeiron* que vino a abrir otra profunda brecha. El concepto de un universo infinito era una representación confusa, inasible, y en absoluto incompatible con la claridad y el orden basados en el número, la estabilidad y la proporción. Acá también la lucha fue larga e intensa, e ilustres pensadores

defendieron la concepción antigua, entre ellos los pitagóricos, luego Empédocles y Demócrito y, por último, Aristóteles.

El pensamiento cuaternario, sintetiza Imbelloni, posee una energía activa, "expresionista", arquitectónica y temeraria, pues predomina en él la conciencia del poder del hombre. El Cosmos es tratado como material maleable, obediente al pulgar del artífice y divisible en sus cuadrantes, metámeros y orientes.

En cambio, la concepción del Universo infinito es resignada, "impresionista", nebulosa, tímida; predomina en ella la conciencia de la impotencia humana. Es el eterno drama del hombre, entre su orgullo como rey de la Creación y su humildad como débil criatura a los pies del Demiurgo.

Resonancias del Pensamiento Templario en la cultura cristiano-occidental.

El occidente cristiano, al igual que las otras culturas modernas, fue perdiendo de ese modo, insensible y paulatinamente, la conciencia del Pensamiento Templario, surgido en la remota época de la Protohistoria, pero conservó, como vestigios o supervivencias, multitud de restos fragmentarios y dispersos que otrora habían ocupado su respectivo lugar en la magnífica cosmología tetráctica.

Mencionaremos los diversos pasajes escatológicos de los Evangelios¹⁰⁷; los 4 símbolos de los evangelistas (águila, león, toro y hombre) colocados en los 4 ángulos cardinales de la cúpula de las basílicas (representación de la bóveda celeste)¹⁰⁸; la honda afirmación tetráctica de San Ireneo¹⁰⁹; y los atisbos de San Agustín¹¹⁰; la geografía de Cosmas Indicopleustes¹¹¹; el cielo de enseñanza del Trivium y Quadrivium, y el cielo de las virtudes: las 3 teológicas con sus símbolos cromáticos

¹⁰⁷ N° 4, pág. 243.

¹⁰⁸ N° 3, pág. 577.

¹⁰⁹ N° 5, págs. 645 y 648; N° 7, pág. 414.

¹¹⁰ N° 5, págs. 645 y 647; *Linfa*, págs. 25 y 54.

¹¹¹ N° 7, pág. 413.

(Blanco para la Fe, Rojo para la Caridad, Verde para la Esperanza) y las 4 "cardinales" (¿a qué punto cardinal corresponde cada una?) ¹¹². Hemos perdido el sentido cromático de la orientación en el espacio. Ya no advertimos la íntima equivalencia entre un punto cardinal y un color. ¿Cuándo comenzó a perderse esta conciencia cromática? Imbelloni se limita a indicarnos que no fue en una época tan remota como imagina la generalidad ¹¹³.

El profetismo de Joaquín de Fiore y la escatología de Tomás de Celano ¹¹⁴; la mística de San Francisco de Asís, con los 4 hermanos elementos y los 4 metales de la visión de la estatua ¹¹⁵; la cosmología de Dante y su intuición de la equivalencia entre Edad-color y Edad-alimento ¹¹⁶; la magnífica restauración y revivificación del "Antiguo Discurso" que Giambattista Vico llevó a cabo; las series ternarias de Comte, Fichte, Schelling, Hegel y Stellini, y las quinarías de Ferrari, Jannelli y Draper ¹¹⁷; y nuevamente la restauración de la serie cuaternaria y su analogía con las estaciones del año en la audaz filosofía de la historia de Spengler ¹¹⁸, son otros tantos ecos del Antiguo Pensamiento en nuestra cultura cristiano-occidental.

Resonancias en el folklore.

Y también han sobrevivido el Pensamiento Templario y su Doctrina de las Edades en el saber tradicional de los estratos populares de las naciones civilizadas ¹¹⁹, particularmente de aquellas que han surgido en territorios que pertenecieron al ámbito protohistórico, como las regiones del Perú y de la América Media, aunque por el fenómeno de las migraciones

¹¹² N° 7, pág. 406; *Linsa*, pág. 99.

¹¹³ N° 10, pág. 156.

¹¹⁴ N° 7, pág. 415.

¹¹⁵ N° 5, pág. 650; N° 7, pág. 402; N° 10, pág. 224.

¹¹⁶ N° 10, pág. 186.

¹¹⁷ *Linsa*, pág. 105.

¹¹⁸ *Linsa*, págs. 106-8.

¹¹⁹ *Folklore*, págs. 96-106.

culturales puedan haberse trasladado a lugares que no estuvieron incluidos en aquel círculo.

Imbelloni transcribe las narraciones míticas que en el Perú ha recogido A. Giménez Borja y las obtenidas en México por Walter Lehmann, que relatan el exterminio por Agua, anunciado por "el viejito" (Tata Dios) y cuyos elementos se aclaran y explican relacionándolos con antiguos textos como el Códice Gama, el Chimalpopoca, etc. He aquí una narración recogida en nuestros días en Huancavelica (Perú) que narra el exterminio ígneo. Vemos en ella cómo el indio moderno ha perdido el significado del antiguo relato, pues la tradición de los Soles o Edades se encuentran algo deformada (aunque no irreconocible) en los cuatro soles (Cinco en la versión similar recogida por Cieza de León)¹²⁰ que aparecen "simultáneamente" en el cielo:

"El angel San Gabriel avisó a los indios de Cuenca y Pilchaca que iba a venir el Diluvio. Entonces los comuneros subieron a los cerros y trabajaron en la parte más alta casas y graneros y allí se recogieron. A poco el cielo oscureció. Entonces salieron cuatro Soles. De noche salieron, eran colorados y quemaban duro. La arcilla se cuarteaba y las piedras de las casas ardían. Después llovió sobre la tierra Fuego. Pereció todo y no quedó vivo un solo indio en Cuenca ni en Pilchaca. Arriba de los cielos lloraba San Gabriel".

VII. APENDICE BIBLIOGRAFICO

Las doce publicaciones de Imbelloni sobre "Religiones de América" (Formas americanas del Pensamiento Templario).

Nº 1. *La "Weltanschauung" de los Amautas reconstruida: formas peruanas del Pensamiento Templario*, (En "Actas y Trabajos Científicos del XXVIIº Congreso Internacional de Americanistas", sesión de Lima, 1939; tomo II, págs. 245-271).

Estudia nuestro autor en esta su primera publicación sobre el vasto asunto del Pensamiento Templario, sus formas peruanas, o sea la

¹²⁰ CIEZA DE LEÓN, *La Crónica del Perú*, cap. LXXXIV.

sabiduría, muchas veces mentada pero desconocida, de los Amautas. Pero ya en la primera página advierte que las culturas peruanas, o andinas en general, constituyen, con las mesoamericanas (istmidas y mexicanas) una unidad superior, en la que encontramos los mismos elementos cuantitativos y cualitativos, en una altura de desarrollo sensiblemente equipolente y con manifestaciones de innegable congruencia. Estas cumbres culturales americanas se orientan sobre una misma base protohistórica y constituyen, a su vez, parte de otra unidad más general, el ciclo de las culturas complejas o de las Grandes Monarquías, extendido por el Mediterráneo y el Cercano y Extremo Oriente y caracterizado por un común patrimonio cultural.

Esboza la concepción geométrica del Universo en estas culturas protohistóricas, con sus tres planos horizontales: Cielo, Tierra y Subtierra, y su tetrapartición en cuadrantes (el *templum* de los etruscos) referidos a cada uno de los puntos cardinales, a los que se agregan tres puntos más: el Arriba, o Centro del Cielo; el Medio, o Centro del plano terrestre; y el Abajo, o Centro del mundo subterráneo.

Pasa a esbozar la concepción del tiempo igualmente tetrsegmentado en cuatro Edades, cada una de las cuales ha sido destruida por un diluvio, a cargo cada vez de uno de los cuatro Elementos: Agua, Fuego, Tierra y Aire, según se conserva en la tradición de los Soles mexicanos.

Establecido el panorama, Imbelloni va demostrando la existencia, en la sabiduría de los Amautas, de los elementos más característicos del Pensamiento Templario.

El Cuzco, ombligo del mundo, (El Medio), es la ciudad capital, de cuya plaza sagrada parten las cuatro calles principales que, prolongadas, constituyen los cuatro caminos del imperio que limitan sus cuatro comarcas (Tawantinsuyu), caminos que son las mediatrices del cuadrado terrestre (Uripacha), siendo Hananpacha el plano celeste o superior, y Ukupacha el plano subterráneo, expresiones éstas que nos ha conservado Garcilaso.

Pasa revista luego a la concepción peruana de las Edades del Mundo, que se ha conservado incompleta en algunos cronistas y completa en Guaman Poma y en Buenaventura Salinas.

Pero lo verdaderamente notable de este trabajo es una nueva comprobación del descubrimiento, efectuado primeramente por Krickeberg, de la existencia en el Perú de la tradición guatemalteca conservada en el Popol Vuh referente a la rebelión de los instrumentos y útiles y animales domésticos contra sus dueños, la raza de hombres de una Edad moribunda, hombres que han perdido su fuerza viril y que serán poco después aniquilados por la correspondiente destrucción o Diluvio. La

versión peruana se halla relatada por Francisco Dávila en su obra *Idolatrias de los indios de Huarochiri*. Imbelloni comprueba que se encuentra representada plásticamente en los frescos de la pirámide de la Luna, del valle de Moche, reproducciones de las cuales se exhiben en el Museo Arqueológico de Lima y en el Field Museum de Historia Natural de Chicago, que a su vez reproduce Imbelloni en este trabajo.

Nº 2. *Los vocablos "Pachacuti" y "Pachacutec" de los Cronistas del Perú y sus determinantes gramaticales y semánticas*, (en "Boletín de la Academia Argentina de Letras", Buenos Aires, 1939, tomo VII, págs. 353-375, y en "XXVII Congreso Internacional de Americanistas", Lima, 1939, tomo II, págs. 61-73).

En este trabajo, también presentado al XXVII Congreso Internacional de Americanistas, de Lima, realiza un exhaustivo análisis lingüístico de los vocablos Pachacuti y Pachacutec, que se refieren, como lo demuestra, a la doctrina de las destrucciones y revoluciones del mundo causadas, periódicamente, por cada uno de los cuatro Elementos.

Señala las dificultades que ofrece la tarea de asignar al vocablo Pachacuti el exacto significado que tuvo en el período áureo de la lengua quechua o qheshwa, dificultades que consisten en: 1º) que esa palabra aparece con grafías diferentes, y todas erróneas, en las fuentes escritas, o sea los Cronistas; 2º) que su valor gramatical resulta impreciso, porque se la califica indiferentemente como sustantivo, adjetivo, verbo neutro y activo, y participio; 3º) que al ser convertido en nombre propio y apelativo antonomástico, se le atribuyen valores gramaticales y semánticos muy discutibles.

Indica que el único camino que se presentaba al investigador, en estas circunstancias, era el de reunir todos los datos gramaticales y lexicales que le fuera dado encontrar, en vista de los siguientes objetivos: a) Restablecer la forma exacta del vocablo o sus formas, si hay varias emparentadas, distinguiendo en cada caso si se trata de un sustantivo, adjetivo, persona verbal, participio, adverbio, etc.; b) Integrar las variaciones semánticas registradas en los diccionarios de la primera época (Torres Rubio, Holguín, etc.); c) Considerar todas las variaciones semánticas establecidas por el uso entre las poblaciones actuales quechua-hablantes; d) Reconstruir la historia del semantema aislando los valores secundarios y figurados de los concretos y primarios, luego proponer el valor-base que preside a la formación de tan amplia familia.

Sobre estas claras y amplias vías metodológicas va llevando Imbelloni a feliz término su investigación. Esta monografía ha sido incluida, posteriormente, como apéndice A), en el libro *Pachakuti IX. El Inkario crítico*. Nº 9 de esta serie, que reseñamos más adelante.

Nº 3. *El "Génesis" de los pueblos protohistóricos de América. Primera Sección: La narración guatemalteca* (en Bol. Acad. Arg. Letras, tomo VIII, págs. 539-628, Buenos Aires, 1940).

Este trabajo, primero de la serie sobre el "Génesis" de los pueblos protohistóricos de América, estudia la fuente guatemalteca, es decir el Popol Vuh o Manuscrito de Chichicastenango. Está precedido de un capítulo general introductorio referente a la "morfología de los relatos cosmogónicos de los pueblos de cultura". A continuación entra a considerar al Popol Vuh, informando críticamente sobre las traducciones del P. Ximénez, Brasseur, Raynaud, A. Villacorta y F. Rodas, Pohorilles, Krickeberg, y las interpretaciones de Brinton, Douay, Stoll y Seler.

Realiza después acotaciones críticas e interpretativas: informa sobre las normas de la transcripción fonética; analiza el anticuado sistema de los etimologistas; estudia las pequeñas adivinanzas contenidas en los apelativos de los dioses y sus sinonimias, especialmente la de los Progenitores; encara la cuestión de los dioses de acción verbal y su función; la de las interpretaciones monoteístas, zoolátricas y similares; ilustra sobre las expresiones y congruencia del lenguaje mágico; el problema de la partición del manuscrito en capítulos, con el fin de articular la extensa narración: expresa la doctrina exegética de que nunca la interpretación debe alejarse de la integridad temática; dilucida la cuestión de los períodos de obscuridad cósmica; considera por último el problema del lugar del Popol Vuh, frente a los otros "génesis" americanos y a la Biblia.

En el IV capítulo realiza una versión lógica de los párrafos del Popol Vuh que se refieren a los orígenes del Universo, de la Tierra y del Hombre, adoptando en general las frases de Villacorta, previa la necesaria depuración cuyas razones va dando Imbelloni a lo largo de todo el trabajo. Encabeza los párrafos del manuscrito con subtítulos aclaratorios, y así nos conduce a las operaciones divinas de medida y partición del espacio, la descripción del Khaos y de la obscuridad inicial, los constructores y sus designios, la separación de la Tierra, y las cuatro sucesivas creaciones de seres animados, con sus respectivas destrucciones seguidas de períodos de obscuridad, y concluye con la quinta creación, la de los quichés actuales.

En un quinto y último capítulo Imbelloni examina con mirada morfológica las diversas partes del relato y estudia separadamente: la doctrina del espacio y sus sectores; los autores de lo creado; la creación del Cielo; el Khaos; la creación de la Tierra; la de los seres animados; las Edades del Mundo o Soles; las calamidades o destrucciones; la mística de los números; la clasificación de nociones; la orientación cromática y la imagen del cosmos.

- Nº 4. *El "Génesis" de los pueblos protohistóricos de América. Segunda Sección: Las fuentes de México.* (En B.A.A.L., tomo IX, págs. 235-311, Buenos Aires, 1941).

Aborda en este trabajo nuestro autor las fuentes de México, pero antes de dirigirse al Norte realiza un rápido viaje hacia el Sur, a Nicaragua, para atestiguar la existencia del Pensamiento Templario. Nos informa, pues, acerca de la fuente nicaragüense, que consiste en un relato de López de Gómara sobre una embarazosa disputa escatológica que los frailes de la expedición de Gil González de Avila sostuvieron con el rey indio Nicaragua, el cual, transformándose de catecúmeno en doctor de ciencias sagradas, procedió a interrogar a los asombrados frailes sobre el Diluvio, la próxima destrucción del mundo, la caída del ciclo, los períodos de oscuridad cósmica, y otras cuestiones similares.

En el capítulo II se enfrenta ya con las fuentes mexicanas, que clasifica en: 1º) Códices y Manuscritos; 2º) Cronistas de Indias; 3º) Monumentos Plásticos; y 4º) Autoridades; y pasa a establecer las características de cada uno de los Códices, para entrar al capítulo III en el que ordena, con subtítulos aclaratorios, los relatos de los períodos cosmogónicos consignados en: 1) Codex Vaticanus A. 3738; 2) Códice Franciscano o Fuenleal; 3) C. Chimalpopoca; 4) Manuscrito Thévet-De Jongue; y 5) Manuscrito Anónimo (Paso y Troncoso).

En el capítulo IV se ocupa de los Cronistas que han tratado este asunto, caracterizándolos bio-bibliográficamente, y transcribe a continuación los textos pertinentes de Motolinia, Gómara, Mendieta, Gregorio García, Ixtlilxóchitl (tradición tolteca y dos versiones de la chichimeca), Boturini y Clavigero.

Concluye el trabajo con un breve estudio sobre el valor correlativo de las Crónicas y los Códices, en el que establece la dependencia recíproca de las diversas relaciones.

- Nº 5. *El "Génesis" de los pueblos protohistóricos de América. Tercera Sección: Las fuentes de Yucatán.* (en B.A.A.L., tomo IX, págs. 633-772, Buenos Aires, 1941).

Este extenso trabajo está precedido, en conexión con el problema de las profecías mayas sobre el fin del mundo, de un amplio preámbulo acerca de "El Neo-Kiliasmo, el milenarismo y los signos celestes del próximo fin del mundo", rico en eruditos y originales enfoques.

Entra a continuación a estudiar las fuentes de Yucatán, que clasifica en: 1º) Códices y Manuscritos; 2º) Profecías mayas; 3º) Cro-

nistas de Yucatán; 4°) Folklore; 5°) Monumentos Plásticos; y 6°) Autoridades. Se detiene especialmente en los Manuscritos o Libros de Chilán Balam, de los que traduce a continuación pasajes atingentes, previas consideraciones sobre las dificultades de la traducción y los esfuerzos de Tozzer, Barrera Vásquez, Roys, Thompson, Mediz Bolio y Martínez Hernández.

La versión de los extensos pasajes del Chilán Balam de Chumayel, y los breves del Chilán Balam de Tizimín son acompañados por largas y eruditas notas interpretativas en las que va aclarando las frecuentes obscuridades del texto, aclaraciones que a veces sólo se consiguen tras una paciente y fatigosa tarea, que realiza los méritos de este inmenso trabajo.

En el capítulo III aborda el asunto de las *Profecías Sacerdotales*, incluidas en los principales libros de Chilán Balam y asimismo traducidas o relatadas por los Cronistas. Tras las consideraciones del caso traduce:

- c) la *Profecía del Jefe Pech, Gran Sacerdote*, a la que añade, con el fin de mostrar las dificultades del caso, la traslineación de otras cinco traducciones del mismo texto: las del P. Lizana, Brasseur, Brinton, Mediz Bolio y Roys.
- b) la *Profecía de Chilán Balam, el cantor de Cabal Chen*, (manuscrito de Maní), en cuyos comentarios estudia los problemas de la cruz, del amanecer, los hombres barbados, y el reino de "los dos días".
- c) la *Relación de la Ciudad de Mérida*, notable documento firmado por jefes indígenas en 1579, al que sigue un importante comentario.

Un cuarto capítulo versa sobre los Cronistas de Yucatán, en el que caracteriza bio-bibliográficamente a Fray Diego López de Cogolludo, y Fray Andrés de Avendaño y Loyola, y a continuación transcribe sus textos referentes a los cuatro exterminios, los cuatro Bacab o dioses cardinales, los cinco templos, y las opiniones de Aguilar y de Avendaño sobre las Profecías y la Cruz, y sobre el "Génesis" maya, todo ello analizado en amplios comentarios aclaratorios.

En un último capítulo, sobre las *Fuentes del Folklore*, transcribe y comenta: a) una antigua tradición maya de los actuales indígenas de la región de Valladolid, sobre las cinco Edades y las correspondientes razas humanas y exterminios; y b) una descripción de Brinton acerca de la ceremonia agraria llamada la *misa milpera*, que revela aspectos del Pensamiento Templario de los actuales yucatecos.

Nº 6. *El "Génesis", etc. Cuarta Sección: Los monumentos plásticos mexicanos y yucatecos (restos pétreos y pinturas) como testimonios de la Doctrina de las Edades, (no se concretó la publicación).*

Nº 7. *El "Génesis", etc. Quinta sección: De la naturaleza de los dioses (funcional, onomástica y numérica) y de los dioses encósmicos en particular. (en B.A.A.L., tomo X, págs. 329-449, Buenos Aires, 1942).*

En este extenso estudio presenta Imbelloni vastas e insospechadas perspectivas, necesarias para la plena interpretación de las religiones de América. En un primer capítulo aborda los "problemas teológicos de las religiones medio-americanas", estudiando la hierografía astral y su decadencia y, deteniéndose seguidamente en el problema de la clasificación de los dioses, nos hace ver la utilidad actual del antiguo criterio funcional de Proclo y Salustio el filósofo, que distribuían a los doce dioses mayores, *Encósmicos*, en las cuatro ternas siguientes: Demiúrgicos, Animadores, Armonizadores y Purificadores. Nos anuncia, pues, que estudiará a los dioses de la América Media aplicando este criterio funcional, acompañado del onomástico, (o sea la investigación de la naturaleza filológica de sus nombres y epítetos) y del numérico. A este último le ha conferido la dignidad de un criterio discriminativo esencial para el historiador del desarrollo religioso, pues los números místicos dominan todas las ontologías de los tiempos históricos y protohistóricos.

En el capítulo II estudia "el pretendido monoteísmo", tratando "el solo dios" o la "Primera Causa" en las erróneas interpretaciones de algunos cronistas como el P. de los Ríos, que no cayó en la cuenta que la palabra nahuatl *Ome* significa "dos" y se refiere al Dúo o primer pareja divina.

Entra en el capítulo III a investigar al Dúo divino, haciendo consideraciones sobre el alcance del criterio numérico en el estudio de las religiones; establece las parejas divinas de México: *Ometekutli-Omesí-watl* y *Sipaktonal-Oshomoko*, y dirige luego su atención a las personificaciones de ambas parejas fuera de México, encontrando tanto la primera, de dioses Constructores y Formadores, como la segunda, de Funcionadores y Gestantes, en Guatemala, Yucatán y Nicaragua.

En el capítulo IV encara la sistematización ternaria de los Dioses, investigando el paso de la fórmula binaria a la trina en las religiones del Antiguo Oriente, especialmente en Egipto, donde las fases de esta transformación han quedado fijadas en hieroglifos y pinturas; en Ba-

bilonia, donde el propio Imbelloni las rastrea en las frases del *Enuma Elis*, el poema de la Creación, y en la India, donde las halla en el *Manava-Dharma-Sastra*. Esclarece a continuación el problema de las "trinidadas derivadas", y de las "falsas trinidadas", mostrando sus ejemplos en diversas religiones, y vuelve luego a las americanas, determinando las ternas divinas en el Perú y en la América Media.

En el capítulo V se extiende en "consideraciones generales y particulares sobre los Dioses Encósmicos en el ciclo ternario"; muestra el lamentable estado de la hierografía americana, profundiza en los caracteres de las series divinas encósmicas y estudia la posición privilegiada de las "verdaderas trinidadas".

Investiga en el capítulo VI el "ingreso del Pensamiento Templario", interpretando el significado de la fórmula tetráctica, estudiando el proceso de adaptación de las ontologías ternarias a esta nueva fórmula con ejemplos hebreos y principalmente egipcios, contempla el dogma trinitario como reacción del viejo espíritu categorizador y analiza las discordancias numéricas en la América Media como fruto de la lucha y subsiguiente compromiso entre los dos sistemas.

En el capítulo VII dedica su atención a los "impulsos que gobiernan la vida mental del período Templario", estudiando la noción de suerte y la mentalidad mántica, y en el VIII y último muestra la "posición de los dioses encósmicos en la historia de las creencias", estudiando la actividad cosmológica, el Dios-Cielo del antiguo monoteísmo de las culturas protomorfas, investigado por el P. Schmidt y el Prof. Pettazzoni, luego los dioses propios de las culturas constitutivas, compuestas y complejas, y concluye tratando de la persistencia onomástica y de la comparación funcional, que ejemplifica con el análisis de los diversos significados sucesivos que se fueron incorporando a Witzilopochtli, a Ketzalkowatl, a la pareja guatemalteca Ishpiyakok e Ishmukané, y a Itzamná.

Nº 8. *La Capaccuna de Montesinos. Después de cien años de discusiones e hipótesis.* (En "Anales del Instituto de Etnografía Americana", de la Univ. Nac. de Cuyo, tomo II, págs. 259-334, Mendoza, 1941).

Con este trabajo vuelve Imbelloni, en oportunidad del centenario de la 1ª edición (1840) de las *Memorias Antiguas Historiales del Perú* del licenciado Fernando de Montesinos, a sus investigaciones sobre el pensamiento de los pueblos culturales andinos que iniciara con los dos primeros estudios de esta serie y corona en el siguiente (Nº 9), cen-

trándolos sobre el significado del nombre y personalidad del inca Pachakuti IX, y arrojando luz desde un novedoso enfoque sobre la lista de reyes incaicos (Capaccuna) y su historial dinástico (Inkario).

Sabido es que hay dos tipos de Capaccuna. La "cuenta corta", que oscila alrededor de diez reyes, común a la mayoría de los cronistas, y la "cuenta larga", de cerca de cien monarcas, de Montesinos y el P. Valera.

Imbelloni, después de hacer la historia del problema, contemplando la rivalidad póstuma entre Garcilaso y Montesinos, y la pretensión moderna de considerar a éste como cronista del período preincaico, entra a abordar analíticamente el problema compilando un nuevo prospecto con las diversas variantes de los manuscritos del mismo Montesinos y el del P. Valera, lo que le permite mostrar cómo los ocho reyes Pachakuti van apareciendo a intervalos regulares y revelan el carácter mítico y no historiográfico de la cronología de Montesinos. Analiza el andamiaje cronológico y desentraña el significado de los Soles o Edades, que coincide con el que nos ha mostrado ya en las fuentes mexicanas y mesoamericanas.

Entra, por último, en la tarea interpretativa, esbozando el significado del número cuatro como clasificador de nociones en el Pensamiento Templario o tetráctico, que ya nos mostrara en anteriores trabajos, nos indica cómo fue segmentado el tiempo en este sistema o sea cómo fue elaborada la Doctrina de las Cuatro Edades y, volviendo a la Capaccuna de Montesinos nos descubre cómo se segmenta rítmicamente en las susodichas Edades, cada una de mil años de duración, y cómo los finales de Edad, o Destrucciones, coinciden con cuatro Pachakuti a los que luego se agregó, en los años medios de cada Edad otros cuatro, que llama "intermedios" para diferenciarlos de los "miliars". Realiza Imbelloni en este estudio una minuciosa investigación acerca de todos los aspectos de la cronología montesina, investigación que incorpora y amplía en la obra a la que, por definitiva, hacemos a continuación objeto de una consideración especial.

Nº 9. *Pachakuti IX. El Inkario crítico.* (En la Biblioteca Humanior, sección D, tomo 2, Buenos Aires, 1946, 294 páginas).

La aparición de esta obra constituye un acontecimiento poco común en los medios científicos americanistas. La indagación que realiza en la maraña de noticias contradictorias que obscurecen la época incaica, es una luz destinada a irradiar cuantiosos beneficios. Estábamos acostumbrados a la apariencia de claridad de una historia creada suavi-

zando las diversas y contradictorias versiones de los cronistas de Indias y acumulando datos de todos ellos cuando su suma no ofrecía mayores tropiezos lógicos, y he aquí que esta engañosa construcción historiográfica se derrumba bajo el ariete crítico del método de Imbelloni.

Comienza nuestro autor esbozando el desarrollo de la historiografía sobre la monarquía del Cuzco, sometiendo a examen su actual estado, que califica de "punto muerto" y preguntándose de qué lado y por qué modo se ha de llegar a superarlo y reanudar el avance de esta disciplina. Recomienda con fuerza el autor no olvidar exigencias metodológicas tan imprescindibles como el *sentido de la historicidad* y la *crítica combinatoria* de los relatos homólogos en una serie copiosa de fuentes y autoridades; luego dedica la primera parte de su estudio a ilustrar, con brevedad, el estado trunco y fragmentario de la revisión crítica del Inkario y a enunciar las nuevas operaciones metódicas destinadas a conducir a término la tarea.

Sostiene Imbelloni que todo testimonio de los cronistas deberá tenerse por válido no ya en lo que reza su letra, sino por el intrínseco y a veces oculto significado que tuvo para los hombres que lo elaboraron. E indica también que las tradiciones de la Protohistoria, por surgir en épocas anteriores a la invención de la escritura y haberse transmitido oralmente durante largo tiempo, han sufrido un hondo juego variativo, consistente en transposiciones, reiteraciones, exclusiones y acumulaciones, y deben ser, por lo tanto, sometidas a un tratamiento enérgico y metódico de reducción y eliminación, a fin de que aparezca la verdad histórica, aun a costa del derrumbe del edificio historiográfico artificialmente levantado. La historia antigua del Perú es sometida en esta obra a un análisis similar al realizado por Ewald en las viejas cronologías orientales y al efectuado por Niebuhr, Schwogler, Mommsen y Pais en la historia romana primitiva.

Esta obra se propone brindar las respuestas más satisfactorias a ciertas preguntas que no se atrevían a formular claramente los historiadores, porque un oscuro presentimiento de vacío flotaba en derredor de ellas: ¿Cuáles y cuántos fueron los monarcas del Cuzco? ¿en qué época comenzaron a reinar? ¿qué relaciones tuvieron con las organizaciones del período preincario? ¿qué duración de conjunto abarca esta monarquía?

Sabido es que varios cronistas nos hablan de once inkas, pero hay quien cuenta doce, diez, siete o cinco. Hasta aquí el problema no es muy complicado, pero el asunto cambia de aspecto cuando tomamos nota de que Montesinos trae una lista de alrededor de cien monarcas. Montesinos ha sido, no sólo en ésta sino en muchas otras cuestiones, la piedra del escándalo, y se ha creído salir del paso muchos veces tildándolo de embustero. Pero Imbelloni, que ataca estos problemas de un modo

totalmente renovador, demuestra que no sólo no podemos ignorar a Montesinos, sino que éste —y aquí nos encontramos con una significativa novedad— no se encuentra aislado, pues su famosa "lista larga" es realmente de Blas Valera, el más celebrado y vetusto cronista del Perú, y se encuentra asimismo en otros autores y manuscritos de la primera hora.

La Doctrina de las Edades es la clave de la lista larga de Montesinos. Los peruanos carecían de historia escrita. Sus tradiciones heroicas y sus listas de Inkas eran recitadas o cantadas en las ceremonias y fiestas religiosas y luego fueron codificadas y constreñidas en los khipus durante las postrimerías incaicas. Desde hacía largo tiempo era familiar, en la mentalidad del Hamautta y del pueblo, la idea de especiales etapas históricas que, en su valor subjetivo, coincidían con el concepto de las cuatro Edades o Años Solares (Intipwata en el Perú), cada una de las cuales duraba mil años. Por otra parte, en las últimas épocas ya se había elaborado la concepción decimal, y es por esto que la serie de monarcas, cuyo número exacto (que Imbelloni calcula en dieciocho para un lapso probable de seiscientos años) se había esfumado de los vagos recuerdos, fue fijada en diez, como son diez, por la misma razón, los patriarcas de Adán a Noé, los reyes de la primera dinastía de Babilonia en Beroso, los Pitris que descienden de Brahma en el Manava-Dharma-Sastra, los reyes-dioses egipcios en el papiro de Turín, etc. A la serie de diez Inkas se antepusieron ocho series, de diez monarcas cada una, a fin de llenar el vacío de las cuatro Edades del tiempo pasado (pues los peruanos del siglo XV calculaban vivir en la quinta Edad). Durante los mil años de cada una habrían gobernado veinte monarcas, lo que hizo un total de ochenta soberanos para los cuatro mil años de las cuatro Edades.

Ahora bien: cada Edad concluía con una catástrofe y subsiguiente renovación del mundo y de la vida, y en este doble concepto de muerte y renacimiento reside el doble significado de la palabra Pachakuti, que ha desentrañado admirablemente Imbelloni. Posteriormente, este vocablo adquirió la acepción cronológica de un período de quinientos años, de suerte que cada Edad terminaba en un Pachakuti "miliar" y cada media Edad (500 años) en un Pachakuti "intermedio". Fue creencia general de los sabios y sacerdotes del Perú antiguo que en las épocas anteriores a los Inkas del Cuzco habían transcurrido ya ocho Pachakuti, cuatro "miliares" (años 1000, 2000, 3000 y 4000 de la Creación del Mundo) y cuatro "intermedios" (años 500, 1500, 2500 y 3500).

Más tarde se fue perdiendo la conciencia del valor cronológico y cosmogónico del término Pachakuti, y cuando las listas fueron dictadas a historiadores españoles y mestizos, los nativos entendían que su sig-

nificado fuese personal y onomástico y los cronistas del Perú creyeron que se trataba de verdaderos reyes, pasando cada grupo decimal a sus registraciones como constituido por once soberanos. Esta lista de reyes, formada —en lo que concierne a los tiempos preincaicos— por 88 casillas, repartidas en ocho grupos simétricos de diez personas más un Pachakuti cada uno, nos ha sido conservada por tres documentos de los primeros años de la dominación hispánica.

Hacia 1435, —casi un siglo antes de la llegada de los españoles— los peruanos calculaban que estaba próximo el noveno Pachakuti. Si era miliar (fin del mundo) o intermedio, esto no lo discernía el pueblo, y los mismos sacerdotes se dividieron en la interpretación. Lo cierto es que esperaron azorados las grandes calamidades, y cuando el momento fatídico pasó, la alegría de vivir volvió al pueblo y se consideró que el Inka era el salvador del imperio. Este inka, Yupanki, fue llamado desde entonces “Pachakuti IX” y se le atribuyeron posteriormente grandes hazañas y reformas del culto y del calendario, de suerte que su sincretismo biográfico desenpeña la misma función que el de Servio Tulio en la historia legendaria de Roma.

He aquí, en pálida y apretada síntesis, algunos de los resultados a que llega Imbelloni después de un exhaustivo y brillante tratamiento crítico de las fuentes. El problema ha sido abordado por todos sus costados. Su conocimiento de la historia, filología y mitología oriental y clásica le ha permitido ensanchar extraordinariamente el panorama con un dominio que no se acostumbra en la Americanística. Cautivantes digresiones eruditas sobre los reyes de la antigua Roma o sobre cronología de los patriarcas bíblicos son facetas inesperadas de esta obra. Nos encontramos ante un ejemplo acabado de ese admirable y hondo Neohumanismo que le permite a nuestro autor concebir unitariamente los problemas de la filosofía, historia y etnología. De la crítica de los cronistas y de las autoridades modernas, pasa a sumergirse en un profundo análisis de los problemas de la cronología real y mítica peruana, luego aborda los aspectos mitográficos y filológicos del concepto Pachakuti y entra de lleno por último en la consideración historiográfica. El análisis crítico se extrema en tres apéndices monográficos, en todos los cuales se encuentra Imbelloni en terreno propio: uno destinado a las determinantes gramaticales y semánticas del vocablo Pachakuti y afines de los cronistas; otro a investigar qué hay de positivo en la cuestión de las momias de los Inkas; y un tercero, notable desde múltiples puntos de vista, dedicado a poner en claro la procedencia y validez de la iconografía, en el que se estudia a fondo las diversas series de retratos de los monarcas del Cuzco que nos han transmitido Herrera, Guaman Poma, John Ranking, Sahuaraura Inka, y otros, entre los cuales se encuentran retratos procedentes de documentos raros y algunos realmente

preciosos como los de la tabla de don Alonso de la Cueva Ponce de León (hacia 1740) y los de la estampa de don José Palomino (1748).

Completan esta obra diversos extractos de sucesiones, cómputos cronológicos, textos y gran número de oportunas y bien escogidas ilustraciones. Entre éstas se destaca la reproducción a todo color de un magnífico óleo de Carlos A. De La Palenque, en el que expresa los rasgos ideales del noveno Pachakuti y que ha sido pintado siguiendo los resultados de la crítica eliminatória y reconstructiva de armas y vestimenta realizada en el apéndice sobre iconografía incaica.

Nº 10. *El "Génesis", etc. Sexta Sección: Las Edades del Mundo; sinopsis crítica de la ciclografía medioamericana, con especial atención al cómputo cronológico.* (en Bol. Acad. Arg. de Letras, tomo XI, págs. 131-261, Buenos Aires, 1943).

En este trabajo, último de los publicados en la serie "El Génesis", continúa el análisis comparativo comenzado en la 5ª sección, esta vez referido a las Edades del Mundo y su cronología.

Comienza estudiando la doctrina de la Creación, en la que considera detenidamente la decadencia que sufren los dioses de la Creación en las religiones mesoamericanas, lo increado, el acto creativo, el parlamentarismo olímpico o asamblea de dioses creadores, los diversos aspectos de estas divinidades y su nomenclatura.

En el capítulo II entra en los diferentes aspectos de las Edades, explorando en detalle las Edades-Colores (Blanca, Amarilla, Roja y Negra) y las Edades-Elementos (Edades de Agua, Viento, Fuego y Tierra).

Estudia en el capítulo III las Edades en su proyección cosmogónica, analizando su sentido de perfeccionamiento progresivo, que se revela, por ejemplo, en los alimentos propios de cada edad, siempre más adecuados; y en el capítulo IV las Edades como expresión de la "cadena necesaria", indagando en el sentido de imperfección o decadencia, que coexiste y complementa con el anterior, y entra a tratar los exámenes de finales de Edad y el problema de su disposición canónica.

En el V trata del número de Soles o Edades, historiando las contribuciones de Leoncio Angrand (1866), el conde de Charencey (1881) y Alfredo Chavero (1877); muestra las contradicciones y variantes de las diversas teorías y documentos e investiga el interrogante: **¿Hubo relatos con tres Soles?**

En el VI y último capítulo estudia la duración de las Edades y de la vida terrestre, plantea la cuestión "si las Edades constituyeron

una serie cerrada o indefinida, y enra a analizar y resumir críticamente los cómputos cronológicos de los documentos de México: Codex Vaticanus A., Códice Franciscano o Fuenleal, Códice Chimalpopoca o Historia de Colhuacán, Manuscrito Thévet o De Jongue, Códice Gama o Ms. Anónimo, y los datos de los Cronistas Motolinía, Gómara, Ixtlilxóchitl, y Mariano Fernández de Echeverría y Veytia. Finalmente relaciona la ciclografía americana y el "Antiguo Discurso" comparando las Edades mexicanas con las de Hesíodo y llegando a la conclusión que "la forma mexicana es anterior a la hesiódica".

Nº 11. La "*Essaltatione delle rose*" del Códice Vaticano Mexicano A. 3738, el "*Nicté-Katún*" de las fuentes Maya y el "*Pecado Nefando*" de la tradición peruana más remota, (en Anales del Inst. Etnografía Americana, tomo IV, págs. 161-205, Mendoza, 1944).

Objeto de esta memoria es la última de las cuatro Edades del Mundo de la ciclografía mexicana, la cual, en el C. Vaticanus A. 3738, presenta un carácter anómalo que ha dado lugar a erróneas y contradictorias interpretaciones.

La solución que logra Imbelloni radica en gran parte en la utilización del método comparativo. Esta amplitud de miras le permite, no sólo interpretar los códices mexicanos confrontándolos con los manuscritos mayas, sino también, y por primera vez en esta materia, con los documentos del Perú, los que hasta hoy no han sido debidamente apreciados y utilizados por los estudiosos de la vida mental de los pueblos mesoamericanos de alta cultura.

Estudia, pues, la cuarta pintura del Códice Vaticano, que su comentarista el P. de los Ríos tituló *Sochiquetzal, idest essaltatione delle rose*. Critica las interpretaciones que realizaron Chavero y Seler, estudia el Sol de Noche del Manuscrito Thévet-de Jongue, considera los seis períodos de obscuridad: el primigenio u obscuridad del caos inicial, los cuatro interludios o períodos sin luz que sucedieron a los cuatro Exterminios de Edad, y el último, u obscuridad que sobrevendrá cuando ocurra el fin del mundo. Estudia las referencias a los gigantes y a la Edad que señorearon, así como también a la Edad que sufrió hambre y carestía, y establece comparativamente el orden de la sucesión de Edades y Destrucciones. Para el C. Vaticano la sucesión correcta de los cuatro Exterminios es la siguiente: I, Agua; II, Viento; III, Fuego; y IV, Carestía. El Regente de la Cuarta Edad es la diosa de los vicios carnales, Xochiquetzal, Flor Preciada. Es la Edad de las Flores, Nicté-Katún de las fuentes mayas, en las que figura como Regente Bolon-

Mayel, "el Perfumado" y también Macuil-Xóchitl ("Cinco Flores"). El P. Fábrega ha creado el neologismo *Xochi-tonatiuh* (Edad de las Flores), en un todo coherente con los textos y pinturas antiguas, para uniformar las denominaciones del C. Vaticano.

Los hombres de la cuarta Edad se entregan a los vicios de la corrupción y de la lujuria, el "pecado nefando" que describe la más remota tradición peruana, recogida por Montesinos. Los dioses destruyen a esta humanidad del cuarto Sol con una implacable carestía y la muerte por hambre, además del ennegrecimiento causado por perforación de los ojos. Estos castigos son anunciados en el cielo por una lluvia de sangre.

La enigmática frase "Essaltatione delle rose" ha resultado explicada por medio de materiales lingüísticos del área mexicana y maya, y mitográficos de la mexicana, la maya y la peruana, y el estricto paralelismo descubierto por Imbelloni le permite una vez más afirmar la existencia de una unidad México-Andina, ejemplarmente tenaz y persistente en todo aquello que concierne a la vida espiritual, religiosa y científica, es decir, a la Concepción del Mundo.

Nº 12. *La tradición peruana de las cuatro Edades del Mundo en una obra rarísima impresa en Lima en el año 1630.* (en Anales Inst. Etnogr. Amer., tomo V, págs. 55-94, Mendoza, 1944).

Dedica nuestro autor este trabajo a la doctrina peruana de las Edades y comienza manifestándonos que las cinco fuentes que la tratan de modo particular son los textos de Santa Cruz Pachacuti, Guaman Poma de Ayala, P. Anello Oliva, Fernando de Montesinos (asequibles los cuatro al estudio moderno) y la obra intitulada *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Pirú*, del P. Buenaventura Salinas y Córdoba, impresa en Lima en 1630 y en Madrid nueve años más tarde.

Se trata de una obra rarísima, cuyo único ejemplar sudamericano se conserva en el convento de San Francisco, en Lima, sospechándose la existencia de un segundo ejemplar en el Convento de Ocopa. No son muchos más los que se conservan en España, e Imbelloni ha echado mano al recurso de hacer copiar, a sus costas, el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid (sección "Raros", Nº 3130). Los pasajes del Memorial que tratan de las Edades, pertenecientes todos a su capítulo primero, son reproducidos en este trabajo con la misma grafía y texto del original, y explicadas sus frases oscuras con abundantes notas aclaratorias.

La Doctrina de las Edades que surge de este autor es la siguiente:

- I. Era bíblica desde Adán hasta Noé.
- II. Era peruana del "antiguo barbarismo", subdividida en:
 - 1) Wari Wiracocha Runa (Generación de dioses nativos, gigantes);
 - 2) Wari Runa (generación de gigantes indígenas);
 - 3) Purun Runa (gentes del desierto);
 - 4) Auqa Runa (gentes guerreras);
- III. Era peruana de la monarquía Inca.

Hay, como se ve, una preocupación por ubicar el pasado peruano dentro de la concepción bíblica de la historia universal, preocupación común también a otros cronistas, en especial a Guaman Poma de Ayala, del cual se reproducen en este trabajo las cinco figuras de la *Nueva Coronica* que representan las Edades del Mundo, de acuerdo a las tradiciones paleotestamentarias (Edades de Adán, Noé, Abraham, David y Cristo) y las cuatro Edades del Perú preincaico. Es de notar la coincidencia pictórica entre Adán y Wiracocha, ambos representados en idéntica posición y con semejante vestidura y cayado. Otro resultado del esfuerzo de sincronización de Guaman Poma es el de hacer comenzar la quinta Edad peruana (monarquía Inka) en la época del nacimiento de Cristo.

(Sin Número). *La linfa de la "Scienza Nuova" y sus manantiales. (En el segundo centenario de la muerte de Giambattista Vico: 1668-1774).* (En Boletín de la Academia Argentina de Letras, tomo XIV, págs. 229-339, Buenos Aires, 1945).

Desde su laboratorio de antropólogo dirige Imbelloni a los filósofos este cordial mensaje pródigo de sugerencias. La conversación iniciada debe ser debidamente aquilatada y atendida. Hay demasiada incompreensión entre los cultores de la ciencia y los de la filosofía, y todo esfuerzo por comprender los problemas desde un punto de vista superior y unificado debe ser respetado y escuchado, especialmente en un caso como éste en que el esfuerzo interpretativo es realizado por una personalidad científica de primer orden que muestra, al pasar, una versación auténtica sobre los desarrollos sistemático e histórico de la filosofía.

La inquietante y enigmática personalidad de aquel extraordinario Giambattista Vico debía necesariamente provocar un vivo interés en Im-

belloni. La honda comprensión con que éste lo trata indica a las claras una familiaridad de décadas. Familiaridad espiritual que entrevemos a través de las páginas ricas de conceptos. Tanto el viejo pensador como nuestro antropólogo dedican su vida y afanes a la interpretación integral de la cultura humana y es así como superan fácilmente el especialismo del etnógrafo, del sociólogo, del historiador y del filósofo y cómo pueden descubrir, desde el alto mirador que dilata el horizonte, los callejones sin salida y los círculos viciosos en que se debaten los que han hecho un culto de la miopía.

La afinidad entre Vico e Imbelloni no es sólo la metódica de la amplitud de miras, y la genérica de su dedicación a las Ciencias del Hombre, sino también la específica. Porque el problema que abordó Vico a comienzos del siglo XVIII es el mismo que investiga Imbelloni doscientos años después: la restauración de la primera concepción del mundo plenamente elaborada por el hombre en los tiempos inmediatamente anteriores a la Historia escrita, es decir, la Protohistoria. Concepción del mundo a la que aluden diversos historiadores de la filosofía con el nombre de "Antiguo Discurso", que restaura Vico en su *Ciencia Nueva* y que explora Imbelloni llamándola "Pensamiento Templario".

No es esta la ocasión para divulgar los primeros resultados de la intensa investigación que Imbelloni realiza desde hace veinte años, investigación de la que va dando cuenta en diversas publicaciones científicas. Sólo quiero indicar algunas facetas de su estudio sobre Vico, estudio que es un detalle en la vasta arquitectura que Imbelloni levanta.

El hecho que primero salta a la vista es que los historiadores de la filosofía han restringido demasiado sus orígenes, circunscribiéndolos a las ciudades jonias de los siglos VI y V a.C. Queda, pues, fuera de la historia del pensamiento humano toda la elaboración mítica, mágica, astrológica y científica de las culturas de la Protohistoria, entre ellas la sabiduría china, la filosofía hindú, las astrologías mesopotámica y etrusca, y las cosmogonías egipcia, maya, azteca, incaica, etc.

Evidentemente, con un punto de vista tan amplio y fundamentado en bases tan novedosas como sólidas, muchos puntos de la historia de la filosofía y de la cultura deben ser enfocados con la nueva luz, como la cosmología de los jonios y de los itálicas, la mística del número, la idea kiliástica en la Edad Media, el contenido originario del pensamiento palingénésico, la espera mesiánica en la historia hebrea, etc.

Otro aspecto de este estudio es el completo análisis de los críticos de Vico. Comienza Imbelloni por establecer juiciosamente que cada sistema y cada autor tienen detrás de sí una cadena de sistemas y autores que le precedieron —serie ascendente— y hacia adelante otra cadena de sistemas y autores que le seguirán —serie descendente— y que este en-

cadenaamiento se refiere a la pura sucesión cronológica, no siendo muy prudente el sentenciar sobre las dependencias genéticas y las influencias en los diversos momentos. Seguidamente se refiere a los estudiosos y críticos de Vico, a los que les señala su despreocupación por establecer la serie ascendente que debe tener el solitario napolitano tras de sí, es decir, los orígenes de su pensamiento, las influencias lejanas o cercanas que recibió y los autores que, aunque no influyeran, trataron temas análogos en épocas anteriores, para sólo adueñarse “de la personalidad de Vico y, después de haberla, con mayor o menor habilidad, atraído hacia su propio molino”, servirse “de su corriente impetuosa —en buena fe ciertamente— para ayudarse a molar su propio grano”. Es así como vemos que “habiendo *explicado* a Vico por medio de los sistemas que se construyeron después de su muerte, más que por los antecedentes, la crítica ha seguido una dirección diametralmente opuesta a la que su quehacer le exigía; ha marchado al revés, tal como el pueblo lo atribuye al cangrejo”. La suerte de Vico ha sido, por lo tanto, la de haber sido presentado, sucesivamente, como sensorialista, idealista, ontologista, preanunciador y fundador del criticismo al modo kantiano, del idealismo hegeliano, del positivismo comtiano, y del immanentismo.

Imbelloni se preocupa, en consecuencia, de la serie ascendente, es decir, de conectar a Vico con el pensamiento de épocas anteriores. La simpatía y fruición con que Vico trata todo lo concerniente al pensamiento de las más antiguas épocas, esa *Vulgar Sapienza*, o *Vulgar Metafísica*, o *Teología Naturale*, esa filosofía de la época anterior a los filósofos, lo pone sobre la pista y descubre que Vico fue el erudito paciente y apasionado que restauró ese Antiguo Discurso y, al mismo tiempo, el artista genial que lo revivió y afirma que, en adelante, no se podrá hablar más de la generación espontánea del pensamiento del ilustrado napolitano.

Logra, además, gracias a la lectura atenta de las páginas viquianas, establecer cuáles fueron las fuentes en que bebió Vico, que no son otras que los autores de la antigüedad clásica, fuentes que no fueron advertidas por los críticos por no habernos presentado aquél un aparato de citas cruditas que ahorrara la pesquisa.

Su investigación lleva, en consecuencia, a Imbelloni a sostener que el edificio de la *Scienza Nuova* se yergue de sana planta sobre el terreno de la Doctrina Templaria.

En una investigación tan original como es la reelaboración de la intuición del mundo de los pueblos protohistóricos, y cuyo logro es un milagro de la ciencia moderna, interesa conocer no sólo cómo llegó a esas ignotas playas el viejo pensador, sino cómo ha llegado a ellas nuestro Imbelloni. Esta tarea de honesta información la cumple en unas pá-

ginas autobiográficas. En su *Esfinge Indiana* (1926), el problema del Diluvio en las tradiciones de tan diversos pueblos quedó planteado, pero no resuelto. El primer gran descubrimiento a que llegó en sus nuevas investigaciones fue el de que la leyenda de Atlántida, a lo largo de toda su elaboración desde Platón hasta los atlantófilos modernos no era más que una variación sobre el tema diluvial.

Luego dio un paso más al descubrir: 1°) que el Diluvio no era la imagen magnificada de una calamidad auténtica, sufrida por los pueblos de la tierra, sino algo muy distinto: una creación del espíritu humano, urgido por la exigencia de organizar sus categorías científicas y morales; 2°) que el Diluvio no estaba por sí solo, sino formando parte de un sistema, definido numéricamente, de calamidades telúricas, regido por el juego de los cuatro Elementos, sistema designado por Imbelloni como Doctrina de las Edades y de las Destrucciones, y que viene a ser la filosofía de la historia que corresponde al Pensamiento Templario. Los resultados de toda esta investigación fueron expuestos en su *Libro de las Atlántidas* (1939) hecho en colaboración con Armando Vivate.

El próximo paso fue descubrir que donde mejor se han conservado las formas arcaicas de la Weltanschauung o cosmovisión del ciclo protohistórico es en América, en los restos que nos brindan las antiguas civilizaciones mesoamericanas y peruanas, de ahí que la actividad de Imbelloni se orientara, desde 1939, hacia las Religiones de América, investigación que luego debía dirigir hacia las otras culturas de la Protohistoria a fin de brindarnos una completa Historia del Pensamiento Templario.

El segundo centenario de la muerte de Vico, recordado en 1944, ha encontrado, pues, a Imbelloni en plena tarea de reabrir antiguas rutas, intransitadas desde remotas épocas. Rutas que intentó restaurar Vico con su *Ciencia Nueva*, que expresamente quiso que fuera una Historia y Filosofía de la Humanidad. Pero la tarea de Vico no pudo ser continuada y desarrollada. Vico estuvo contra la corriente de su siglo. Por eso aparece como un imprevisto oasis. Los filósofos no han entendido su enigmático lenguaje, lleno de símbolos y asociaciones misteriosas. Sólo hoy las Ciencias del Hombre, con su maravillosa cosecha de conocimientos y experiencias y con su visión integral vertebrada por un Nuevo Humanismo hacen posible comprender plenamente a Vico y utilizar sus investigaciones e intuiciones como puntos de partida para nuevos y fecundos desarrollos.

RICARDO ORTA NADAL (Colón 1447, Rosario). Profesor en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de nuestra Universidad y director del Instituto Superior de Bellas Artes dependiente de dicha casa de estudios. Es autor de numerosos trabajos sobre temas históricos.

